

Beirut, I love you

ZENA EL KHALIL



Siruela Nuevos Tiempos



ZENA EL KHALIL

Beirut, I love you



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
Beirut, I love you
Agradecimientos
Notas
Créditos

Zena el Khalil

Beirut, I love you

Traducción del inglés de
Clara Ministral

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Beirut, I love you

Dedicado a mi hermana, Lana

Gracias por dejarme robarte algunos de tus valiosos recuerdos.

Gracias por sacar siempre fuerzas para mantenerme en pie.

Gracias por ser un espíritu libre y mi columna vertebral.

Gracias por querer a Beirut mil veces más que yo.

Llueve. Fuera, en el alféizar, se forman diminutos charcos de lluvia que después caen, después vuelven a formarse y de nuevo caen, como suicidios colectivos. El sonido de las gotas de agua al golpear la ventana es ensordecedor; tanto como los rumores.

Maya Ghannoum

1

La línea que separa los sueños de la realidad es delgada.

Cuando nací, mi padre le regaló un colgante a mi madre. Tenía forma de ancla. Muchos años después, perdí ese colgante. Me lo había quitado del cuello durante un partido de baloncesto y alguien lo robó del banquillo. Estaba furiosa conmigo misma por haber perdido el objeto que simbolizaba mi nacimiento de una forma tan patética. Aquello fue una señal de lo que estaba por venir. No dejaría de perder las cosas que amaba.

A veces me pregunto si aquel colgante existió de verdad. A veces me pregunto incluso si yo soy real. Me miro las manos y los pies; confirman que existe un cuerpo, pero nunca puedo verme la cara. Me miro fijamente en los espejos y sólo encuentro un par de vulgares ojos castaños. Si me quedo mirando el tiempo suficiente, los ojos se convierten en los de otro ser. Al otro lado del espejo, salgo de mí misma. Este juego me asusta y me aparto tras sólo unos segundos. Es aterrador enfrentarte a ti mismo, ver lo que eres en realidad. Ver que podrías ser real. Que tus responsabilidades son reales. Que tu vida está ahí de verdad.

Interactuando.

Existiendo.

No recuerdo mi nacimiento, no recuerdo cómo empezó todo esto, pero sí recuerdo mi muerte. Recuerdo cómo morí antes de regresar a este mundo como la persona que soy ahora. Fui de la oscuridad a la oscuridad, y después a la luz. Pero ahora vuelve a estar oscuro.

Amrika, existes ahora. Pero nada dura eternamente.

Maya, siempre estarás en mi corazón. En mi sangre.

Beirut, eres igual que yo. Caminas por esa delgada línea. Tienes un gran corazón, pero será ese corazón el que acabe contigo. Beirut, soy tu parásito, competimos por el amor.

Al final, una de las dos tendrá que admitir la derrota.

Mientras tú te diviertes con esos partidarios de la guerra con las manos manchadas de sangre, yo te robaré el vino y la poesía.

El poeta siempre gana.

El poeta siempre gana.

Recuerdo el momento en el que decidí que sería artista. No fue fácil. En mi familia, todo eran números y ganancias. El arte, la poesía y la literatura no se tomaban en serio.

Pero aquel decisivo viaje a Roma a mediados de los ochenta, planeado como una gran fiesta de las compras, cambió mi destino. Recuerdo que estaban de moda los pendientes fosforescentes y las grandes hombreras. Caminando por Vía Condotti y Vía Veneto, mi madre se dio cuenta de que sentía un anhelo en mi interior que las compras en las *boutiques* no conseguirían satisfacer. Me llevó al Vaticano, a la basílica de San Pedro. Y entonces vi la *Piedad* de Miguel Ángel. No necesité nada más.

Estaba convencida.

Tengo una fotografía en la que salgo yo delante de la estatua (entonces no estaba detrás de un cristal) con un bolso de Fendi, de rayas marrones y negras. Al mirar a la Virgen a los ojos, supe que estaba destinada a algo mejor que el trozo de piel que colgaba de mi hombro izquierdo. Miré a mamá, que me agarraba la mano para asegurarse de que no me alejara, y pensé que por fin habíamos establecido una verdadera conexión. Su cabello oscuro estaba encrespado por el calor y las pequeñas gotas de sudor se acumulaban alrededor de su frente. En un día normal habría sido imposible sorprender así a mamá. Es como Sophia Loren, tanto en su apariencia como en su espíritu: la «reina de todo lo bueno y lo bello». Adoro a esa mujer.

A las dos.

Miré a la Madonna y le di las gracias por haber traído a mamá a la tierra durante al menos unos minutos, ya que fue entonces, y sólo entonces, cuando comprendí que tenía que ser artista.

2

Mi historia comienza con la vida más antigua que soy capaz de recordar. Nací en 1901 y mi nombre era Husein.

Todas mis vidas pasadas incluyen una gran historia de amor. El gran amor de Husein fue la ciudad de Nueva York. Todavía hoy recuerdo lo mucho que deseaba ir allí. De alguna manera, ese deseo se mantuvo en mis dos vidas siguientes. Algunas cosas no desaparecen nunca.

Nueva York siempre me ha traído grandes sorpresas, pero no el tipo de sorpresas con las que se construyen los sueños. No están cubiertas de purpurina y polvo de estrellas. Son espejismos. Esas sorpresas siempre tienen que ver con la muerte y el desafío de renacer. Con la asfixia, el miedo, con pan duro, con colchas llenas de moho, con la oscuridad, con la pérdida del rumbo.

Nueva York siempre representa una cierta forma de libertad. Una forma que no parece existir en Oriente Próximo. Nueva York siempre tiene que ver con personas que son personas: que toman café, pasean a sus perros, pintan, leen, salen, estudian, trabajan, comen, quedan, crecen, corren por el parque, ríen, aman, viven. Lo que he acabado comprendiendo (a fuerza de golpes) es que Nueva York también puede ser un monstruo.

Durante mi vida actual, que comenzó en el segundo milenio, el megaimperio mundial ha hecho todo lo posible por crear programas de televisión que me convenzan de que mi vida en Beirut no es apropiada. De que me estoy perdiendo cosas. De que Beirut no es lo bastante buena. En la televisión, Nueva York es *glamour* y éxito. Es ser un individuo que forja su camino en la vida. Es un gran grupo de amigos con los que puedes contar. Es el placer de ser independiente y de clase media. Encontrar y perseguir tus sueños. Navegar por el mundo empresarial amrikano.

Ganar dinero.

Triunfar.

Todo lo que no llegue a un «café-moca-latte-medianocon-leche-desnatada-y-sin-azúcar» no es lo bastante bueno.

Pero Nueva York también es un espejismo.

En Nueva York, no todo el mundo es bienvenido. Nueva York decide a quién acoge y a quién no. Te pedirá que entregues tu alma para pagar un alquiler altísimo que no te puedes permitir. Nueva York te meterá en una categoría. Te hará gordo, bajito, blanco o negro.

Te hará árabe.

Dos vidas antes de ésta, cuando era Husein, me dirigía a Nueva York para reunirme con mis padres. Aún no era artista. Pasarían ochenta y dos años hasta que conociera a Maya. Y noventa y cuatro hasta que viviera mi primera guerra.

Yo era un niño de una aldea recóndita situada en la cordillera del Líbano. Como dirían la mayoría de los cuentos orientales, mis padres fueron prometidos en matrimonio al nacer. Esa parte es cierta; sin embargo, es la historia sobre cómo fui concebido la que es poco corriente. Según cuenta la historia, un día mi madre estaba en el campo recogiendo los frutos de temporada, fueran los que fuesen. Cada narración de esta historia menciona una clase diferente: cerezas, manzanas, frambuesas, calabazas, aceitunas, una vez incluso berenjenas. Independientemente del producto que fuera, la historia dice que, por algún motivo, su vestido empezó a arder. Unos dicen que fueron cerillas; otros, que fue el reflejo del sol sobre su piel de cerámica. Milagrosamente, resultó ilesa. Salió del vestido de un salto y se encontró completamente desnuda en medio del cultivo de naranjas, limones, pepinos, brécol, alcachofas, mandarinas (*inserte aquí fruta u hortaliza a su elección*). Sintió un cosquilleo en los dedos de los pies al contacto con la tierra blanda. Un escalofrío recorrió su cuerpo y le endureció los pezones. Mi padre la vio e inmediatamente se excitó. Entonces, parece ser que fui concebido bajo la higuera, el ciruelo o el almendro, según quien cuente la historia.

Cómo acabaron en Nueva York estos dos amantes desventurados años más tarde es un misterio. Por qué se marcharon sin mí es algo que desconozco. Pero, por algún motivo, un tiempo después su suerte cambió, consiguieron riquezas en el Nuevo Mundo y pensaron que había llegado el momento de llevarme con ellos. Yo tenía once años.

Viajé con un amigo de la familia que accedió a ayudarme a hacer la travesía. Se llamaba John Abilmona. Su verdadero nombre no era John. Era una de esas cosas que hacían los hombres árabes antes de entrar en el Nuevo Mundo, adoptar un sobrenombre occidental para poder ascender con éxito por el escalafón. Cualquier nombre que se alejara de John, Mike o Steve no te permitiría llegar a Amrika. Cualquier cosa que suene remotamente oriental hará que te quedes en el lugar al que Amrika cree que perteneces. El verdadero nombre de John era Nasif. No está claro cómo el nombre de Nasif se convirtió en John. Sin embargo, hay algunos nombres que se traducen con bastante facilidad: Mustafa se convierte en Steve; Mohamed, en Mike; Fadi, en Freddy; Mazen, en Mark; Firas, en Frank; Munzir, en Joe; Dawud, en David, y Osama, en Owen.

Nasif Qasim Abilmona era un joven apuesto y seguro de sí mismo. Se sentía orgulloso de su nombre cuando era joven. Descendía de una larga línea de prósperos comerciantes, pero, por próspera que fuera su familia, Nasif (John) sólo pudo permitirse un billete en tercera clase para el *Titanic*. Como yo era menor de edad, viajaba con el mismo billete que él, el número 2699. Recuerdo al vendedor de billetes gruñéndonos cuando lo compramos: «Árabes no, perros no». Puede que ésa fuera la razón por la que Nasif viajó a bordo del *Titanic* con el nombre de John. Yo mantuve la boca cerrada.

Un día antes, dejé la calidez y la tranquilidad de la vida en el campo y viajé a la sofisticada Beirut, ciudad portuaria y prostituta al mismo tiempo. No tenía ni idea de que pudiera ser tan hermosa. Había hombres gordos con gorros fez de fieltro rojo y mujeres rollizas con maquillaje de color azul turquesa y los ojos perfilados y chorreantes de kohl.

Pasaría ahora a describir la comida, las especias y los aromas que flotaban en el aire, pero le prometí a alguien que, en este libro, esta escritora árabe no haría ninguna mención a la comida, las especias, los aromas o a llevar velo. Ahora estoy hablando de mí, de la autora en su vida actual, y no del niño que fue concebido bajo el jazmín/cactus/nogal. Esta mujer árabe en concreto, que a menudo habla de sí misma en tercera persona, vive su ciudad de formas más realistas. Al diablo con el romanticismo y la nostalgia. Al diablo con las recetas secretas de la abuela. Esta mujer árabe odia cocinar. Esta mujer árabe desprecia a las mujeres árabes que se expresan a través de la comida. Yo no tengo tiempo para estar todo el día sentada limpiando lentejas. No tengo la necesidad de hablar sobre la higiene femenina con las mujeres del campo. Puedo estar semanas sin ducharme. Puedo beberme una botella entera de vino yo sola. No tengo tiempo para asar berenjenas y machacar ajo. Me da pereza ponerme a discutir con los israelíes cuando afirman que el *hummus* y el *falafel* son invenciones suyas.

Pero volviendo a la historia de Husein... Cuando embarqué en el *Titanic*, yo era un niño. Dicen que normalmente te reencarnas en el mismo sexo, pero esa regla no es válida en mi caso. La historia me dice que mi nombre era Husein. La historia también me dice que los niños llamados Husein tienen un historial de muertes prematuras.

Nasif y yo nos encontramos en el puerto y emprendimos un viaje que me cambiaría la vida. Lo que le ocurrió al *Titanic* es bien conocido, así que me ahorraré los detalles sobre cómo ser el rey del mundo. Lo que voy a contar, sin embargo, es cómo me ahogué. No hay mucha gente que pueda describir eso.

Todavía hoy me sigue dando miedo el océano. Me da miedo el mar abierto. Me da miedo la oscuridad y le echo la culpa de todo al *Titanic*, porque, sí, todavía recuerdo cómo me ahogué. Es cierto lo que dicen sobre ahogarse. Es silencioso. Es terriblemente íntimo. El momento de la noche en el que más ruido hubo fue cuando chocamos contra el hielo. Hubo un crujido ensordecedor que resonó en todo el barco, más fuerte que cualquier explosión sónica o cualquier bomba antibúnker. A partir del momento en que chocamos, hubo bastante silencio. Sí, todo el mundo gritaba, pero yo no los oía. Tenía los ojos y los oídos fijos en el mar oscuro, de color negro. Empecé a desprenderme de una parte de mí. Supe que iba a morir y lo asumí rápidamente. Pensé en mis padres durante un instante, acurrucados en la cama el uno junto al otro, quizá sin poder dormir siquiera por la emoción de reencontrarse conmigo. Pensé en Nasif, que estaba intentando subirme a un bote salvavidas. Pensé en lo que estaba pasando dentro de su cuerpo. Vi su sangre circulando de una vena a otra. Vi su cena removiéndose y convirtiéndose en mierda. Me pregunté si Nasif iba a sobrevivir a todo aquello. Cuando subimos desde tercera clase, yo iba sobre sus hombros. Iba volando por encima de la multitud; todo

estaba por debajo de mí, el reflejo de las lágrimas brillaba en las paredes. El agua ya había empezado a entrar en el barco. Era de color azul turquesa, no del color negro con el que me encontraría más tarde.

Ir por encima de la gente era surrealista. Ya no tenían aspecto de seres humanos. Sólo era carne que se apretujaba contra más carne.

Una orgía descomunal.

Un festival de excrementos humanos.

Cuando en los libros de historia los hombres rememoran sus episodios heroicos, suelen hablar de la espada que atravesó el corazón, del escudo que protegió la verdad y del coraje que se abrió camino a través del miedo. Lo que no cuentan es la verdad sobre cómo responde el cuerpo humano a la presión. Cómo los intestinos se vuelven flácidos. La pérdida de control. Los vómitos involuntarios. El debilitamiento del estómago. El sabor de la bilis. El sabor del ácido. El sentimiento de desesperanza y desolación. El miedo que impide actuar. El frío en las palmas de las manos. El martilleo en la cabeza. Las lágrimas, la mierda y aún más mierda. Yo flotaba sobre los hombros de Nasif y miraba a la gente a mi alrededor. Acepté que había llegado mi hora. No estaba enfadado. Simplemente lo sabía.

Lo cierto es que no fue hasta que comencé a ahogarme cuando empecé a sentir un miedo atroz. No era miedo a la muerte, sino a estar en un espacio tan oscuro y extenso. El mar era inmenso. Infinito. Y cuanto más me hundía, más oscuro se volvía; el silencio era ensordecedor.

Lo pienso ahora y me doy cuenta de que yo mismo decidí cuándo había llegado el momento de morir. Recuerdo que pensé para mis adentros que estaba dispuesto a aceptar la muerte simplemente porque no podía soportar estar rodeado por aquel silencio. Lo que me mató fue el silencio, no el mar. Fue una muerte verdaderamente solitaria.

Lo que mejor recuerdo es el color del agua.

Era púrpura.

Nasif (John) es un superviviente del *Titanic*. Es una de las 705 personas que sobrevivieron. No se ahogó como las otras 1.523. Su cadáver no yace junto al mío a cuatro mil metros bajo la superficie del mar. Tuvieron que pasar veintiséis navidades, veintiséis días de Año Nuevo y veintiséis ramadanes para que Nasif pudiera perdonarse a sí mismo lo suficiente como para contar su historia.

Nasif me había subido a un bote salvavidas. Su intención era reunirse conmigo en ese mismo bote una vez que llegara al agua, donde estaba seguro de poder sortear la norma de «sólo mujeres y niños». Se deslizó por la cuerda que colgaba junto a mi bote salvavidas, el número 15, mientras lo bajaban hasta el agua. No dejé de mirarle a los ojos en ningún momento. Calculó el tiempo que tardaríamos en descender, decidido a llegar al agua al mismo tiempo que yo.

Exactamente a las 2:43 de la madrugada, el bote salvavidas 15 se enredó en sus

propias cuerdas y se detuvo. El bote 4 estaba justo encima y, sin darse cuenta del alboroto que se había desatado debajo, descendió hasta chocar contra nuestro bote. Ninguno de los pasajeros de mi bote salvavidas sobrevivió. Nasif observó horrorizado cómo se rompía en un millón de astillas. Le miré a los ojos un segundo antes de hundirme. Fue la última vez que nos vimos.

Nasif necesitó veintiséis años para poder hablar de su dolor. Al final, en 1938, accedió a conceder una entrevista a un periódico local de Roxboro (Carolina del Norte). El artículo aún puede leerse hoy en día, aunque lo que cuenta no es del todo cierto. Nasif hablaba un inglés imperfecto y vivía con el peso, con la vergüenza, de ser un superviviente. Se suponía que los hombres no tenían que sobrevivir al hundimiento del *Titanic*, y menos los hombres de tercera clase.

En realidad, el artículo es una versión pulida de Nasif. Por ejemplo, dice que Nasif ya estaba casado con una mujer, Nayma, que le dio cinco hijas: Yamal, Dalal, Suad, Wedad y Samia. Sin embargo, lo cierto es que Nasif aún no estaba casado con Nayma cuando cruzó el Atlántico a bordo del *Carpathia* después de haber sido rescatado del *Titanic*. En aquel momento estaba casado con su primera mujer, Salha, que, milagrosamente, dio a luz a su hijo Mohamed (conocido más tarde como Mike) la misma noche en que se hundió el *Titanic*. Convencida de que su marido no había sobrevivido, Salha dejó a la familia de Nasif y, pasado un tiempo, volvió a casarse.

Nasif conoció a Nayma años después, cuando volvió a viajar al Líbano. Se casaron y Nayma dio a luz a Wedad, que más adelante daría a luz a May, que más adelante me daría a luz a mí, Zena, la autora, en mi vida actual.

Siendo Husein, estuve casi cinco años y medio en el fondo del mar. Vagué solo por la oscuridad, en busca del lujo y el *glamour* al que llamaban Nueva York. No conseguí encontrarlo. Caminé en vano durante años. Mis piernas se volvieron delgadas y mi corazón, cansado. Me salieron ampollas del tamaño de continentes. Caminé y caminé hasta que olvidé por qué estaba caminando. No me querían en el Nuevo Mundo, ni vivo ni muerto. Me derrumbé. Estaba cansado y me sentía solo. Y perdido. Un recuerdo vago me vino a la memoria: «Árabes no, perros no».

Estaba escrito que no podía ser.

Cerré los ojos y pensé en mis padres. Siento no haber podido estar con vosotros. Siento haberos defraudado. No quería que pareciera que había fracasado, pero ¿cuánto tiempo podía seguir con aquel juego? ¿Durante cuánto tiempo tenía que caminar para convencerme de que no era bienvenido?

Ya está bien, decidí.

Volví a ponerme en pie y empecé a caminar hacia el este. Crucé el Atlántico y atravesé el estrecho de Gibraltar. Pasé por delante de Malta y de sus grandes acantilados. El idioma empezó a resultarme familiar. Pasé entre las islas de Grecia, y fue allí donde oí hablar de una invasión en el desmembrado Imperio Otomano. Aceleré el paso y corrí

junto a la costa de Anatolia hasta que no pude más. En algún punto entre Siria y Beirut, decidí que había llegado a casa. Era el 23 de noviembre de 1917.

Emergí a la vida en forma de una niña con unos preciosos ojos entre verdes y azules. Había pasado tanto tiempo bajo el agua que me traje conmigo algo de allí. Los nacimientos en el mar eran peligrosos por aquel entonces y no tenía muchas probabilidades de sobrevivir; esta vez, sin embargo, mis nuevos padres estaban decididos a conservarme. Por eso me llamaron Amal, que significa «esperanza». El resto del mundo acabaría conociéndome como Asmahan.

3

No era fácil ser una mujer drusa cuando era Asmahan y no es fácil ser una mujer drusa ahora.

Con un extenso historial de orgullo y tradición a nuestras espaldas, siempre hemos sido alabadas por nuestra paciencia y rectitud y valoradas por nuestro autocontrol. Nos hemos mantenido al lado de nuestros hombres, nuestros fieros y nobles guerreros que defendieron nuestras montañas del Levante de los invasores extranjeros. Éramos humildes intelectuales que estudiaban los escritos de Sócrates, Jesús y Mahoma. Éramos piadosas y serenas, y teníamos la creencia de que nuestra vida en la Tierra no era más que un instante en el tiempo y de que un día, después de todos nuestros ciclos de reencarnaciones, nos reuniríamos por fin con nuestro sagrado creador. Vivíamos en aldeas y granjas. Teníamos las manos fuertes y morenas, tras años de duro trabajo al sol.

Hubo un tiempo en el que disfrutábamos del mismo estatus que los hombres en la sociedad. Discutíamos las teorías de Platón bajo los emparrados durante los días cálidos del otoño. Enseñábamos a nuestras hijas a cocinar y a coser, así como a leer y a escribir. Dábamos largos paseos por los trigales al frescor de las noches de primavera. Leíamos poesía alrededor del *ujeq* durante el gélido invierno, alimentándolo con leña para asar patatas y ajos.

Las cosas cambian, pero a veces tardamos siglos en darnos cuenta.

Cuando llegaron los otomanos, les seguimos la corriente. Hasta que un día, uno de los nuestros traicionó a la comunidad. Se creyó con derecho a reescribir nuestros códigos de conducta, a reformar nuestra sociedad para que se ajustara más al modo de vida otomano. Hay quien dice que lo hizo para proteger a nuestra comunidad, que hizo que nos adaptáramos para que pudiéramos sobrevivir. Para conservar nuestra identidad social y religiosa.

Pero ¿a qué precio? Porque, a causa de sus medidas, nuestras mujeres perdieron la igualdad de la que disfrutaban y se convirtieron en conejos domesticados. Dejamos de cuestionar y empezamos a obedecer.

Según nuestro reformador, para ser consideradas mujeres virtuosas teníamos que hablar con delicadeza y mantenernos calladas casi todo el tiempo, ser apocadas, conservar nuestra reputación intacta y estar por encima de toda obscenidad. Se nos enseñó a no enfrentarnos jamás a nuestros maridos con queja alguna. Se nos dijo que debíamos mostrar siempre aplomo y mesura, asentir cuando fuéramos reprendidas y

obedecer cuando recibiéramos órdenes. Teníamos que dejarle manejar nuestros asuntos y no observarle nunca fijamente, ser siempre pudorosas con él y suspirar al mirarle, ser complacientes con sus opiniones y amarle con la máxima sinceridad, ponerle por delante de nuestros padres, perdonarle cuando es injusto con nosotras y acatar su ira con compasión. Por encima de todo, no debemos alegrarnos cuando se equivoca y siempre tenemos que estar de acuerdo con lo que dice y hace. Fuimos obligadas a aborrecer los excesos y a conformarnos con la abstinencia.

Nuestro reformador nos impuso estas normas y todavía hoy vivimos bajo la sombra de su decreto. Las mujeres de hoy en día han hecho muy poco por intentar recuperar su estatus anterior en la sociedad. Es una lástima cómo la religión anula a la gente. Y, actualmente, se ha vuelto muy difícil separar la religión del Estado. En el Líbano, se ha llegado a un punto en el que están tan unidos que es casi imposible para nuestros ciudadanos cuestionar los sistemas en los que viven. Es casi imposible para nuestras mujeres vivir la vida que merecen.

Cuando era Asmahan, que vivió hace casi cien años, tiré por la ventana esas reformas que nos habían impuesto. No quería tener nada que ver con ellas. Para mí, cantar era mi dios.

 Mi esposo.

 Mi hogar.

 Mi existencia.

Y cualquiera que me ofreciera lugares en los que cantar, mi profeta. Y El Cairo... El Cairo era mi Nueva York.

El Cairo jugaba conmigo al tira y afloja. Yo la deseaba, pero ella siempre estaba fuera de mi alcance. Cada vez que pensaba que estaba avanzando, cada vez que tenía una nueva oportunidad de actuar y cantar, ocurría algo que me hacía volver a retroceder. Los rumores, las mentiras, los escándalos. La presión de mi conservadora familia para mantenerme alejada de los escenarios. Alejada de las pantallas de cine. Eran los años treinta y yo estaba en sintonía con mis hermanas del otro lado del Atlántico. El mundo estaba cambiando y progresando, y a una velocidad de vértigo. Veía cómo todo se iba desentrañando delante de mí. Los coches, los trenes..., la maquinaria en todo su esplendor. Televisiones en todos los hogares. Ése era el nuevo dios. El poder de las imágenes en movimiento tenía hipnotizado al mundo. Si ellos podían hacerlo allí, ¿por qué no podía yo en El Cairo?

Éramos tan modernos como Nueva York. De hecho, la superábamos en edad y en sabiduría. Éramos los encargados de tejer la historia. Todo empezaba y terminaba aquí.

 Pero la tradición es una carga pesada.

Empecé a beber. Mucho. Podía beber más que cualquiera en una fiesta. Siempre era la última en marcharme. A menudo perdía el conocimiento. O, mejor dicho, caía redonda. Empecé a mentir. A engañar a mi marido para poder escaparme por la noche y cantar.

Bebía para tener fuerzas. Bebía para olvidar. Bebía para experimentar un nivel de existencia que no era capaz de encontrar sin la bebida. Me ayudó a encontrar mi voz.

Y a conservarla.

Cantaba en bares. Cantaba en fiestas. Cantaba para públicos privados. Cantaba para directores de cine, con la esperanza de ganarme su simpatía. Cantaba para mi madre y mi hermano. Cantaba para todos los hombres de mi vida, y también para todas las mujeres. Para mi familia de Siria, considerados miembros de la realeza. De la realeza, pero sin dinero. Cantaba para escapar de la tradición. Años y años de pesada tradición. Una tradición carente de vida. Pegajosa. Onerosa.

Lo único que quería era sentirme viva. Cantar. Bailar. Beber. La vida estaba cambiando a toda velocidad y yo quería cambiar a cada instante con ella. Al diablo con la vida en el campo... Quería actuar ante un público que se lo mereciera. Quería cantar para los agricultores egipcios, que comprendían realmente la simplicidad de la vida. Que siempre sonreían y cantaban conmigo. Quería salir en la televisión. En el cine.

Pero mi autoritaria familia hacía siempre todo lo posible por cortarme las alas. Por conseguir que siguiera siendo obediente y por mantener intacta mi reputación.

El Oriente Próximo no ha cambiado mucho en los últimos doscientos años. Seguimos combatiendo en las mismas guerras, pero les hemos puesto nombres nuevos. La vida tal como la conocemos empezó con nosotros. Somos el centro del universo y todo tiene que brotar aquí en primer lugar. Soportamos el peso de tener que dar a luz, mientras el resto del mundo se divierte arreglando nuestros defectos de nacimiento. Han aprendido a coger el feto, inyectarle la última tecnología y contemplar cómo se convierte en una megalópolis.

Cuando era Asmahan, a menudo me sentía dividida entre dos mundos, Oriente y Occidente. Sí, mi corazón estaba ligado a mi tierra, pero yo cantaba para tender puentes. Mientras los franceses y los británicos y los alemanes libraban sus guerras de macho en nuestra tierra, yo cantaba sobre el amor. A mi familia, a los valientes guerreros que defendieron con sus vidas las montañas sirias y libanesas, les pedí que hicieran las paces con nuestros invitados europeos. El mundo estaba cambiando y teníamos que adaptarnos. Creía de veras que podía existir una vida sin turbulencias.

Igual que Husein en el *Titanic*, sufrí una muerte prematura. A diferencia de Husein, yo siempre vislumbré mi muerte. Sabía que llegaría demasiado pronto. Sabía que sería un accidente. Sabía que sería en una carretera. Sabía incluso en qué carretera. Había oído muchas veces la canción de mi funeral. A menudo la cantaba para mí misma. Lo único que me cogió por sorpresa fue el momento. Ocurrió cuando menos lo esperaba.

Pero siempre es así con la muerte.

4

Ochenta y nueve años y medio después del hundimiento del *Titanic* y cincuenta y siete después de mi accidente de coche, me encontraba enfrente de las Torres Gemelas cuando se derrumbó la primera. Estaba en la Sexta Avenida, desde donde tenía una buena vista. Lo suficientemente cerca para verlo, pero lo suficientemente lejos para estar a salvo. Para ser exactos, estaba en la parte izquierda de Ray's Pizza, delante de un camión.

Había mucha gente y sabíamos que no debíamos estar allí, pero hay algo enormemente repugnante en el interés del hombre por experimentar la catástrofe. Digo experimentar porque parece que una catástrofe sólo puede llegar a través de una experiencia. Nunca es en blanco y negro. Suele ser difícil de describir. Y ocurre de forma distinta para cada persona. Algunos participan en ella a través de la reacción de sus emociones o, en algunos casos, de la retracción. Algunos corren a unirse a la lucha, otros retroceden. Algunos miran cuando saben que no deberían hacerlo. Algunos son simplemente mirones. Algunos son incapaces de comprender la situación e intentan hacer asociaciones con algo que ya conocen.

Crecí viendo películas de acción amrikanas. Crecí con Schwarzenegger y Rambo. Con Bruce Willis y Chuck Norris. Con Charles Bronson, Lee Marvin, Jean-Claude Van Damme, Jackie Chan y Eric Roberts. Con MacGyver y Mr. T. Con *Magnum* y *Top Gun*. *Hunter*. *Airwolf*: *Helicóptero*. *Misión imposible*. *Jungla de cristal*. *Corrupción en Miami*. Me enseñaron que cuando hay problemas pueden oírse las siguientes expresiones:

Hostia, la hostia, me cago en la hostia, su puta madre, me cago en la puta, Dios mío, santo Dios, que Dios nos asista, madre de Dios, santo cielo, madre mía, joder, que te jodan, no me jodas, jodido cabrón, maldita zorra, gilipollas y yippie-kay-yay hijo de puta.

Oí todo eso y más el 11 de septiembre de 2001. Fue una película de acción. Al mirar a mi alrededor, vi a la gente enfrentándose a su peor pesadilla. Estaban asustados y confundidos. Algunos tenían los ojos cerrados. Otros, abiertos. Algunos se sentaban en el bordillo y lloraban sin dar crédito. Otros corrían por las calles y agitaban las manos en el aire. También había niños. No muchos, porque la mayoría estaban en el colegio, pero estaban los pocos que se habían levantado tarde aquella mañana y que todavía iban de camino. La gente señalaba. Se abrazaban unos a otros. Algunos se tapaban la boca con la

mano. Algunos susurraban. Algunos vomitaban. Me di cuenta de lo parecidos que éramos todos. Todos, en todo el mundo. De que todos pasamos miedo y sufrimos y sentimos dolor. De que, cuando nos enfrentamos a una crisis, a menudo perdemos todo aquello de nosotros mismos que hemos pasado toda la vida construyendo. Un hombre ya no era un ejecutivo con un traje de oficina. Era Kurt, que era disléxico, hijo de Amy y Joe. Hermano de Danny y Nicole. Ella era Christine, hija de Joyce y Brian, no una historiadora del arte. Todos nos cogimos de las manos, agarrándonos a desconocidos que de pronto parecían nuestros parientes más cercanos. No, en el fondo no éramos tan diferentes.

Creo que la gente de Nueva York no supo cómo reaccionar al principio porque nunca les había pasado nada parecido. Cundió el pánico, como ocurre en todo el mundo cuando la gente se enfrenta a una crisis espectacular. Y cuando cundió el pánico, se tiró por la ventana el sentido común, y fue entonces cuando la gente empezó a hacer acusaciones.

Miedo, traición, desconcierto, culpa, dolor, pérdida, ira... Después de todo, son sentimientos universales.

ASUNTO: De mamá

Para: zena

Miércoles, 12/09/2001 11:32 2 KB

Hayati Zanzuna, Hayat albi, Lanusi

No os imagináis el horror que estamos viviendo y el miedo a las consecuencias.

Todo el mundo está pegado a la televisión, todo el mundo opina, la gente está consternada, todos están inquietos y preocupados por sus familiares directos y por la gente más cercana. Las líneas están colapsadas, no he podido contactar con vosotras. He recibido todos tus e-mails y los de Lana. Zena y Lana, tenéis que comprender que en estas circunstancias debéis restringir vuestros movimientos y, por favor, Lana, en este momento tómate las cosas con calma. ¡¡¡Joder!!! No sé lo que digo, ya sé que no sois niñas pequeñas y que no vais a correr ningún riesgo, pero estoy preocupada y no tengo ni idea de cuál será la reacción ante esta tragedia. La comida, por ejemplo. Sé que a la gente le entra el pánico en una situación como ésta. Bueno, mantenedme informada, por favor. Hoy me quedaré en casa. Estoy pegada a la pantalla del ordenador y a la pantalla de la tele. Os quiero. Tened cuidado y, por favor, intentad contactar con la tía Nabila y con la gente que quiere saber de vosotras.

Hasta luego hayat Albi, tened cuidado. No acabéis alimentándoos solamente de pizzas. OS QUIERO

ASUNTO: dónde estás?

Para: zena

Miércoles, 12/09/2001 19:52 1 KB

Mamesito Zanzuni:

¿Dónde estás? ¡No he tenido noticias tuyas! Escríbeme, por favor . No consigo contactar por teléfono. Tampoco he sabido nada de Lana. Espero que las líneas de e-mail no hayan dejado de funcionar también!!!!. Te quiero, Mamá

Nueva York ya no era la misma. Cuando los dos edificios se derrumbaron, empezaron

a verme sólo como a una árabe. En clase se me acercaban para preguntarme si podía explicarles por qué había ocurrido todo. Por la calle, la gente se alejaba de mí por miedo a que mi *kufiya* de cuadros blancos y negros les trajera mala suerte. Parecía que cuanto más odiaba la gente a los árabes, más quería yo serlo. Cuantas más preguntas me hacían, más historias les contaba.

Les hablé de cómo los amrikanos volaron la casa de mi madre en 1983. De mi madre, que no tenía nada que ver con todo aquello. Mi madre, que sólo diez años antes de que explotara su casa había ganado el concurso local de belleza. Mi madre, que soñaba con hacer el amor con Clint Eastwood. Su hermano, que vestía como John Travolta y tenía la habitación empapelada con fotos de artistas de Hollywood. Sus pantalones blancos, a punto de estallar con su sexualidad. Su masculinidad, que nunca se comportaba detrás de su cremallera. Su cabello, una mata de pelo negro difícil de controlar. Su fijador, eterno. Su gomina, infinita.

La casa, eliminada.

Hermano y hermana, toda la familia, sin hogar.

La casa, destruida en 1983 por el acorazado *New Jersey* de la Armada de los Estados Unidos.

El acorazado *New Jersey* que había combatido en Vietnam.

Que había bombardeado objetivos en Guam y en Okinawa. Que había atacado la costa de Corea del Norte. Tras haber sido modernizado para poder transportar misiles, «Big J» se abrió camino hasta nuestras costas libanesas e hizo saltar por los aires la casa de mi madre. Oh, Big J, condecorado con quince estrellas de batalla, ¿por qué destruiste los recuerdos de mi madre? Big J, Big J, hiciste papilla la casa de mi madre. Su ropa y sus juguetes. Su rímel favorito. Big J: hoy un museo, ayer un asesino imponente y arrogante. Big J, ¿acaso conocías a mi madre, o estabas tan lleno de odio que disparabas a ciegas? Como un imbécil, enfurecido pero limitado por su polla flácida, quisiste sacar la rabia que tenías dentro. Golpeándote la cabeza furioso contra un muro de hormigón hasta sangrar. Creyendo que cada eyaculación imaginaria era el nacimiento de una nueva era. Los ojos enrojecidos, fuera de las órbitas, ebrios de furia feroz. Los misiles: duros, penetrantes. La saliva: abundante y hedionda. La piel: rígida, áspera, agrietada, llagas, pus, sangre, heces. Big J, cabrón decrepito, te cagaste sobre la casa de mi madre. Le quitaste todas sus pertenencias. Todos sus recuerdos. Los *tuppers* rojos de la cocina. Y hasta la mantelería nueva.

Les conté que, cuando vi caer la primera torre, lo único que pensé fue si volvería a ver a mi amante. No pensé en la gente que se estaba quemando. Yo no tenía miedo a morir. No pensé en las doscientas personas que saltaron desde las ventanas. No vi al hombre de la foto. No pensé en los bomberos que quedaron atrapados bajo los edificios. Pensé en mi amante, que estaba en el Líbano. Mi supuesto amante, que no quería corresponderme. Mi amante, que tardó seis largos días en tomarse la molestia de

enviarme un e-mail para preguntar si estaba bien. Mi amante, que en una ocasión dijo ser un francotirador y en realidad no era más que un embustero.

Cuando cayó el primer edificio, pinté lo que tenía en la cabeza. Pinté a mi amante, que no tuvo ni el detalle de llamarme para preguntar cómo estaba. Que ni siquiera se molestó en escribir. Pinté el pánico que sentía en mi corazón. Pinté el miedo que sentía por ser árabe.

No tenía ningún lienzo y no me atrevía a ir a la tienda de artículos de arte de Canal Street, a un paso de las Torres Gemelas. Es más, ¿seguiría existiendo la tienda? Encontré un viejo rollo de papel en otro estudio. Corté un trozo de dos metros, dejé una nota de agradecimiento en un *post-it* rosa y clavé el papel en la pared de mi estudio con chinchetas. La pintura, diluida, casi atravesaba el papel. Pintaba una capa y esperaba a que se secara, y después volvía a hacer lo mismo. Tardé horas en terminar. Cuando acabé, eran mucho más de las doce de la noche. Pensaba que no había nadie más en el edificio, pero entonces Tim entró en mi estudio. Había estado bebiendo cerveza y estaba borracho.

–¿Cómo puedes pintar ahora? –preguntó con dificultad.

–Necesito expresar lo que siento –contesté mientras dejaba el pincel en el suelo.

–¿Y qué pasa con toda la gente que ha muerto?

Se apoyó en la pared y empezó a agacharse lentamente hasta que estuvo en cuclillas con la espalda contra la pared.

–Todos los días muere gente, lo que ha pasado no es nada nuevo. En el Líbano caen edificios todos los días. Si dejáramos de pintar cada vez que hay una crisis, el arte ya habría desaparecido. Los libaneses pintaban durante la guerra civil. Yo estoy pintando ahora.

Intenté decírselo de la forma más amable que pude, pero lo hice mal. Me salió con frialdad e indiferencia y lo que dije no fue lo que estaba intentando transmitir. Intenté decirle que yo también tenía miedo. Que todo aquello también era nuevo para mí. Que la muerte y la destrucción siempre constituyen una experiencia sin precedentes. Siempre son una sorpresa. Siempre van seguidas de una avalancha de sentimientos. Que llevaba una semana encerrada en casa porque no me atrevía a estar en la calle. Que había estado viviendo cinco días con otros siete árabes en mi piso porque nos daba miedo que nos agredieran. Nos daba miedo estar solos. Que yo también quería emborracharme, porque no podía con todo. Que me daba miedo beber, porque no quería perder el control. Que me costaba demasiado hablar y que él me estaba haciendo preguntas que no estaba segura de cómo responder. Era como si todo el mundo me hiciera preguntas. Preguntas porque «yo era uno de ellos». Porque era árabe.

Tim estaba enfadado y confundido. Sentado en un rincón de mi estudio, empezó a quitarle la etiqueta a su botella. Tenía los ojos enrojecidos, no sé si de llorar o de beber. Su pelo, del color de la cerveza *pilsner* de Europa del Este, estaba alborotado y le caía sobre los delicados ojos azules. Parecía un niño de nueve años. Parecía asustado. No

entendía cómo podía estar pintando. La verdad es que yo tampoco lo entendía, pero parecía que era la única forma que tenía de evadirme. Era árabe y estaba en Nueva York. Quería esconderme, pero la gente me hacía demasiadas preguntas. Quería abrazar a Tim y besarle en la frente, como una Madonna, y decirle que todo iba a pasar y que se pondría bien.

Como una madre que sostiene a su hijo contra su pecho porque ha recibido un insulto racista por primera vez, quería decirle que en el mundo hay gente mala y que tenemos que aprender a ser fuertes. Que la gente muere. Que constantemente vuelan edificios por los aires, en todo el mundo. Que en Palestina muere gente todos los días. En Palestina, mueren niños sin motivo. En Palestina, mueren niños porque hay *bulldozers* que echan abajo sus casas.

¿Es tan diferente un avión de un *bulldozer*?

Pero Tim, como la mayoría de mis compañeros de clase, desconfiaba de mi cariño. Mientras sus corazones se llenaban de temor y recelo, mi corazón se volvió más grande. Yo quería amar. Quería cogerlos a todos, sentarlos delante de mí y reventar con delicadeza la burbuja en la que habían estado viviendo. Quería ser la madre que sienta a su hija y le explica que llegará un día en el que los chicos intentarán besarla y hacer otras maldades. Quería hablarles a mis compañeros sobre el sur del Líbano, sobre Palestina, Sri Lanka, Birmania, sobre Sudamérica y África. Quería preguntarles si se acordaban de Bosnia y de Iraq. Quería preguntarles si recordaban a sus propios indios norteamericanos. Quería decirles que todos los días muere gente y que lo sucedido en Nueva York el 11 de septiembre de 2001 no era distinto.

Pero supongo que sí lo era. Por algún motivo, sí lo era. Por algún motivo. Aquel día, el mundo entero cambió.

Pero ¿cómo iba a saberlo entonces?

Ser árabe en Nueva York en el año 2001 era como sufrir otra vez el impacto contra el agua helada. Era ser clasificada como una ciudadana de tercera clase una vez más, estar atrapada en la bodega del barco. Y entonces, como la vez anterior, empecé a ahogarme.

Esta vez, sin embargo, estaba un poco más preparada. Me hice con una *kufiya* y la mostraba con orgullo. Me solté la melena, mi hermosa melena árabe, larga, morena, rizada, ensortijada. Mi melena, que era mi voz y hablaba en mi nombre. Mi melena árabe, que me caía hasta las caderas. Me ponía kohl en los ojos. Me hice dibujos en las manos, como los que se hacen con *henna*, con un rotulador indeleble negro. Me volví oriental. Bailaba la danza del vientre al ritmo del rap. Seducía a los hombres hablando de frutas, de especias y de cocina. Hablaba de nuestros olivos y contaba que en el Líbano no utilizamos pesticidas. Que allí todo es fresco y bueno. Que teníamos orgasmos cuando rezábamos.

Cuanto más me rechazaba Nueva York, más deseaba yo ser yo misma. Cuanto más quería Amrika aplastar a mi especie, más quería yo reproducirme. Cuantos más Bush

había en el camino, más me abría paso yo a machetazos*. No iba a hundirme así. Yo también había trabajado mucho para llegar a donde estaba. No iba a dejar que todo se desvaneciera por los estereotipos. Nueva York, ¿por qué no eras capaz de recordar lo mejor que tenías? ¿Por qué no eras capaz de recordar que eras de todos?

Cuando me pusieron encima el estereotipo, decidí que había llegado el momento de investigarlo, para así poder exponerlo. Pinté hombres con armas. Pinté mujeres con armas. Pinté niños con armas. El mundo entero se iba a la mierda y yo iba a la cabeza. Yo iba abriendo camino a los revolucionarios y a los espíritus libres. Yo ondeaba la bandera roja. Yo era la libertad guiando al verdadero pueblo. El mundo entero se estaba quemando y yo era la que ardía con más intensidad. Pintaba con morados y rosas y dorados. Pintaba todo el día y toda la noche. Bebía más de lo que pintaba. Era una mujer enfadada. Era una mujer decidida a vivir. Esta vez no iba a dejar que Nueva York me venciera. No iba a dejar que me robara mi vida. No había llegado mi hora. Lo supe cuando vi caer la primera torre. Lo supe cuando la gente dejó de hablarme. Supe que las cosas no iban a terminar así. Supe que, cuando muriera esta vez, no sería *aquí*. No sería ni siquiera cerca de *aquí*.

Nueva York era más que aquello, estaba segura. Aquella ciudad tenía un lado bueno y no iba a dejarme vencer por una horrible catástrofe.

Había flores en los cerezos y conversaciones maravillosas. Había parques y niños y gente que tenía metas en la vida. Había personas creativas, personas activas y personas estimulantes. Personas que se sentían orgullosas. Que habían trabajado mucho para llegar hasta donde estaban. Personas que tenían confianza en sus vidas y en el sistema en el que habían escogido vivir. Personas que tenían fe en la gente de su alrededor. Personas que lo habían dejado todo para formar parte de esa gran ciudad. Personas que creían. Personas como Iyad.

Iyad representaba todo lo que tenía de bueno Nueva York. A la temprana edad de dieciséis años, llegó a Amrika procedente del Líbano persiguiendo el glorioso sueño de independencia y autoestima. O puede que, como muchos otros antes que él, y sin ser consciente de ello, simplemente estuviera huyendo para encontrar algo mejor.

Iyad tenía una tienda de artículos de ajedrez en pleno Greenwich Village y estaba orgulloso de poseer cuatro camisetas, dos pares de vaqueros, dos pares de calcetines, algo de ropa interior y unas zapatillas de deporte negras. Se enorgullecía de no necesitar objetos materiales para sobrevivir en la gran ciudad. Sería su corazón el que se haría cargo de todo. Lo que movía a Iyad era el amor y el dar amor a los demás.

Su día comenzaba a las cuatro y media de la tarde, cuando se despertaba, se lavaba la cara, se cepillaba los dientes y se iba corriendo a la oficina de correos para llegar antes de que cerraran. Tras la comprobación diaria del correo, seguía adelante con su jornada, intentando poco a poco ponerse al ritmo del resto del mundo. Iyad llevaba más de dieciséis años viviendo en Nueva York y no había vuelto a casa ni una sola vez. Cuando lo pienso ahora, comprendo las visitas diarias a la oficina de correos. Me pregunto si

alguna vez recibió algo que viniera de su país. Muchos años más tarde, intenté enviarle un regalo desde el Líbano, pero no lo recibió. Creo que en algún lugar de Amrika hay una cámara subterránea en la que meten todo el correo procedente de Oriente Próximo o cualquier cosa que tenga algo escrito en árabe. A lo mejor hasta tienen incineradoras para eliminar todas las pruebas de que ha existido. Me pregunto si Iyad recibió alguna vez algo que viniera de su país después del 11-S. Probablemente no.

La primera vez que vi a Iyad fue en una tienda de libros de segunda mano que daba a Union Square. Me sentía nostálgica y estaba echando un vistazo a la sección de Oriente Próximo. Era raro ver libros en árabe justo al lado de los israelíes. Supongo que así es como funcionaba Nueva York: todo el mundo tenía que encontrar la manera de convivir, y, de un modo u otro, normalmente se lograba.

Justo a mi derecha había un hombre de peso y estatura medianos sentado en el suelo y rodeado de pilas de libros que había cogido de los estantes. No estaba segura de la edad que tendría. Quizá la misma que yo, quizá algo mayor. Supe inmediatamente que era árabe porque abría los libros de derecha a izquierda y los hojeaba de atrás para delante. Resultaba extraño. Tenía entradas y llevaba un polo negro y unos vaqueros desgastados. Me quedé parada mirándole durante unos segundos y, justo cuando me di cuenta de que era una grosería y me disponía a marcharme, levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Era una situación incómoda, pero, en lugar de apartar la mirada y seguir a lo mío, le miré a los ojos de color chocolate y, con un tono muy informal, como si fuéramos amigos de toda la vida, le pregunté en árabe qué tal estaba.

–*Keefak?*

–Bien –contestó–. Estupendamente, la verdad. Llevo años buscando un libro sobre Ziad Rahbani en esta librería y aún no he encontrado nada.

–¿Entonces por qué estás tan «estupendamente»? –le pregunté.

–Porque acabo de conocerte.

Sí, Iyad era un aspirante a poeta neoyorquino. No podía dejar de mirarle a los ojos; ahora no me cabía duda de que era mayor que yo. Había demasiada tristeza en ellos para una persona de veintitantos años. Habría sido extremadamente injusto, aunque tampoco demasiado infrecuente. Nadie había sido tan directo conmigo hasta entonces. Era una maravillosa combinación de masculinidad árabe y decisión amrikana. Me gustó.

–Me siento como si estuviera en una de esas largas películas amrikanas –dije–. Esta conversación nunca podría haber tenido lugar en mi país. Este tipo de situación sólo puede producirse en Nueva York, ¿verdad?

–Puede que tengas razón hasta cierto punto en que esta situación es claramente propia de Nueva York, porque, bueno, dadas las circunstancias, en este momento estamos en Nueva York y el tiempo está pasando entre, a través de, bajo y alrededor de nosotros –dijo–, pero con respecto a la larga película amrikana que acabas de mencionar, nuestro encuentro no ha hecho más que empezar, y si ya crees que soy aburrido y prolijo, puedo decirte ya mismo que éste es el comienzo de una hermosa amistad. Acabas de

conocerme, pero ya puedo oírte sermoneándome como si lleváramos cincuenta años casados. Sí, creo que esto promete. Siéntate a mi lado, mi joven estudiante libanesa, y que comience nuestra aventura juntos.

–¿Cómo sabes que soy libanesa y estudiante? –pregunté.

–Por tu acento y por la forma en que has saludado. Ha sido demasiado informal para ser de cualquier otro lugar de Oriente Próximo. Además, tienes la palabra «nostalgia» escrita por toda la cara. Venga, vámonos de aquí, te invito a cenar algo.

–Mmm..., no, no te molestes. Tengo que volver a trabajar –contesté. ¿Estaba intentando seducirme? Me sentía incómoda. No suelo ligar con desconocidos en librerías–. Encantada de conocerte, buena suerte con la búsqueda del libro.

Dicho esto, me di la vuelta y me encaminé con decisión hacia la salida. Me había puesto nerviosa y mi rostro delataba la vergüenza que estaba pasando. Tenía una enorme sonrisa en la cara y el corazón me latía a mil por hora. Fue una sensación genial.

–Espera –gritó–, ¿adónde vas?

–Tengo que estudiar. Encantada de conocerte.

Salí de la librería prácticamente corriendo, al tiempo que me reía y sacudía la cabeza.

Sí, fue una sensación muy agradable.

Y entonces, de repente, me encontré estrechando a Nueva York entre mis brazos y deseando dar un gran abrazo a todo el mundo. Había establecido un vínculo con la ciudad y había dejado de sentirme sola. Es increíble cómo eso te hace verlo todo desde otro punto de vista. De pronto, todos los que me rodeaban estaban felices y sonrientes. ¿Dónde estaba toda la gente enfadada? Ya no la veía. Fui corriendo hasta casa. Casa. Ahora la llamaba «casa». Era una sensación muy agradable.

Cuando cayeron las torres, yo corrí a pintar. Cuando cayeron las torres, Iyad corrió hacia ellas. Lo único que quería hacer era ayudar. Ayudó a la gente a sacudirse el polvo blanco cuando corrieron hacia él. Ayudó a los bomberos a llevar sus equipos cuando corrieron hacia las torres. Y cuando éstas se derrumbaron, ayudó a buscar sus cuerpos. Durante cinco semanas, pasó todas las noches en la Zona Cero, ayudando.

Unos años antes de que cayeran las torres, me volví a encontrar con Iyad. En realidad fue él quien me encontró. Yo estaba delante de las ventanas del Museo de Arte Contemporáneo del Soho. Estaba mirando hacia el interior para ver si conseguía distinguir alguna obra sin tener que soltar los ocho dólares y medio que costaba la entrada. Mientras miraba al cristal, vi un reflejo que me devolvía la mirada y que no era el mío. El reflejo tenía entradas y llevaba un polo negro. El corazón me dio un vuelco, pero no me di la vuelta. Supongo que me daba miedo encontrarme con mi destino frente a frente.

–Sé que me estás viendo. No te asustes, no te estoy siguiendo. No estoy intentando ligar contigo. Es sólo que yo también echo mucho de menos mi país. Eres lo más cercano al Líbano que he visto en más de quince años.

–Ni siquiera sé cómo te llamas –dije, aún dándole la espalda.

–Iyad –dijo su reflejo.

–Iyad... Es un nombre bonito, pero me recuerda demasiado mi hogar. Justo ahora estaba empezando a acostumbrarme a esta ciudad. Estaba empezando a encajar y ahora vas a quitarme todo eso y a hacer que vuelva a sentirme como una intrusa.

–No, te prometo que no. En todo caso, te ayudaré a ver el lado más hermoso de esta ciudad, algo que nunca podrías hacer tú sola.

–Iyad, no estoy buscando amor. El amor es demasiado duro.

–El amor siempre es demasiado duro. Eso es lo que hace que sea tan increíble. Pero, si eso es lo que quieres, te prometo que ninguno de los dos se enamorará del otro. Aunque llegarás a quererme, eso no puedo evitarlo.

Me di la vuelta y alargué la mano.

–Soy Zena y prometo no enamorarme nunca de ti –dije.

–Hola, joven Zena –contestó él–, yo soy Iyad y prometo no enamorarme nunca de ti.

Cuando cayeron las torres, levanté un muro entre la ciudad y yo. Me sentía como si hubiera muerto una vez más. Cuando cayeron las torres, Iyad desapareció. Pasaba todo el día durmiendo y toda la noche trabajando. Recogiendo escombros. Inhalando gases tóxicos. Buscando supervivientes. Buscando a su gente, a la que tanto amaba. Buscando a los neoyorquinos como si fueran familiares suyos. Supongo que para él lo eran. Los once millones. Su corazón tomó el control, su cabeza se desconectó. Ya no podía aguantar que le preguntaran cómo, cómo, cómo era posible que hubiera sucedido algo así. Sus dos mundos chocaron. Después de haber estado escondido durante tantos años, todo aquello le alcanzó. Parecía que la violencia se estaba convirtiendo en algo universal.

Mientras cavaba con las manos desnudas, se cuestionó su identidad: ¿árabe, árabe-amrikano, amrikano, terrícola? Mientras levantaba piedras y más piedras, acero y restos de alambres en busca de supervivientes, miró la sangre que tenía en las manos. ¿Era su sangre o la de ellos? ¿Era su sangre mezclada con las cenizas de la catástrofe? ¿Eran cosas distintas? ¿Qué les iba a decir a sus vecinos? ¿Cómo iba a explicarlo? Porque de pronto, después del 11 de septiembre de 2001, se esperaba que todos los árabes diéramos explicaciones. ¿Y si no sabíamos? ¿Y si aquello no tenía nada que ver con nosotros?

Recuerdo el día en que empecé a querer a Iyad. Estábamos sentados tomando una infusión de salvia en su piso diminuto, en algún punto entre el Soho, el Noho y quién sabe dónde. Yo había estado trabajando hasta tarde en el estudio y decidí pasarme a hacerle una visita. Lo encontré en su tienda, detrás del mostrador, hablando con un cliente que estaba intentando decidirse entre un tablero de ajedrez de *Los Simpson* y otro de *El señor de los anillos*. Los observé a través del escaparate, intentando contener la risa. Era la una de la madrugada y podía imaginar lo interesante que debía de ser la conversación que estaban manteniendo. El cliente llevaba una gabardina *beige* y se parecía a Colombo, lo cual era extraño, ya que a Iyad le encantaba Colombo. ¿Y si era él en persona? Entré e hice como si estuviera paseando por la tienda y echando un vistazo.

Iyad me ignoró a propósito. Cogí piezas de ajedrez de distintos tableros y las examiné con la luz que entraba en la tienda procedente de una farola de la calle.

El hombre de la gabardina se volvió para mirarme y, de pronto, cambió de postura, encorvándose sobre los juegos de ajedrez que había en el mostrador. Me fijé en que llevaba unos zapatos negros y brillantes con cordones y que estaban mojados. No estaba lloviendo y no había llovido en toda la semana, por lo que me invadió la curiosidad. Bajó la voz y empezó a hablar a toda velocidad, como intentando cerrar el trato. Fui derecha hasta el mostrador, miré a Iyad directamente a los ojos y le pregunté cuánto costaba el ajedrez de *Los Simpson*.

–Es demasiado caro para usted, señorita.

–Me da igual –respondí–, le he hecho una pregunta.

–¿No-no-no le has oído? –tartamudeó el hombre de la gabardina mientras se volvía hacia mí. Comprobé con tristeza que no era Colombo. Entonces, señalando a la puerta, añadió–: Deberías irte.

–¿Irme? ¿Por qué iba a tener que irme? Éste es un país libre, ¿no?

Ah, cómo había deseado siempre decir esa frase.

–Oye, yo he llegado primero y este ajedrez es mío. De hecho, ya lo he pagado –dijo al tiempo que sacaba un fajo de billetes del bolsillo de su gabardina. Contó veinte billetes nuevecitos de un dólar y exclamó–: Hala, se acabó. Que te den por culo, ya te he dicho que este ajedrez era mío.

Agarró el ajedrez y salió de la tienda hecho una furia.

Iyad y yo nos echamos a reír. Era lo más extraño que había visto en toda mi vida.

–¿Ves, joven Zena? Por eso me paso el día durmiendo. El día es muy aburrido, es por la noche cuando Nueva York empieza a animarse. Y hablando de la noche, ya casi se nos está escapando. Venga, vámonos a correr una aventura.

–Tú y tus aventuras. Estoy cansada, quiero dormir.

–No, no, esta noche no puedes dormir. Esta noche vamos a ir a Brooklyn a comprar comida y vamos a darnos un banquete.

–¿Comida? ¿Quién está despierto a estas horas para vendernos comida?

–Joven Zena, te crees que soy el único árabe en Nueva York que vive en una realidad alternativa, pero somos muchos. Incluida tú, aunque seguramente no quieras reconocerlo. Cuando cae la noche, el dolor y el peso de estar lejos de casa son demasiado grandes. No podemos dormir. Nos invade la culpa y tenemos que encontrar algo que nos ayude a pasar la noche. Ven a verlo con tus propios ojos. Tú crees que eres distinta de nosotros. Vienes por aquí toda ufana, utilizando tu estudio como excusa. ¿Por qué has venido en lugar de irte a casa? Sabes que las conversaciones conmigo nunca duran menos de tres horas. Así que no finjas que no sabes lo que estoy intentando decir.

Refunfuñé, pero asentí con la cabeza. Tenía razón; siempre tenía razón.

–Bueno, vale, vámonos. Pero tengo clase mañana a las nueve, tienes que asegurarte de que llego a tiempo.

En un segundo, dejó la tienda a cargo de un ayudante que estaba durmiendo en la trastienda y nos fuimos. Caminé hasta el bordillo e intenté parar un taxi, pero Iyad se me echó encima y me bajó el brazo.

—¿Qué haces? Estoy intentando parar un taxi. No pretenderás que cojamos el metro a la una de la mañana.

—Joven Zena, tenemos toda la noche por delante y una hermosa ciudad por descubrir. ¿Por qué desperdiciar un solo instante? ¿Por qué apresurarse? Vamos a ir a Brooklyn andando. Lo importante no es el destino, es el viaje.

—¿Estás loco? ¿¿¿Ir andando hasta Brooklyn???

Cuando llegamos al puente de Brooklyn, sólo habían pasado cuarenta minutos. El tiempo volaba.

—Zena, para ver una ciudad de verdad hay que caminar por ella. Hay que verla con los ojos abiertos. No se puede ir con prisa. Tienes que saborear cada esquina que dobles porque nunca volverás a doblarla de la misma forma.

Comprobé que era capaz de seguir su ritmo, aunque estaba muerta de cansancio. La luna brillaba con fuerza, guiándonos, protegiéndonos. No hubo ni un solo momento en el que no me sintiera a salvo. Sí, era casi como estar en casa. Al cruzar el impresionante puente de madera, no dejé de asomarme desde el borde para observar el agua. La ciudad entera se reflejaba en ella. Nunca la había visto así. Era verdaderamente hermosa y, de alguna forma, parecía pertenecerme por completo.

Después del puente, giramos a la derecha y nos dirigimos lentamente hacia Atlantic Avenue. Era allí donde la ciudad revivía. Había tiendas abiertas. Bulliciosos cafés a los lados de las calles. Hombres vestidos con largas *galabiyas* sentados fumando narguiles. Iyad se paraba de vez en cuando para saludar a alguien dando tres besos en las mejillas, como se hacía en el Líbano. Pero no todos eran libaneses. Había argelinos y yemeníes. Había sirios y sudaneses. Yo me quedaba parada observando y nadie parecía reparar en mi presencia. Todo el mundo estaba charlando y bebiendo té. ¿Seguía estando en Nueva York?

Después de lo que parecieron mil apretones de manos y un millón de besos, fuimos hasta una tienda envuelta en un agradable olor a especias. Con una enorme sonrisa en la cara, Iyad me puso delante una cesta de plástico y me dijo que cogiera lo que quisiera. Habíamos salido a gastar y no hacía falta que me reprimiera.

—Iyad, ¿cómo vamos a llevar a casa todo esto?

—Querer es poder —dijo señalando mi mochila y quitándomela de los hombros—. No te preocupes, yo la llevaré.

Si hay una cosa que recuerdo especialmente de Iyad, es su fuerza física. Quizá sea eso lo que pasa cuando vives solo durante tanto tiempo, se te olvida cómo tocar a la gente. Como si fuera King Kong, sus abrazos siempre me comprimían tanto que me dejaban sin aire en los pulmones; sus apretones de manos me machacaban los dedos.

Cargamos un montón de comida árabe que generalmente no se podía comprar en las

tiendas normales, pagamos y nos pusimos en marcha de vuelta a su casa. El camino de vuelta se pasó incluso más rápido. Estaba entusiasmada y no podía dejar de hablar de lo que había visto. Estaba contentísima porque por fin sentía que podía encajar en esa ciudad. Lo único que necesitaba era un pequeño detalle que me recordara a mi país, y ahora lo tenía. Un pequeño gesto que me acercara un poco a la familia que había dejado. Pensé en todos los demás habitantes de esa gran ciudad. ¿Tendrían también sus respectivas válvulas de escape? Seguro que sí. Tenían que tenerlas. Así es como sobrevivimos. Chinatown. Little Italy. Ahora todo cobraba sentido. Hasta entonces sólo las había considerado trampas para turistas, pero ahora entendía lo auténticas y necesarias que eran.

Cuando llegamos a la tienda, la luna se había ido a dormir, las luces estaban apagadas y el cierre, echado. Ya eran las cuatro de la madrugada.

Seguimos caminando hasta llegar a casa de Iyad. En la puerta, me cedió el paso. Siempre lo hacía. Era algo que me encantaba. Su camiseta negra y sus vaqueros rotos sólo eran una máscara para ocultar al caballero que vivía en su interior. Era un poeta de carne y hueso. Al cruzar la puerta, le rocé suavemente el brazo con el codo izquierdo. Su pelo fuerte y rizado me hizo cosquillas. Me hizo sentir a salvo.

–Vamos, vamos, siéntate –ordenó–. Ponte a estudiar si tienes que hacerlo. Lo que sea, pero tú no hagas nada, yo me encargo de todo.

En su diminuta cocina, me senté en una pequeña silla de madera, me incliné sobre la mesa, puse la cabeza sobre las manos, cerré los ojos y me quedé dormida. De fondo, oía a Iyad corriendo de un lado para otro, abriendo armarios, cerrando armarios. Le oí meter las cosas en la nevera. Le oí contestar una llamada del Líbano. Oí la melancolía en su voz. Me rompió el corazón. No me moví hasta cuatro horas más tarde, cuando Iyad me puso su cálida mano en la mejilla para despertarme.

Al principio me quedé aterrorizada, al no saber exactamente dónde estaba ni cómo había llegado allí, pero entonces se agolparon en mi memoria los recuerdos de la noche anterior. La caminata hasta Brooklyn a la luz de la luna. El supermercado.

–Toma, bébete esto –me dijo al tiempo que me ponía en las manos una taza de humeante té–. Es té negro con salvia, creo que te gustará. Come –dijo mientras me alcanzaba bruscamente diminutos tazones con queso, *labné* y aceitunas.

Partió el pan por la mitad.

–Toma –dijo–. ¿Quieres miel para el té?

Con cara de sueño y maravillada ante aquel espectáculo, bajé la cabeza y susurré:

–Gracias.

–Tienes una hora hasta que empiece tu clase. Come.

–Gracias, Iyad. Gracias.

Nos quedamos sentados sin decir nada, bebiendo a sorbos el té con salvia. Como si fuéramos un matrimonio y lleváramos casados más de cincuenta años, nos sentíamos cómodos en nuestro silencio.

Hasta que yo lo rompí:

–Iyad, ¿puedo quererte sin enamorarme de ti?

–Joven Zena, puedes hacer lo que quieras. Es un país libre.

Nos miramos y sonreímos. Le quería. Le quería por haber acabado con las ideas equivocadas que tenía sobre la ciudad. Había estado todo ese tiempo intentando convertirme en Nueva York, y por fin, en una sola noche, había ocurrido todo.

Cuando salí de su casa y me dirigí a clase, miré a mi alrededor y me pregunté si era eso mismo lo que les sucedía a los demás. Todos somos extraños cuando llegamos a esa ciudad, pero llega un momento en el que nos convertimos en miembros de una familia, y cuando se produce esa transición, es un hermoso renacimiento. Sentir que formas parte de la ciudad más increíble del mundo.

Sin embargo, cuando cayeron las torres, hice las maletas y tiré mis obras a la basura. Me despedí de Brooklyn, Queens y Manhattan y volé de vuelta a Beirut.

Dejé Nueva York.

Dejé a Iyad.

Vine a Beirut. Fue un suicidio y una maravilla.

ASUNTO: ¿¿ ¿estás bien???

Para: zena

Viernes, 14/07/2006 07:11 1KB

Zena:

Acabo de leer que Israel ha bombardeado el Líbano. ¿Estás bien, Zena? Estoy preocupada... Por favor, dime que estás bien. ¿Se encuentra bien tu familia?

Un abrazo,

Marika

5

Pero antes de Nueva York e Iyad estaban Maya y Beirut. Las dos grandes historias de amor de mi vida actual. Y aquí es donde, por fin, comienza verdaderamente mi historia.

Conocí a Maya el primer día de clase en la Universidad Amrikana de Beirut, en octubre de 1994. Acababa de llegar de Nigeria, donde llevaba viviendo toda mi vida actual, para empezar mis estudios universitarios en Beirut. Trasládarme de África a Oriente Próximo no fue tan difícil como había imaginado. Pasé de un sistema educativo amrikano a otro. Esas incubadoras existen en todo el mundo y su objetivo es prepararnos para el orden del Nuevo Mundo. Creo que se sabe que el despotismo goza de buena salud cuando se está dentro y ni siquiera se es consciente.

Era una tarde árabe húmeda y calurosa. Las tardes árabes son como manchas de helado de chocolate en las comisuras de los labios. Son dulces y pegajosas. Son jazmines en flor. Mi abundante pelo se me pegaba a la cara mientras corría como loca por el campus buscando mi facultad. En aquella época, aún llevaba pantalones vaqueros. Ahora no los soporto; ahora sólo llevo pantalones de lino. Eran sueltos de cintura y los bajos rotos arrastraban por detrás de mis Doctor Martens de color azul marino, en las que había dibujado margaritas blancas. Supongo que era una especie de moda pasajera. Aunque no en el Líbano, sino en un lugar lejano llamado Seattle.

Mientras corría, mi mochila saltaba arriba y abajo y me irritaba la parte inferior de la espalda, que estaba empapada de sudor árabe. El sudor árabe huele a azahar y a tubos de escape. Me daba miedo que se me transparentara el sujetador a través de la camiseta blanca. Hay muchísimas cosas que siempre me han dado igual, pero mis pechos y cualquier cosa que tuviera que ver con ellos siempre me hacían sentir incómoda. No es que fueran demasiado grandes o demasiado pequeños. Simplemente eran pechos.

Mientras caminaba por la enmohecida facultad de Ciencias y Humanidades en busca de mi clase de historia, el hedor a libros antiguos y profesores envejecidos se introdujo lentamente por mi nariz. El color de las paredes, un ocre amarillento, se me clavó en los ojos como una punzada. Para separar las aulas de los pasillos principales no había paredes, sino unos deteriorados *musharabiyeh* de cemento con arabescos. Los pasillos tenían nombres extraños que no estaban ni en árabe ni en inglés. Quizá fuera la lengua de la formica. Y de habas secas.

Desde el fondo del pasillo llegó una voz grave que hablaba inglés con un fuerte acento árabe. Las palabras «examen» y «káiser» atrajeron mi atención. La historia me había

encontrado. Mientras intentaba recuperar el aliento, me fijé en una chica con el pelo largo y oscuro que estaba totalmente absorta en la lectura de lo que parecía ser una novela rosa de mala calidad. Estaba sentada con la espalda recta, pero tenía los hombros ligeramente encorvados, como para proteger el libro sagrado que sostenía con delicadeza entre los dedos.

Me hizo gracia lo mucho que me recordaba aquella chica a mí misma. Aquel ratón de biblioteca no sentía ninguna vergüenza ni tenía miedo de que su profesor viera que a los cinco minutos de empezar su clase ya estaba aburrída. Estaba leyendo en pleno discurso de presentación y daba la impresión de que tenía un claro problema con la autoridad. Me pareció una escena maravillosa. Muchas de las chicas libanesas a las que había conocido hasta entonces no tenían demasiado interés en la lectura. Para mí eran zombis obsesionadas con la moda y adictas al pintalabios naranja. Llena de curiosidad, atravesé el aula e intenté ver el título del libro. Me tenía muy intrigada. ¿O acaso era que ya había encontrado mi refugio? Me di cuenta de que estaba leyendo en inglés, de izquierda a derecha. Me quedé parada mirándola desde el pasillo, pero no conseguía distinguir el título del libro sin las gafas puestas.

Dicen que cuando ves por primera vez a un alma gemela lo sabes inmediatamente, pero que tu cabeza necesita un tiempo para registrarlo. Creo que supe que acababa de encontrar a la persona que iba a convertirse en mi mejor amiga, pero estaba tan concentrada en averiguar el título del libro que no me fijé en el rayo de luz que se había colado a través del *musharabiyeh* y que ahora rebotaba contra su pelo.

Como un halo.

–¿El Kkkhalil? –una explosión sónica con un fuerte acento resonó en toda el aula–. Llegas tarde, adelante.

Miré al suelo y caminé hasta el fondo de la clase, con las correas de mi mochila de color verde militar enroscadas en los pulgares. Cuando pasé junto a la chica con el pelo largo y oscuro y la piel de porcelana, ella ni se inmutó. Ni siquiera se fijó en la chapa que llevaba en la mochila. Ni en la que decía «A LA MIERDA LA AUTORIDAD» ni en la otra, «SALAM, SHALOM, PAZ». Estaba claro que aquella joven estaba atrapada en algún drama que tenía lugar en otra parte. Me habría gustado estar allí.

Me indignaba muchísimo aquella universidad y todo su atraso. *El campus: Ciudad sin ley*. Era el año 1994 y la guerra civil había terminado sólo tres años antes. Antes de la guerra, aquella universidad era una de las mejores de Oriente Próximo; era un hervidero cultural en el que atractivos hombres de piel morena cortejaban a extranjeras rubias. Eran los sesenta, los «años dorados» del Líbano. Como en el resto del mundo, los estudiantes dedicaban su tiempo a fumar hachís, practicar el coito e instigar a la revolución. La revolución del pensamiento, claro. Cuando empezó la guerra, todas las rubias se fueron del Líbano, al igual que los mejores profesores y alumnos y, con ellos, la credibilidad de la universidad. Lo único que quedó fue una mezcla sin vida de activistas políticos miopes que no tenían edad suficiente para votar y cajas y más cajas de bolígrafos Bic azules.

Las asambleas de estudiantes se convirtieron en campos de batalla para las milicias. El capítulo sobre la evolución se arrancó de los libros de biología. La palabra «Israel» se tachó en todos los mapas y libros de la biblioteca. En 1994, lo único que quedaba eran profesores acabados con dentaduras grotescas que tendrían que haberse jubilado decenios antes. La guerra civil había conseguido proteger su incompetencia y garantizarles un puesto de por vida. Y a mí me tocó sufrir los daños.

Podría haber ido a cualquier lugar del mundo: Londres, París, Tombuctú. Pero escogí Beirut. Cuando todos mis compañeros de instituto presentaron sus solicitudes a las universidades, entre siete y diez cada uno, yo rellené solamente una. Era o Beirut o nada. Había visitado el Líbano varias veces durante mi infancia y siempre lo odié. Odiaba el calor. Odiaba el tráfico. Odiaba el ruido constante de las bocinas de los coches. Odiaba a los vendedores de *kaek* que iban por la calle subidos en sus bicicletas llenas de sudor. Odiaba a los inmigrantes sirios que trabajaban en la construcción y que siempre intentaban meterte mano. Odiaba no saber hablar la lengua, ni árabe ni francés. Odiaba que me pellizcaran las mejillas, me dijeran lo gorda que estaba y después me aseguraran que un día encontraría un marido dispuesto a pasar por alto mi peso y mi falta de desenvoltura a la hora de relacionarme. Un marido que hasta soportaría que leyera, que dibujara y que me aislara del resto del mundo. Que me enseñaría árabe con sus besos y sus caricias.

¿Por qué ir allí? ¿Por qué escoger mudarme a Beirut en la flor de mi juventud? En 1994 Beirut no parecía ser más que una ciudad podrida y decadente dejada de la mano de Dios. Mientras rellenaba mi solicitud para la universidad, sentí que era algo que tenía que hacer. Mis amigos me dijeron que estaba loca y quisieron saber por qué me rendía tan pronto. Lo tenía todo, ¿por qué tirarlo por la borda? Pero yo no lo veía así, yo creía de veras que tenía que ir a Beirut. Era algo profundo que estaba dentro de mí. Era mi momento. Cómo iba a imaginar que Beirut ya me había encontrado a mí. Me había hechizado y yo no tenía ni idea. Me ordenó que viniera y obedecí.

Al pasar junto a la mesa de la chica morena, eché una mirada furtiva al título de su libro. Supe que ésa era la mujer que me consolaría cuando mis estúpidos novios me rompieran el corazón. Era la mujer con la que compartiría mis secretos sobre la pérdida de mi virginidad. Era la mujer que compartiría conmigo su versión de Beirut, que me abriría los ojos al delirante mundo de los suníes de clase media y a las historias fabulosas que lo rodeaban. Los secretos, las mentiras, los intercambios de cónyuges, los adivinos y la lectura de los posos del café. Era la mujer que me enseñaría el habla de Beirut.

Dejé atrás su mesa y me senté dos filas más atrás. Empecé a soñar con las aventuras que viviríamos juntas. Con los cambios que haríamos para hacer avanzar a nuestra decrepita sociedad. Con las margaritas que recogeríamos. Con nuestros hijos, a los que pondríamos nombres ridículos y que se harían íntimos amigos y se casarían cuando fueran mayores. Con las noches que pasaríamos despiertas, tramando y planeando nuestros sueños. Con la manera en que utilizaríamos el arte para cambiar la vida.

Maya me enseñaría los entresijos de la Beirut de la posguerra. Su pelo era entonces castaño oscuro, casi negro. Sus cejas, enormes. Sus pulgares, anchos y redondos, como los de su madre y su abuela, como descubriría más tarde. Llevaba una chaqueta marrón poco favorecedora y un fino pañuelo que colgaba holgado en su cuello.

Estaba leyendo *La edad de la inocencia*.

querida beirut,

"En cuanto oí mi primera historia de amor
comencé a buscarte, sin saber
lo ciego que estaba.
Los amantes no acaban encontrándose en algún lugar.
Han estado siempre el uno dentro del otro.

Yalal al Din Balji (Rumi)"

6

El período que siguió a la guerra civil del Líbano fue una época de cambio y de esperanza.

A partir de 1991, la gente empezó a rehacer sus vidas. Derribaron edificios y volvieron a levantarlos. Compraron ordenadores y teléfonos móviles. Centraron sus energías en creencias y sistemas nuevos, como las empresas y los préstamos. La guerra había terminado y se estaba desarrollando una nueva industria. La población creció y construyó, y todo bajo la sospechosa influencia de la intromisión siria en el gobierno libanés.

Sin embargo, yo no vi el renacimiento. Yo sólo veía las cicatrices. Los hogares y los edificios de Beirut llenos de agujeros de bala. Las tiendas de ropa que seguían vendiendo pantalones de campana porque habían estado veinte años en coma. La nube de humo de hachís que cubría el cielo. El entramado de cables eléctricos que atravesaba la ciudad. La televisión por cable pirateada. Tráfico. Tráfico. Tráfico. Veía a los alcohólicos, a quienes la guerra les había arrebatado la infancia. Veía familias que intentaban luchar contra la depresión. Familias para las que la guerra se había convertido en una forma de vida y que se esforzaban por encajar en la nueva sociedad consumista.

Las televisiones les decían que compraran, pero no tenían dinero. La gente que antes hacía cola para el pan ahora hacía cola para la seguridad social; querían que el gobierno les diera dinero por los hogares que habían perdido. Y después de pasarse horas y horas haciendo cola, el gobierno siempre les decía que volvieran la semana siguiente y lo intentaran de nuevo. Esta pantomima se mantendría durante años. Los niños que sólo hablaban árabe intentaban entender la lengua y la cultura de los chavales occidentales, que volvían con sus familias a su país tras una ausencia de veinte años. Las chicas competían por la atención de los chicos porque, de repente, había un desequilibrio en el país en la proporción entre hombres y mujeres. Vi cómo, poco a poco, muchos productos que habían estado prohibidos por figurar en la «lista negra» se iban introduciendo otra vez en el mercado. Las listas negras sólo funcionan en época de guerra, cuando la gente está convencida de estar luchando por la verdad y la justicia. Pero cuando entran en escena el dinero, las riquezas y las oportunidades laborales, la gente no tiene ninguna dificultad para olvidar las marcas que había jurado no comprar jamás. Las marcas que representaban a los opresores. Las marcas que tenían fábricas en Israel. Las marcas que estaban vinculadas al sionismo, como los vaqueros Levi's, Nestlé

y Coca-Cola. Había muchas cosas que estaban prohibidas, pero ahora la gente quería ser correcta y cumplir con el capitalismo.

Ahora era aceptable comprar Coca-Cola, pero no era aceptable escuchar a Nirvana. Se palpaba una nueva conspiración en el ambiente. El servicio secreto detenía a chavales y los interrogaba porque vestían de negro y escuchaban *heavy metal*. ¿Rendían culto a Satanás? ¿Servían al diablo? ¿Les decía su música que tenían que servir al diablo? ¿Les ordenaba Nirvana que se tiraran por las ventanas de los hospitales? Mi amigo Milad lo hizo. Milad era un alma sensible que no pudo con Beirut. Simplemente fue una de sus muchas víctimas, disfrazado de adolescente trastornado. Su pelo era tan suave como su voz. Le echamos de menos. Fue el primero de mis muchos amigos que admitirían la derrota frente a Beirut. Su madre le echó la culpa a la música que escuchaba. La policía llevó a cabo una investigación y elaboró una lista de todos los discos que había en su habitación. Ahora había cerca de cincuenta grupos que estaban prohibidos oficialmente. En la lista estaba Oasis.

Y luego estaban los hombres y mujeres que habían sufrido abusos durante la infancia. Y las secuelas que se dejaban ver en su conducta diaria a lo largo de su vida adulta. Durante la guerra, la violencia se manifiesta de muchas maneras. De la noche a la mañana, un pariente cariñoso podía convertirse en un animal salvaje con un deseo ilimitado de follarse a alguien. A su sobrina. A su sobrino. O incluso a sus propios hijos. Estas y otras cosas son difíciles de controlar en época de guerra. Y a menudo, cuando termina la guerra, estos horribles crímenes quedan impunes. Y los niños crecen con un gran peso sobre sí y con el deseo inherente de autoinfligirse dolor y, posiblemente, más aún, probablemente, de hacer a otros exactamente lo mismo que les hicieron a ellos.

Vi cómo los edificios se cubrían de andamios verdes y grises. La jungla de cemento se estaba reconstruyendo. La guerra estaba siendo borrada. El plástico y el vidrio estaban de moda. La silicona sustituyó a la realidad. Los edificios se restauraban, y lo mismo ocurría con sus habitantes. Las chicas se desprendían de las narices características de su cultura y las reemplazaban por narices de Barbie. Las mujeres, que no siempre podían permitírselo, se hinchaban los pechos para flotar mejor en los centros vacacionales de la costa, que intentaban aparentar ser lo más pijo del mundo y cuyos dueños eran antiguos caudillos de las milicias, ahora convertidos en políticos.

En la vida de color de rosa, nuestra gente se ahogaba.

Igual que sus edificios, la gente se estaba volviendo atractiva y seductora por fuera, pero hueca y vacía por dentro. Tenías que tener un buen físico, no quedaba otra. La gente estaba tan humillada y destrozada por la guerra que lo único que podía hacer era olvidar. Y, según parecía, olvidar también era la forma más fácil de afrontar las cosas. Y en el Líbano había al menos mil y una formas de conseguir olvidar. Había drogas que se vendían con receta, había drogas que se vendían sin receta y había drogas de las de toda la vida. Había Lexotanil y Xanax. Dewars y White Horse. Rubio libanés y rojo libanés. Masajes tailandeses y prostitutas rumanas. Había discotecas y megadiscotecas.

Una discoteca era el lugar al que podías ir a bailar y a beber. Solían tener un público predominantemente masculino, porque, por lo que fuera, se consideraba indecente que una mujer saliera por la noche y bebiera y se lo pasara bien. La diferencia entre una discoteca y una megadiscoteca era que en la megadiscoteca podías beber y bailar y liarte con una bailarina «prostituta». Como, técnicamente, la prostitución es ilegal, las prostitutas entraban en el Líbano con permisos de trabajo en los que aparecían en la categoría de «artistas» o «bailarinas». Todo el mundo, desde el gobierno hasta las autoridades de inmigración, sabía que eran prostitutas, pero era una de esas cosas que simplemente se permitía que pasaran. Muy típico del Líbano: el Líbano siempre acoge a todo tipo de gente, de todas las profesiones y condiciones sociales. Éramos famosos por nuestra hospitalidad. Prostitutas, milicianos, políticos corruptos, evangelistas puritanos, poetas, artistas, nihilistas, soñadores, escritores, yihadistas, empresarios... Todos son bienvenidos. Éramos el París de Oriente Próximo.

Aquello estaba bien visto.

Teníamos normas, no cabe duda, pero nadie las cumplía.

Es curioso, porque la costumbre de que vengan mujeres al Líbano para practicar el sexo se sigue manteniendo, sólo que ahora también oímos la historia a la inversa. Hay mujeres que vienen al Líbano para acostarse con hombres libaneses. Sin embargo, ahora son mujeres de países árabes vecinos, no de Europa del Este. Esas princesas, que tienen que compartir un marido con otras diez princesas, vuelan al Líbano para satisfacer su libido. Y pagan muy bien. El Líbano: una cama para todo el mundo. Satisfacción para todos. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Mientras una gran parte de nuestra población intentaba olvidar, estaban aquellos que, por mucho que lo intentaran, no podían olvidar. Nunca podrían olvidar. Éstos eran las familias que se habían quedado sin hogar. Que vieron morir a sus hermanos y hermanas delante de sus propios ojos. Que no tenían dinero, ni trabajo, ni países a los que poder emigrar. Los ricos se iban haciendo más ricos y los pobres, más pobres. Los que no podían olvidar (a los que no se les permitía olvidar) empezaron a destacar. Se veía en sus rostros, en su ropa, e incluso en sus ensaladas. La lechuga iceberg era sólo para los ricos.

En las paredes de sus casas colgaban fotografías enmarcadas de los mártires de la familia que habían perdido en la guerra. ¿Qué guerra? Todas ellas. Perdieron la cuenta. Se enfadaron y dejaron de confiar en el nuevo gobierno y, en su lugar, depositaron su confianza en las antiguas milicias de la guerra. El nuevo gobierno no suministraba agua potable a sus hogares. El nuevo gobierno no suministraba electricidad a sus barrios. En muchos aspectos, el nuevo gobierno desatendía totalmente a una gran parte de la sociedad. De modo que la población volvió a depositar su confianza en sus milicias. Si el gobierno no podía reconstruir sus hogares, las milicias sí. Si el gobierno no podía construir una escuela, las milicias sí podían. Si el gobierno no construía un hospital, las milicias lo hacían. Muy pronto, habían construido su propia comunidad, su propio país. Las milicias.

Cuando terminó la guerra civil, vi la marginación de los palestinos en los campos de refugiados. Vi cómo la gente quería olvidarlos. Vi cómo la gente los culpaba de todo lo que había ido mal en el Líbano. Y, poco a poco, la gente dejó de tenerlos presentes. Los muros de cemento que los rodeaban fueron siendo cada vez más altos y aislándolos del resto del país. El gobierno no se hacía cargo de su situación. El gobierno se negaba a reconocer la realidad de los refugiados, se negaba a proporcionarles servicios sociales. Les ponía limitaciones a la hora de conseguir un trabajo u obtener la nacionalidad. Y allí están ahora, sentados en esas celdas de detención a las que llaman «campos», sin identidad, sin esperanza, sin futuro, sin electricidad, sin agua, sin escuelas, sin aire puro y con muy poco cielo. Simplemente se sientan y aguardan y esperan poder regresar a su patria algún día. Ahora hay generaciones de niños que han nacido aquí mismo, en el Líbano, pero cuyo único sueño también es volver a casa. Viven en la miseria y la pobreza, pero sus corazones arden de orgullo y tienen la firme creencia de que su vida en esos campos es provisional. Creen en Palestina. Creen que vienen de una gran nación. Y creen que un día regresarán.

Mi hermana, Lana, trabajó durante muchos años en los campos. Era joven y de izquierdas. Sabía que aquél era un pueblo que había sido enormemente maltratado. Con sus manos, ayudó a construir casas para ellos. Con su voz, tranquilizó a los niños, contándoles historias sobre una época mejor que aquélla. Con su corazón, conoció a Yihad.

Yihad era bastante más joven que ella. Tenía los ojos de color verde intenso y la piel dorada. Se enamoró de Lana a primera vista. Su melena larga, suelta y bañada por el sol simbolizaba una libertad con la que él sólo podía soñar. A ella no le daba miedo el futuro. Era profesora voluntaria e impartía un curso de terapia a través del arte para niños. En su tiempo libre, cargaba bloques de cemento con las manos desnudas, a veces dos a la vez, y ayudaba a construir los hogares que tanta falta les hacían. Tenía un perro que la seguía a todas partes. Hablaba un árabe imperfecto.

Lana se enamoró de Yihad con el tiempo. Era bastante mayor que él. Cuando se acercaba la noche, le sacaba del campo a escondidas en su coche y paseaban por Beirut. Ella le enseñó el mar y él le habló de una Palestina que sólo había visitado en sueños.

Juntos, hablaban del futuro. De cómo las cosas iban a cambiar, porque no era posible que siguieran así eternamente. Enseguida, Lana conoció a la familia de Yihad y llegó a ser como una hija para ellos. Cuando alguien estaba enfermo, ella llevaba medicamentos de Beirut. Si era el principio del curso escolar, les compraba los libros de texto. Durante el ramadán, se sentaba con ellos a la mesa. No empezaban a comer hasta que Lana se había terminado su parte. Siempre insistían en que ella comiera primero. Eso es lo que llamaban *karam*, u hospitalidad. No podían concebir no ofrecerle la poca comida que tenían, y aquello les hacía sentirse orgullosos. Aunque vivieran en una cárcel de cemento superpoblada, aunque estuvieran rodeados de cloacas al aire libre, un invitado siempre era el rey (o la reina) en su casa. Uno no podía estar angustiándose por el presente,

porque las cosas no iban a ser así siempre. Llegaría un día en que volverían a sus hogares. Llegaría un día en que recuperarían sus territorios. Poseen una fe inquebrantable.

Sin embargo, ésta es sólo una de las muchas historias que tenían lugar en los campos. Hubo familias que perdieron la fe. Que se acostumbraron tanto a las limosnas que incluso dejaron de trabajar. Que esperaban que la gente diera su vida por ellos, porque eran ellos los que habían sido maltratados. Solamente ellos. Se llenaron de rencor. Sus miradas se nublaron. No recordaban Palestina. No les importaba. También ellos querían olvidar. Pero ¿cómo olvidar cuando se está encerrado tras un muro de cemento? ¿Cómo olvidar cuando todo lo que se ve alrededor es miseria? Parecía que la manera más fácil de olvidar era simplemente pasar a otra cosa. Abrazar una nueva causa. Una nueva pasión. Y, con el tiempo, estos campos se convirtieron en caldos de cultivo para el surgimiento de nuevos partidos políticos, nuevas milicias y nuevas guerras. Todo esto al tiempo que el país estaba recuperando su categoría de «perla de Oriente Próximo». El Líbano era, y siempre será, la dama de la locura.

El Líbano era, y siempre será, esquizofrénico.

Mientras se «contenía» a los palestinos, la economía crecía. El gobierno hizo creer a la población que por fin había llegado la estabilidad al Líbano. Había mucho empleo, pero, al mismo tiempo, no suficiente. Era extraño. Nadie quería hacer los peores trabajos. Nadie quería trabajar en la construcción ni recoger la basura. Pensaban que esos trabajos no eran dignos. Todo el mundo quería ser banquero o comerciante. De modo que, al cabo de un tiempo, los hombres, que habían sobrevivido a años de guerra civil y habían alcanzado una posición social y tenían un estatus, se vieron respondiendo a la seductora llamada de la emigración. Y, en su lugar, vinieron a trabajar inmigrantes sirios y sudaneses.

Un día, Maya y yo volvíamos a casa de la universidad cuando nos encontramos cara a cara con un chico joven. Era fornido y de pequeña estatura, y tenía la piel tostada por el sol. A juzgar por su ropa, hecha jirones y llena de pintura, lo más probable es que fuera un trabajador de la construcción de alguna obra cercana. Estaba apoyado en una pared y me fijé en que nos estaba observando. No pensé mucho en ello. Si hubiera sabido lo que iba a ocurrir, habría agarrado a Maya y me habría alejado en dirección contraria. Pero esto es Beirut, siempre llena de sorpresas, siempre haciéndote sufrir cuando menos te lo esperas.

Maya, que estaba un poco deprimida por una ruptura reciente, me iba diciendo que cada vez resultaba más difícil conocer hombres en Beirut. Prácticamente iba dando patadas al suelo mientras caminaba y su mochila se balanceaba de un lado a otro. Se le quebraba la voz y estaba intentando con todas sus fuerzas no llorar.

—En serio, Zena, no lo aguanto más. ¿Te puedes creer que me dijo que él y sus amigos iban en el mismo lote? ¿Por qué iba yo a querer estar con ellos? Son todos unos drogatas. ¿Por qué tengo que estar con esa gente jodida y amargada? Yo le quiero a él

solo. No sé cómo no se da cuenta de que son todos unos fracasados. ¿Crees que él también es un drogata?

–Maya, no deberías sentirte mal por no haber renunciado a tus convicciones. Deberías estar orgullosa de ti misma.

Me pasé a la otra mano el pesado portafolio que llevaba para poder caminar más cerca de ella.

–Sí, vale, lo que tú digas. Eso no me sirve para nada. Me siento muy humillada.

Miró al suelo, intentando contener las lágrimas. Para Maya, no había nada peor que llorar en público. Caminamos en silencio durante unos segundos.

–Qué importa él –dije con una sonrisa cálida–. Vas a conocer a alguien que te trate como a una reina. Lo sé.

Estaba a punto de girarme para abrazarla cuando, de repente, sentí algo caliente y duro entre las piernas.

Era una mano. Grité.

No me soltaba.

Maya empezó a darle patadas, pero él la empujó. Era muy joven, ¿cómo podía ser tan fuerte?

–*Yeslamli hal kes*, qué coño tan agradable –dijo casi escupiéndome en la oreja. Despedía un olor a sudor y a polvo. Despedía un olor agrio.

Le golpeé con el portafolio, gritando y llorando. Su mano seguía ahí, me agarraba con muchísima fuerza. Sentí cómo intentaba apretarme por dentro con los dedos. Todo estaba ocurriendo muy deprisa. Me apretó fuerte con el pulgar en el pubis. Yo me apartaba, pero él no me soltaba. Me hacía muchísimo daño.

Y entonces, tan repentinamente como había empezado todo, terminó. Oí un golpe sordo. Maya le había agarrado del cuello de la camisa y le había lanzado contra la pared. Se dio de lleno en la cabeza. La camisa se rasgó.

Se levantó y salió corriendo. Había manchas de sangre en la pared. Maya tenía el cuello de la camisa en la mano.

Caí al suelo. Me hundí en los brazos de Maya. Tenía la camiseta rasgada y mis obras estaban desperdigadas por toda la calle. Los taxis pitaban. Mis obras fueron víctimas del tráfico de Beirut. Sentía ardor entre las piernas. Sentía un dolor punzante. Casi me daba miedo mirar abajo, pensaba que me había arrancado mis partes íntimas y se había ido corriendo con ellas.

–¡Cabrón! –grité–. ¡Cabrón, cabrón, cabrón!

Casi no podía respirar. Me dieron arcadas y grité. Estaba empezando a asimilar lo que había pasado. Mi situación me pareció lamentable. Allí, en el suelo, junto a la papelera verde oxidada, en una esquina de la sucia Beirut. Estaba muy avergonzada. Sentía que Beirut me había traicionado. ¿Cómo podía haberme enviado a alguien así?

–Zena, ¿estás bien? Lo siento muchísimo. ¿Estás bien? ¿Estás bien?

–No, no, no –dije al tiempo que me levantaba apoyándome sobre las manos. Tenía las

rodillas débiles, era como si me hubieran violado mil veces—. ¡Quiero matarle! ¡Te voy a matar! –intenté correr tras él.

Maya me sostuvo en pie y las dos salimos corriendo, olvidando el portafolio. Me cogió de la mano y tiró de mí. Ella siempre corría más deprisa que yo.

–Vamos a por él, vamos a matar a ese hijo de puta.

Maya seguía teniendo el cuello de la camisa en la mano.

Corrimos. Y seguimos corriendo. Corrimos por toda Beirut. Llorando. Atravesamos corriendo los barrios de las milicias. Paredes azules para un partido. Logotipos verdes para otro. Pancartas amarillas para un tercero. Gritando. Corrimos por la calle Hamra. Todo el mundo nos miraba, pero nadie preguntaba nada. Puede que ese tipo de escenas se hayan vuelto habituales aquí. Corrimos hasta el mar. Recuerdo una cosa que ocurrió hace una semana. Estaba en un bar tomando algo con una amiga cuando, de repente, la pareja que estaba sentada a nuestro lado empezó a discutir. No tengo ni idea de cómo empezó, pero la mujer se puso a gritar como una loca. En medio del bar. Nadie dijo nada. Nadie se levantó para preguntarle si se encontraba bien. Entonces, él la golpeó. Le dio un puñetazo en toda la nariz. Ella sangraba y gritaba y ni siquiera entonces se levantó nadie. Ni siquiera yo. Esto es Beirut. Una casa de locos.

No le encontramos.

Nos rendimos y nos sentamos en un bordillo de la Corniche, mirando al mar. Era la hora punta. Los coches, ansiosos por llegar a casa, nos llenaban de polvo. Nos daba igual. Estaba mareada, casi en trance, y respiraba con dificultad por haber llorado y corrido tanto. Las lágrimas me habían dejado surcos en la cara. Maya estaba sentada a mi lado. No dijo nada. No hacía falta. No intentó obligarme a que me levantara. Nos quedamos sentadas, sin más. En silencio. En medio del tráfico. Seguía sintiendo un dolor punzante entre las piernas.

–¿Zena, Maya? ¿Qué hacéis aquí?

Levantamos la vista. Era Firas, en su coche. Habíamos roto sólo dos meses antes. Rompió él conmigo. Yo era demasiado para él, era demasiado sensible. Me puso los cuernos.

¿Era aquello todo lo que podía darme Beirut?

Me entraron ganas de decirle que siguiera conduciendo, que no iba a subirme a su coche por nada del mundo, pero a veces tenemos que soportar un poco más de humillación para poder volver a ser fuertes. Nos subimos y nos llevó a casa. En silencio. No hizo falta que le dijéramos lo que había ocurrido. Sabía que era algo fuerte. Algo horrible. No preguntó. Simplemente nos dejó ir allí sentadas.

En silencio.

Firas, gracias por no hacer preguntas aquel día.

En el año 2000, los israelíes se retiraron del sur del Líbano tras veintidós años de ocupación.

Debido a la ocupación, había pasado toda mi vida, hasta el año 2000, sin poder visitar el pueblo de mis antepasados, Hasbaya. El pueblo en el que se criaron mi abuelo Mohamed y mi padre.

Mi abuelo Mohamed construyó nuestra casa de Hasbaya en lo alto de una colina. Era una típica casa de pueblo de estilo libanés, con dos plantas. La fachada estaba revestida de bloques cuadrados de piedra caliza y el tejado era de tejas rojas. La cocina, el comedor y la sala de estar estaban en el piso de abajo. El piso de arriba estaba dividido en tres habitaciones: una para Mohamed y su mujer; otra para las dos chicas, y la tercera, para los seis chicos. Al hablar con él hoy en día, mi padre dice que sus mejores recuerdos siempre le transportan a los veranos que pasaban en Hasbaya.

Dice que fue allí donde aprendió a hacerse un hombre.

Hasbaya enseñó a mi padre a ser fuerte y valiente. Hasbaya le enseñó a defender sus principios y sus creencias. Fue allí donde forjó un vínculo con sus hermanos y donde descubrió la importancia de los valores familiares. Fue durante aquellos largos días secos y calurosos cuando su resistencia y su fortaleza fueron puestas a prueba. Pero, por encima de todo, fue allí donde pasó veladas de ensueño escuchando a Baba Sami, el hermano del abuelo Mohamed, narrar historias sobre los valerosos guerreros drusos del pasado bajo el majestuoso roble. Mi padre llegaría a definirse a sí mismo a través de aquellas historias.

A principios de la década de los setenta, mi abuelo Mohamed había empezado a construir una casa nueva y más moderna enfrente de la antigua. Su familia estaba creciendo y quería asegurarse de poder dejar las suficientes propiedades a sus hijos varones. El edificio, con varias viviendas, tenía tres pisos y estaba hecho de hormigón. Se sentía orgulloso al imaginarse a sus hijos y a sus futuras familias viviendo juntos bajo el mismo techo. Su familia lo era todo para él. Tras haber pasado años trabajando en México y África, sentía que por fin se había ganado el derecho a establecerse en un lugar y ver crecer a su familia.

Esa misma década, más adelante, estallaron los enfrentamientos en el Líbano. La Organización para la Liberación de Palestina (OLP) había estado sosteniendo su guerra de guerrillas contra Israel desde el sur del Líbano, con la esperanza de recuperar su país.

Durante una temporada, la OLP estuvo instalada en nuestra casa. Unas semanas después, los reactores israelíes volaron nuestro edificio. La OLP se retiró a otro lugar.

Mi abuelo, decidido a levantar la casa de sus sueños para su familia, empezó a reconstruirla. Echó el hormigón y construyó el armazón del edificio por segunda vez. Era el año 1982. El ejército israelí se hizo oficialmente con el control de toda la región del Sur del Líbano y los planes de edificación de mi abuelo se interrumpieron una vez más. Los ocupantes llegaron a la conclusión de que nuestra encantadora casita de pueblo era un punto estratégico para sus operaciones militares. Se hicieron con ella y se instalaron allí. Colgaron su bandera azul y blanca y transformaron nuestra casa en su principal cuartel general para esa zona. Hay una vista perfecta de trescientos sesenta grados sobre toda la región desde esa colina.

Debido a la ocupación, mi abuelo nunca pudo regresar a Hasbaya ni terminar de construir la casa con la que había soñado. El abuelo Mohamed falleció en 1993. Pasarían otros siete años hasta que el ejército israelí se fuera de nuestra casa.

Los ocupantes terminaron de construir la casa que había empezado a levantar mi abuelo. Sin embargo, en lugar de poner habitaciones para una familia en crecimiento, construyeron cabinas para interrogatorios, celdas de detención, salas de tortura y, por supuesto, despachos para la administración. Justo al lado de nuestro roble. Justo encima del edificio que habían volado apenas unos años antes.

Exactamente debajo de nuestro roble, construyeron un búnker en el que dormían. El techo del búnker estaba formado por unos dos metros de hormigón armado y era imposible atravesarlo. Era el lugar más seguro del Sur del Líbano.

Sé todo esto porque al día siguiente de que los israelíes se retiraran del Sur del Líbano fui en coche hasta nuestra casa con toda la familia: primos, primas, tíos y tías. Habían pasado casi veinte años desde que un El Khalil pusiera un pie en aquel terreno. Todos intentamos no llorar. Después de todo, tendría que haber sido un día alegre. Era el 25 de mayo de 2000, que acabaría conociéndose como el Día de la Liberación.

Casi no nos dimos cuenta de que habíamos llegado. Al principio, mi padre y mis tíos no reconocieron el terreno. Incluso su querido roble quedaba oculto por el horrible búnker.

Silencio.

Hubo mucho silencio.

Bajamos de los coches muy serios y todos empezamos a andar en direcciones distintas. Mi padre fue directo a la casa antigua. Mi hermano y yo decidimos explorar el edificio de hormigón, de mayor tamaño. No sabíamos que era una construcción relativamente nueva.

Supongo que era mejor que el abuelo Mohamed no estuviera vivo para ver aquello.

Nadim y yo llegamos al edificio. Yo me quedé unos minutos en la puerta, no estaba del todo preparada para entrar. Mientras esperaba a que mis ojos se acostumbraran a la tenue luz, examiné el vestíbulo del edificio. Era oscuro y húmedo. Y estaba totalmente

vacío. Las paredes tenían un color gris amarillento y estaban llenas de manchas de suciedad y de lo que parecían marcas de humo de tabaco. Justo delante de mí había un ventanuco, la única fuente de luz. Abrí un poco más la puerta para dejar entrar más luz.

Nada. Estaba totalmente abandonado.

El suelo estaba mugriento y lleno de huellas marrones. Daba la impresión de que quien se hubiera marchado de allí lo había hecho a toda prisa. Le cogí la mano a Nadim y entramos los dos juntos. Fue como volver a tener doce años. Atravesamos el vestíbulo y nos dirigimos hacia la derecha, hacia las escaleras. Miré a Nadim. Era evidente que estaba inquieto, pero nuestra curiosidad pudo más que nuestro miedo y nos condujo escaleras arriba. Nuestros pasos eran lentos y calculados. No dejaba de preguntarme si habrían quedado explosivos o trampas en los escalones. No se veía casi nada.

Fuera como fuese, no explotó nada y conseguimos llegar a lo alto de la escalera, al piso siguiente. Nos quedó muy claro para qué había servido el edificio cuando nos encontramos frente a frente con una fila de barrotes metálicos.

Eran celdas de detención.

Estaba casi machacándole la mano a Nadim. Caminamos hasta los barrotes. Un intenso hedor inundaba la habitación. Al principio, tenía miedo de que fuera un cadáver. Estaba aterrorizada. Señalando las manchas oscuras que había en el suelo de las celdas, Nadim me dijo que me calmara.

–Mira, Zena, sólo es mierda. Todo el suelo está cubierto de mierda. Ni siquiera pusieron baños para los presos. Les dejaban cagar en el suelo.

Se me revolvió el estómago y me tapé la boca con la mano para no vomitar.

–Lo siento, Nemo –dije, llamándole por su apodo–, tengo que salir de aquí. Voy a vomitar –le solté la mano, corrí escaleras abajo y salí del edificio. Aquello era demasiado, no pensaba explorar el tercer piso.

Fuera, encontré a los demás reunidos alrededor del roble. Estaban enfadadísimos por algo. Corrí hacia ellos para saber qué pasaba.

–¿Cómo vamos a deshacernos del puñetero búnker? El edificio es fácil, podemos derribarlo. Pero para el búnker... vamos a tener que usar explosivos. El techo es demasiado grueso. Y si usamos explosivos, vamos a dañar el árbol. Y no vamos a dañar el árbol, de ninguna manera. ¿Qué vamos a hacer?

En ese momento, Nadim salió del edificio y me hizo una seña para que le siguiera. Rodeamos el edificio hasta llegar a la parte de atrás y vi a Lana y a mi hermano pequeño, Seif, subiéndose encima de lo que parecía ser un refugio subterráneo para francotiradores.

–Mira –dijo Nadim señalando a Lana y a Seif–, he contado doce refugios como ése desde el tercer piso. La casa está totalmente rodeada.

–Zena, Zena, mira esto, es muy curioso –dijo Seif mientras señalaba los muros de cemento del refugio. Estaban totalmente cubiertos de garabatos y dibujos. Estaba

desconcertada y me incliné para verlos más de cerca. Horrorizada y sorprendida, descubrí que era capaz de leerlos. Estaban en inglés.

–Escucha éste –leyó Seif en voz alta–: diez cosas que quiero hacer cuando vuelva a casa.

Me acerqué y leí:

Echar un polvo sin tener que pagar
No volver a vestir de verde y caqui nunca más
Ver un partido de fútbol
Comer comida de mamá
Darme una ducha con agua caliente
Salir a tomar algo con mis amigos.

Siempre había sentido curiosidad por las historias de los chavales judíos amrikanos a los que llevaban gratis de viaje a Israel. Por los «programas para jóvenes» diseñados para «descubrir sus raíces». Los llevaban a un kibutz hippy, una especie de campamento de verano, en el que todos se sentaban alrededor de una hoguera y cantaban canciones sobre Israel en hebreo. Un Israel que ni siquiera conocían. Un Israel sin palestinos. Eran chavales que iban a la universidad y adolescentes con las hormonas revolucionadas. Querían creer. Querían encajar. ¿Por qué vas a regresar a Amrika cuando puedes tener el clima mediterráneo, los cítricos, los olivos y los *Sexy Semites* de Amoula? ¿Por qué vas a regresar, cuando puedes quedarte y luchar por tu patria imaginaria? Conocieron a otras personas como ellos y se enamoraron. Se quedaron. Se alistaron en el ejército, obligatorio para chicos y chicas. Lucharon. Lucharon por una tierra que nunca podrían conocer de verdad porque, desde el momento en que pusieron un pie en su suelo por primera vez, no apreciaron ni experimentaron su verdadera cultura. Desde el momento en que fueron forzados a visitar esta Tierra Santa, estuvieron condicionados por una concepción errónea de la realidad. Les prometieron la nacionalidad inmediata. Y, la verdad, ¿quién podía culparlos? El sistema creado para acabar con los palestinos ha sido diseñado de forma extraordinaria. No culpo a esos chavales universitarios. No podían hacer otra cosa.

Volví a mirar a Seif. Estaba pasando el dedo por encima de las pintadas de las paredes y parecía confuso, furioso y decepcionado. Durante un instante, pensé en llevar la conversación aún más lejos y explicarle el concepto de un sistema de *apartheid*, pero decidí no hacerlo. Probablemente ya se sentía bastante jodido.

–Venga, chicos –dije–, vamos a ver el búnker de debajo del árbol.

Al volver hacia el búnker, vi que los miembros de la familia de mayor edad se dirigían hacia el edificio en el que estaban las celdas de detención. Quise gritar y decirles que no entraran, pero supongo que era importante que lo vieran con sus propios ojos. Era una especie de horrible trance por el que tenían que pasar para poder cerrar un capítulo. Bajé la cabeza y seguí andando hasta el búnker.

En la entrada, encontré un trozo de papel. Me agaché para intentar leerlo y me sorprendió ver que se trataba de un dibujo. Un dibujo de dos muñecos de palotes hecho con lápices de colores. Uno, una niña con el pelo rubio y rizado. El otro, un hombre alto con bigote. Estaban cogidos de la mano. En la parte de abajo, ponía: «Papá, vuelve pronto a casa». De nuevo en inglés. Aquello me llevó a preguntarme quiénes eran realmente aquellos soldados. Fue como estar atrapada en una realidad morbosa y retorcida. ¿Realmente había extendido Amrika sus tentáculos hasta tan lejos? Y, en cualquier caso, ¿quiénes eran esas personas llamadas israelíes? ¿Por qué estaban aquí, en mi casa? ¿Qué demonios podía convencer a un hombre para abandonar a su hijita y venir a ocupar mi casa? La realidad de la situación se desplomó sobre mí. Había un ejército que había recibido el apoyo de la mayor superpotencia del planeta. Se hizo con mi casa. Se hizo con la casa de mi padre. Se llevó por delante el sudor y el esfuerzo de los sueños de mi abuelo. Llegó. Ocupó. Jodió a sus vecinos. Nos rompió el corazón. Sembró el miedo y la enemidad. Demostró su falta de respeto a la tierra que tanto les da. Jodió nuestras mentes y engendró el miedo y el odio. Llegó. Ocupó. Se sentó. Se cagó. Se cagó por toda la casa de mi abuelo.

Doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo.

Pruebas.

Mientras intentaba volver a tranquilizarme, me incorporé y di unos cuantos pasos hacia el interior. Justo delante de mí, vi las camas. Conté veintitrés. A la derecha había una pequeña cocina. Lo que vi a continuación me resultó muy difícil de comprender. No se parecía a nada que hubiera visto en toda mi vida.

La mesa estaba puesta para la comida. Había cuencos de ensalada. Rebanadas de pan. Botellas de agua. Platos de tomates y cebollas. Y una gran fuente de *mayadara* ligeramente quemada. Me sentí como si fuera Blancanieves y estuviera entrando en la casa de los enanitos. Genial, pensé, primero intentan robarnos nuestro *falafel* y afirman que es invención suya, y ahora quieren hacerse con nuestro plato de lentejas. Me acerqué a la mesa y miré la comida. Estaba cocinada de la misma forma que la nuestra. Me pregunté si su cocinero sería algún vecino del pueblo. Era lo más probable, ¿no?

En un extremo de la mesa, había tres botellas de plástico grandes de Coca-Cola. El logotipo estaba en hebreo. Era surrealista ver un producto en el Líbano con cosas escritas en hebreo. Era surrealista, pero no increíble. Por aquel entonces, la Coca-Cola seguía estando prohibida en el Líbano por su apoyo y su contribución al Estado sionista. Me pareció raro que no bebieran la Pepsi de nuestro país. Quizá fuera su manera de hacer una declaración de principios. De algún modo, bebiendo Coca-Cola se sentían más cerca de sus hogares. Era una declaración nacionalista. Es increíble cómo hasta los bienes de consumo sirven para expresar opiniones políticas en el Líbano.

Cuando se anunció la retirada del Líbano, los veintidós años de ocupación israelí fueron desmantelados en cosa de cuarenta y ocho horas. Se llevaron todas las pruebas, desde las mesas y los papeles de los despachos hasta los prisioneros de las celdas de

detención. Supongo que los soldados que habían ocupado nuestra casa estaban a punto de sentarse a comer cuando recibieron la llamada. Era una escena rarísima. Incluso seguía habiendo agua en los vasos. Ni siquiera pudieron dar un sorbo.

Recuerdo que pensé en el chico que sólo quería echar un polvo. Quizá lo estuviera haciendo en aquel preciso momento. Me pregunté dónde estaría: ¿en Amrika o en Israel? Recuerdo que pensé en la gente de las celdas de detención. Ahora estarían presos en algún otro lugar. Para empezar, ¿quiénes eran? ¿Eran libaneses o palestinos? ¿Dónde estaban ahora, en Israel o en Amrika? ¿Volverían a ver a sus familias? De entrada, ¿qué habían hecho para que los metieran en aquellas celdas? Aquí, al menos, estaban presos en su propio país. Ahora pertenecen a otro sistema, a otro lugar, donde no tienen derechos ni forma de volver a casa.

De nuevo en el exterior, vi que mi familia había vuelto a reunirse bajo el roble. Ahora había un desconocido con ellos y todos le estaban gritando.

–¿Tú? ¿Lo construiste tú? No me lo puedo creer. Nuestras familias se conocen desde hace cientos de años, y tú vas y construyes esta monstruosidad para nuestros enemigos. ¿Aquí, en nuestro suelo sagrado? ¡Debería darte vergüenza!

–No fue culpa mía. Me habrían matado si no lo hubiera hecho –se defendió.

Aquel hombre era un vecino de un pueblo cercano. Durante la ocupación, muchos libaneses fueron obligados a trabajar para los soldados israelíes. La mayor parte del trabajo consistía en labores manuales, pero algunos también fueron reclutados para el Ejército del Sur del Líbano. Aquel ejército, llamado *Lahed* en árabe, era el ejército delegado de Israel en el sur. La ocupación se vino abajo el día en que los soldados de Hezbolá, mediante su labor como espías dobles, se infiltraron en el Mando del Lahed Central y convencieron a sus miembros para que dejaran de trabajar para el ejército israelí. Hezbolá prometió que no emprendería una guerra para vengarse del Lahed. Prometió que no se les atribuiría ninguna responsabilidad porque, durante una ocupación, son cosas que pasan. El 22 de mayo de 2000, el Mando del Lahed Central abandonó las armas y se replegó hacia suelo controlado por el Líbano. Ahora se había abierto un enorme corredor hasta la frontera misma de Israel. El ejército israelí se quedó alucinado. En dos días, desapareció sin dejar huella, con la excepción del armamento que abandonaron allí.

Las armas se dejaron allí a propósito. El ejército israelí tenía la esperanza de que los miembros del ejército local, el Lahed, temerosos de las represalias, tomaran las armas para protegerse de Hezbolá y provocaran una nueva guerra civil. Lo que no sabían era que Hezbolá mantendría realmente su palabra de no emprender una guerra de venganza. Cogieron todas las armas y se las entregaron al ejército oficial del Líbano. Los soldados del ejército Lahed fueron condenados a tan sólo seis meses de cárcel. Una pequeña sentencia simbólica. Los miembros de Hezbolá fueron vistos como los nuevos héroes del Líbano. Los héroes que habían liberado al Líbano de la ocupación israelí. Y la guerra

civil no se desató. Y el 25 de mayo, el Día de la Liberación, se convirtió en un día festivo en todo el país.

El hombre que construyó el búnker bajo nuestro roble no era un soldado del Lahed, pero sí uno de los numerosos civiles que fueron víctimas de la ocupación israelí. Le amenazaron con asesinar brutalmente a su familia delante de él si no lo construía. Lo construyó. Son cosas que pasan.

–Si os sirve de consuelo, lo construí de una forma muy particular. Sé lo mucho que quiere vuestra familia a este árbol. Lo tuve en cuenta cuando eché el hormigón. Sé cómo desmontarlo. Ni siquiera tenemos que usar explosivos, confiad en mí.

Pasó un año hasta que mi familia pudo empezar a derribar las construcciones que habían levantado en su terreno. Parece ser que, durante la ocupación, el ejército israelí había colocado minas por toda la zona que rodeaba nuestra colina, con la intención de disuadir a los soldados de Hezbolá de atacar su puesto de avanzada. El ejército libanés tardó un año en quitar las minas. Pero un día, por fin, desapareció todo.

La ocupación, las minas, el edificio de los prisioneros y la mierda, los refugios calientes, las armas y, por supuesto, el búnker.

Y me alegra poder informar de que nuestro árbol, hoy en día, se encuentra sano y salvo.

8

El primer chico con el que me acosté acabó poniéndome los cuernos ocho meses más tarde.

Con su prima.

Era el año 1995. Yo tenía dieciocho años y decidí que por fin había llegado el momento de convertirme en una mujer. Recién llegada al Líbano, descubrí que no era capaz de integrarme en su cultura cuando se trataba de comportarme como se esperaba de mí por ser una mujer. Por naturaleza, nunca he sido demasiado femenina. Durante mi infancia en Nigeria, practicaba kárate. Tenía incluso algunas medallas que había ganado en competiciones locales. Y luego estaba el asco que me daba todo el asunto de los pechos.

Mi nuevo entorno social en Beirut exigía que tuviera un aspecto más femenino. Exigía que las chicas parecieran chicas y los chicos, chicos. Exigía que fuera todas las semanas a la peluquería. Que me pintara las uñas con esmalte brillante. Que hablara en voz baja y soltara risitas tontas a menudo. Que llevara ropa que resaltara mi figura, para demostrar que tenía buenas caderas para dar a luz. Nadie sabía qué hacer con mi carácter poco femenino. Mi tía suspiraba cada vez que llegaba con mis sandalias sucias. Mi abuela se encogía de hombros cuando me veía con mis vaqueros rotos. Y mis primas pensaban que no tenía remedio y que ningún hombre se casaría conmigo jamás. ¿Cómo podía casarse alguien con una mujer que sólo llevaba camisetas blancas anchas?

Pensé que sería mucho más fácil saltarme todas las sesiones de manicura, las aventuras en la peluquería y los placeres de las minifaldas (que, de todas formas, en mi caso estaban destinados al fracaso) e ir directamente al grano. Acostarme con alguien me convertiría automáticamente en una mujer.

Pero no fue solamente por motivos prácticos. De alguna manera, también estaba totalmente convencida de que iba a casarme con aquel chico. Fue mi primer novio. Mi primer amor verdadero. Y, finalmente, mi primer amante.

Nos conocimos durante los primeros días en la universidad. Unos meses más tarde, en la azotea de mi apartamento, le dije que quería hacer el amor con él. Unas semanas más tarde, ocurrió. Encendí velas para que fuera especial. Puse mi CD favorito. Por aquel entonces, era la banda sonora de *Pulp Fiction*. La letra de la canción que sonaba mientras me penetraba por primera vez decía algo así: «El único que ha podido conquistarme fue el hijo engatusador de un predicador».

Me dolió. Y lloré.

Pero ahora era una mujer y eso era lo único que importaba.

El sexo con Bilal resultó ser un auténtico timo. Nunca me daba placer. Supongo que ninguno de los dos supimos averiguar cómo manejar mi sexo. Éramos jóvenes. No puedo culparle. Yo siempre fingía porque no me atrevía a reconocer que lo único que sentía era dolor. Quería ser como esas mujeres de la televisión. Quería que el sexo fuera escandaloso, sudoroso y fácil.

Los meses siguientes estuvieron llenos de sexo aburrido, inseguridades e infecciones por hongos. No era ni parecido a lo que me había esperado. Esto fue en primavera.

En verano, se encontró con su prima, a la que hacía mucho tiempo que no veía, y se acostó con ella. Al principio le perdoné porque me dijo que los dos estaban borrachos. Pero después me dijo que habían vuelto a hacerlo por la mañana.

Fue entonces cuando vomité.

Pero ni siquiera entonces pude poner fin a la relación con él. Era muy joven y tenía mucha fe. Pensaba que, si podíamos superar aquello, podríamos superar cualquier cosa.

Dos meses más tarde, descubrí que había vuelto a engañarme. Estuve fuera de Beirut, pasando unos días en Nigeria. A la vuelta, habíamos quedado en que iría a recogerme al aeropuerto. Cuando bajé del avión, me sentía como una persona adulta. Como una mujer a punto de reencontrarse con un amante al que lleva tiempo sin ver. Mientras esperaba a que salieran mis maletas, miré a los demás pasajeros y me pregunté si podían notar si era virgen o no. Había planeado que, en cuanto llegara a la zona donde se recibía a los pasajeros y mis ojos se encontraran con los de Bilal, tiraría mis maletas al suelo y me echaría en sus brazos, le besaría como loca, quizá incluso nos caeríamos al suelo y montaríamos una auténtica escena.

Cuando salí, no había ningunos brazos en los que echarme.

Cogí un taxi y dejé mis maletas en casa. Después, fui andando hasta su apartamento. Eran alrededor de las ocho de la mañana. Llamé al timbre, una, dos veces, hasta que oí unos pies que se arrastraban.

Abrió la puerta. Sólo llevaba puestos unos calzoncillos. Todavía medio dormido, no cayó en la cuenta de quién era.

—Hola, Bilal.

—¿Zena? ¿Qué haces aquí?

—Acabo de llegar del aeropuerto. Se suponía que ibas a ir a recogerme, ¿se te olvidó?

—¡Sí, lo siento mucho!

—¿Puedo pasar? Te he echado mucho de menos—dije. Al inclinarme para besarle, me fijé en que tenía unas marcas rojas y marrones en el cuello—. Bilal, ¿qué te ha pasado en el cuello?

—Ah, esto... No es nada. Estaba haciendo el tonto con los chicos y me dieron un puñetazo en el cuello. Estábamos jugando..., sólo son moratones. Y luego, encima, me hice varios cortes afeitándome. No te preocupes, no es nada.

¿Cómo iba yo a saber que eran chupetones? Era la primera vez que veía uno.
Tres días más tarde rompimos.

Lo triste es que yo aún estaba dispuesta a darle otra oportunidad.

Pero he de decir que, si no hubiera ocurrido aquello, quizá nunca habría llegado a intimar con Maya. Hasta entonces, era una buena amiga a la que quería y en quien confiaba, pero siempre desde una cierta distancia. Conocí a Bilal nada más llegar a Beirut, y nuestra intensa relación hizo que me resultara casi imposible entablar amistad con otras personas. Siempre supe que Maya estaba destinada a convertirse en mi mejor amiga, pero no se había presentado la oportunidad.

Fue aquella catástrofe en particular la que selló nuestra amistad para siempre.

Hasta la ruptura con Bilal, no le había contado a nadie que había perdido la virginidad. Le había ocultado a Beirut que nos acostábamos porque era un gran tabú por aquel entonces. Para colmo, aunque él tenía su propio apartamento, prácticamente estuvo viviendo conmigo durante varios meses. En el Líbano, es ilegal vivir en pareja si no se está casado. Sólo teníamos diecinueve años. Quería infringir todas las reglas.

Maya se tomó muy bien las noticias. Me preguntó los detalles sobre todo, desde la ruptura hasta el sexo. Me concertó una cita con el médico y se aseguró de que empezara a hacerme revisiones y citologías periódicamente. Me obligó a curarme por dentro. Hacíamos ejercicio y seguíamos una dieta sana. Hablábamos durante horas sobre Beirut y los hombres.

Me curé totalmente.

Gracias, Maya.

9

Durante mis primeros años en Beirut, estaba en guerra noche tras noche con el *tabal* durante el ramadán. Todas las noches de ese mes, pasaba por mi calle instándonos a golpe de tambor a que nos despertáramos y comiéramos una última vez antes de que saliera el sol. Todas las noches le tiraba un zapato y le decía que yo no era musulmana y que no ayunaba. Él se reía y seguía tocando. Lo pienso ahora y me doy cuenta de que podría haberme metido en un buen lío, pero hay algo en Beirut que hace que estemos todos chiflados. Es una forma de ser que sólo se da en esta ciudad. Y existe el consenso entre todos los que vivimos aquí de que tenemos que aguantarnos los unos a los otros. De vez en cuando, y en mayor o menor medida, todos necesitamos ponernos la máscara de chiflados.

Quizá es así como conseguimos sobrevivir. Me encanta.

Beirut es la libertad plena y absoluta. Es la imaginación sin censura. Lo que quieras que ocurra puede ocurrir. Dejarme atrapar por su locura es la felicidad máxima, como el segundo orgasmo, que siempre es mejor que el primero.

En aquella época, no había leyes estrictas. La gente acababa de salir de décadas de guerra civil y lo único que quería era divertirse. Se hacían elaborados atuendos con lo que encontraban en sus enmohecidos armarios. Pintaban sus coches de colores estrafalarios. Fumaban y bebían y esnifaban todo lo que encontraban. Escribíamos poesía. Saltábamos vallas para colarnos en casas abandonadas y bebíamos vodka bajo las estrellas. Aparcábamos en la Corniche y nos enrollábamos hasta que se empañaban las ventanillas y venía la policía, daba unos golpecitos en ellas y exigía ver nuestra documentación. Nos daba igual que nos interrogaran o incluso que nos pegaran, porque el amor y el sexo y las drogas y el alcohol eran nuestra nueva ley. Reemplazaron a la violencia sectaria, los golpes de las milicias, las líneas rojas que dejaba en el cielo la munición trazadora, los puestos de control y la extorsión.

Era una fiesta bestial que, de algún modo, se ha mantenido hasta hoy. Era una fiesta demencial, y el motivo por el que era demencial es que, en muchos sentidos, la guerra nunca terminó realmente. Seguía habiendo bombardeos y atentados. Pero no les dábamos importancia porque técnicamente, sobre el papel, se había firmado algún tipo de tratado, lo que significaba que ahora podíamos movernos por Beirut a nuestras anchas, sin miedo a recibir un disparo de un francotirador, saltar por los aires por un coche bomba o ser secuestrados a causa de nuestra religión o clase social. Ahora éramos

íntimos amigos de Beirut e íntimos amigos de nuestros hermanos y hermanas, que apenas un año antes nos estaban apuntando a la cara con sus fusiles.

Pero ¿quién podía reprochárnoslo? A pesar de los años de guerra civil, de intervención y ocupación extranjeras, de matanzas y genocidios y, básicamente, de vivir en el infierno, nos merecíamos la oportunidad de respirar. A pesar de todo aquello, Beirut había conseguido conservar su belleza y su dignidad y queríamos alabarla. A pesar de los años de violencia, ahora podías andar por la calle de noche sin miedo a que te atracasen. Ya no existían los delitos menores; la gente estaba harta de eso. Beirut seguía teniendo sus espléndidos amaneceres que hacían explosión por encima de las montañas y sus magníficos atardeceres que se sumergían en el mar.

Tenía sus negocios familiares, en los que siempre te atendían con cariño y amabilidad. Tenía la calma y la tranquilidad que recordaban la vida en un pueblecito pintoresco.

Estar enamorada en Beirut:

Una lista de cosas que me encantan (sin ningún orden en particular):

- ver actuar a Sting en Baalbek (la antigua ciudad santuario romana de Heliópolis, la Ciudad del Sol, y también el bastión de Hezbolá en el valle de la Bekaa), bebiendo whisky directamente de la botella, con mamá y papá y Lana y Lena y Seif
- el calambre que me dio en la pierna en Hasbaya, que hizo que me sentara y me diera cuenta de lo hermosas que eran las montañas que tenía a mi alrededor, y que un joven encantador se arrodillara y me ayudara a estirar la pierna para que se me pasara
- escuchar jazz bajo las estrellas en la antigua ciudad portuaria de Biblos, pensando en que aquella noche, mientras yo estaba sentada bajo siete mil años de civilización, el jazz estaba sonando genial
- el día en que mamá conoció a la madre de Maya; las dos llevábamos puestas nuestras Doctor Martens y, mientras tomaban café, nuestras madres se quejaban y decían que Maya y yo tendríamos que esforzarnos por ser más femeninas; ver a Maya guiñarme un ojo cuando su madre, sin esperanzas, se encogió de hombros
- ver a Ziad Rahbani tocar en directo, darle la carta de Iyad
- comerme un *manouche*, una torta caliente con queso fundido, a las seis de la mañana, después de una noche de beber, bailar, conducir deprisa con la capota de mi coche abierta, con Rayess Bek rapeando sobre Beirut (en silencio), sintiéndome invencible
- bailar en el restaurante Walimet Warde mientras suena música tradicional árabe en directo, beber un montón de *arak*, ver cómo el líquido transparente se vuelve blanco al añadirle agua
- nadar, bañarme en nuestro mar, en Sur y en Batrun, bañarme por la noche, aguantar la respiración bajo el agua hasta no poder más
- estar en la Corniche, ver el color violeta que aparece primero por encima de las montañas cuando amanece
- comer un bocadillo de patatas fritas del restaurante El Rey de las Patatas Fritas de la calle Hamra, con pepinillos y ketchup, sin mayonesa
- beber vodka seco, en cualquier lugar
- caminar descalza, por la arena, sobre baldosas calientes, sobre tierra, por un bosque cerca de los Cedros, en el agua, en el barro, en el Sur del Líbano
- la música, escuchar la música muy alta, en general, hip-hop árabe, clásicos árabes y, a veces, incluso pop árabe
- el vino, sola, con un amante, en la playa, en mi azotea, en la Corniche
- el fuego
- Tapi

- ir de acampada
- mi familia
- reír, la risa
- una idea genial
- un «te quiero»
- que me den un masaje en la espalda, que me rasquen la espalda
- llegar al orgasmo sin esfuerzo, o después de haber sudado mucho
- el viento en mi pelo
- la luna, grande y fuerte, amarilla
- mis sandalias, malolientes, destrozadas por haber recorrido toda Beirut
- lamer la piel de un amante tras un día en el Mediterráneo
- el sorbete de frambuesa, el sorbete de limón
- una infusión de salvia en invierno, el invierno, la lluvia, las primeras lluvias en Beirut, el olor de la tierra
- la purpurina
- la escena de la película *El piano* en la que casi se produce el ahogamiento, porque, si tuviera que describir Beirut en treinta segundos con una imagen, sería ésa
- oír a mis vecinos haciendo el amor a través del techo y las paredes (estoy contenta de que estén contentos)
- las aceitunas verdes, el té y el *labné* para desayunar y/o cenar
- columpios en terrazas con vistas sobre el paisaje urbano de Beirut
- mi jardín, los consejos de Um Tariq para mis flores, regarlo por la noche, sentarme en él por la noche, o por la mañana, mirar mi correo desde allí (buena conexión inalámbrica)
- *batata harra* (patatas con chile) en Abu Hasan
- Pink Floyd, mientras conduzco, mientras estoy sentada en la terraza, mientras revelo fotos en el laboratorio, en la oscuridad, en la cama con los cascos
- Asmahan
- la mañana después de una buena borrachera, sentirme como si hubiera renacido, como si me hubieran dado otra oportunidad de vivir
- Iyad
- tantas cosas
- bailar con música de los ochenta
- la música disco
- *Born to Be Alive*, de Patrick Hernández
- besar
- besar en Beirut, en secreto, en público, en la Corniche, en la calle, en una casa, en una cama, en el supermercado, en el coche, en un puente, cerca de la frontera, en la cima de una montaña, en el Palace Café, borracha en el Barometre, en mi coche mientras suena Billie, en mi coche mientras suena Nina.

Pero conozco a gente que llevó su relación con Beirut demasiado lejos.

Querido Firas:

¿Recuerdas aquella vez que casi te tiras por la ventana? Fue durante el solsticio de invierno. Me llamaste y me dijiste que estabas sentado en el alféizar de la ventana y que la vida ya no tenía sentido. Tu padre se estaba divorciando de tu madre y tú no soportabas verla humillada. Años después, ella murió de pena. Nunca llegó a recuperarse. El estrés provoca cáncer.

Era invierno y estabas sentado en el alféizar. Fui en coche hasta tu casa, conduciendo enloquecida. Parecía una peli de Scorsese. Había llovido y las calles de Beirut estaban mojadas. Los semáforos parecían estar en rojo permanentemente. Aunque daba igual, porque me los salté todos. Daba igual, porque aquí no tenemos policía de tráfico. Daba igual, pero nunca entendí por qué pusieron los semáforos. ¿Intentan engañar a los turistas occidentales que vienen aquí de visita? ¿Quieren hacer que se sientan seguros y animar a más turistas a que vengan simplemente porque tenemos semáforos? Me acuerdo de cuando no teníamos. Las cosas no han cambiado mucho desde entonces.

Al conducir hacia tu casa, veo el reflejo de las trágicas luces rojas en las calles mojadas. Parecía sangre. Tu sangre. La sangre de Qana. Donde Jesús convirtió el agua en vino. Donde los israelíes hicieron saltar por los aires a alrededor de cien mujeres y niños, en lo que se llamó la operación «Uvas de la ira».

agua

vino

sangre

lluvia

semáforos

Recuerdo lo pequeños que parecían tus pies desde la parte de abajo de tu edificio. Pensé en el aspecto tan ridículo que tendrías si morías descalzo y en calzoncillos. No iba a dejar que murieras así.

¿Te salvé aquella noche porque te quería o porque quería salvarte? La respuesta se me reveló meses después, cuando finalmente tuviste valor para levantarte y dejarme.

Estabas harto de ser amado.

Y yo no soy más que una Madre Teresa cuando se trata de hombres beirutíes destrozados. Yo, que debería ser alocada y no tener ataduras, me encuentro dando consuelo crónico a hombres atormentados. Yo, que debería estar siempre tirando zapatos por las ventanas, me encuentro reconfortando a hombres débiles y trastornados. Yo, que debería estar recorriendo las noches con vestidos rojos ajustados, me encuentro sosteniendo contra mi pecho a hombres a los que les empieza a clarear el pelo y que lloran en mis brazos.

Son los hombres quienes verdaderamente merecen llorar en esta ciudad. Toda esa presión que tienen que soportar constantemente. Aquí, en el agujero negro de Oriente Próximo, ¿cómo demuestras que ya eres hombre? ¿Cómo cruzas al otro lado? ¿Qué tienes que hacer para demostrar que eres digno de ser llamado hombre? ¿Y si no sabes combatir? ¿Y si no sabes andar trapicheando? ¿Y si sólo quieres bailar?

Te quiero. Siempre te querré por no haber tenido el valor suficiente para decirme que te estaba matando. Una vez me pediste que te concediera una noche y, cuando lo hice, te la pasaste entera llorando en mis brazos. Te quedaste en mi cama. De madrugada, me ayudaste a tirar zapatos al hombre del tambor. Hicimos el amor durante el mes sagrado. Bebimos vino. Recitamos a Rumi y a Al Mutanabi. Fingí ser Sherezade. Nos subimos al tejado y vimos salir el sol. Bebimos más vino y juramos que siempre nos mantendríamos puros. Que siempre haríamos lo que nos dictara el corazón. Que caminaríamos por la cuerda floja y nunca nos caeríamos. Que ni la guerra, ni las bombas, ni los vecinos poco amistosos conseguirían desmoralizarnos. Que el amor era el rey y yo era tu reina. Que correríamos entre la ropa húmeda tendida bajo el sol del desierto. Que todos los momentos serían valiosos. Que cada momento daría origen a uno nuevo. Que la vida podría ser lo que nosotros quisiéramos que fuera. Que no habría más aviones que rompieran la barrera del sonido. Que no habría más atentados. Que no habría más restricciones. No habría restricciones en cuanto al amor. Que no habría religión, sino amor. Que conduciríamos a toda velocidad y nunca nos estrellaríamos. Que beberíamos y nunca perderíamos el conocimiento. Que las estrellas siempre nos guiarían. Que el sonido de la oración de la mezquita de la calle era la señal para hacer el amor. Que llegaríamos al orgasmo antes de que acabara la llamada a la oración. Que viviríamos eternamente, como los *graffiti* de milicianos convertidos en mártires hechos con plantillas en los muros destrozados de Beirut. Como los gatos callejeros que siempre encuentran sus huesos de pollo. Como el mar, el azul infinito. Como tus ojos, una eternidad sin límites. Como el café amargo, sobre el que juré que no escribiría nunca. Como la guerra..., que nunca terminará. Estábamos en guerra, tú y yo. Éramos nosotros contra la realidad. Era nuestra locura contra las noches cubiertas con un velo negro. Eran nuestros corazones contra los muros acribillados a balazos. Eran nuestras almas contra la naturaleza del hombre. Era el amor, donde tenía que estar la muerte. Era la luz, cuando el mar se iba a dormir. Era el calor, cuando Beirut moría de un disparo.

Nunca pensé que podría vivir todo aquello sin ti. Nunca pensé que podría volver a encontrar Beirut después de que me dejaras.

Pero lo hice.

Porque mientras siga habiendo hombres que necesitan ser amados, Beirut me abrirá sus brazos y me pondrá delante a su siguiente víctima.

Os quiero. Siempre os quise, a todos y a cada uno de vosotros. Porque todos me disteis Beirut. En todo su esplendor. Con su locura desenfrenada.

Beirut me disparó en el corazón una y otra vez. Siempre era una sorpresa. Siempre era un final y un nuevo

comienzo. La mañana después de una botella de vodka. Un renacimiento. Beber agua después de comer helado. Los escalofríos que produce una canción maravillosa. El ataque de pánico después de fumar hachís. Los fantasmas en los túneles. Los miles de personas, diecisiete mil para ser exactos, que siguen oficialmente desaparecidas. Son las fosas comunes aún sin descubrir. Son las ejecuciones que vendrán a continuación. Es una operación de reconstrucción del himen. Es la adicción a la siguiente bomba. Es el pintalabios naranja. Es resguardarse bajo los emparrados. Es estar montando en bicicleta cuando deberías estar eligiendo un marido. Es ponerse un vestido de novia y correr por las calles de Beirut. Es descubrir la religión a través del sexo. Es descubrir la música a través de la guerra. Es comer queso en lonchas con pan de pita. Es beber whisky con tres hielos, ni uno más ni uno menos.

Es llorar mientras duermes.

Es vomitar moscas negras.

Es matar mientras tienes un orgasmo.

10

El período que siguió a la guerra civil del Líbano fue agrídulce.

Fue una época de extremos. Uno estaba súper alegre, súper triste o súper colocado. Los que estábamos alegres hicimos todo lo posible para reconstruir el país con nuestra alegría. Creamos organizaciones no gubernamentales y grupos de apoyo. Expusimos arte y publicamos poesía. Organizamos concursos de arquitectura para reconstruir el centro de la ciudad. Prestamos apoyo a gente que, a causa de la guerra, sufría ansiedad y depresión. A pesar de todas las dificultades, intentamos aprender a vivir de nuevo como una comunidad. Tratamos de reconciliarnos con nuestro pasado. Tratamos de negociar una identidad nacional. Nos quedábamos despiertos toda la noche, planeando cómo íbamos a rehacer nuestras vidas y a llegar a un consenso sobre la confianza, la tolerancia y el amor. A pesar de la presión de nuestros vecinos, los israelíes, que constantemente amenazaban con desestabilizarnos. A pesar de la presión de vivir bajo una nueva ocupación, la de Siria. Nos quedábamos despiertos toda la noche; sacrificamos nuestra salud, nuestros sueños individuales, para construir una memoria colectiva. Para reconstruir el Líbano.

Y nos resultó muy fácil. Porque después de años de opresión y de conflicto, uno aprende que lo único que puede hacer es volver a levantarse y seguir adelante. Es un arte que los libaneses hemos llegado a dominar. Durante la noche, luchamos; cuando llega el día, nos levantamos, nos ponemos el traje y nos vamos a trabajar..., a menudo como si no pasara nada. No sé si es una bendición o un castigo.

Aquellos que, por sus propios motivos, no podían participar en la reconstrucción emigraron para buscar trabajo. Para conseguir dinero con el que mantener a sus familias rotas. Para empezar una nueva vida. Para olvidar. Para liberarse. Si se analiza estadísticamente, está claro que la mayor parte de la gente que emigró del Líbano fueron hombres.

Cuando nuestros hombres libaneses empezaron a emigrar, fuimos conscientes de que estaban desapareciendo. ¿Adónde se iban todos? Los que tenían el pelo y la piel oscuros empezaron a evaporarse; decían que eran bien recibidos en el Golfo Pérsico. Los que tenían el pelo claro y los ojos azules abandonaron el país; decían que Europa y Amrika los recibían con los brazos abiertos. Muy pronto, no quedaban suficientes hombres para las mujeres, y fue entonces cuando éstas empezaron a recurrir las unas a las otras.

Las mujeres se enamoraban de otras mujeres, no porque hubieran nacido así, sino

porque se sentían solas y aburridas y les resultaba fácil, a pesar de que en el Líbano, por ley, es ilegal «participar en un acto sexual que vaya en contra de la naturaleza». Se daban la mano en público y nadie se daba cuenta. Se besaban en los baños de las discotecas y a nadie le importaba. Hablaban en clave y con poesía. Bailaban al ritmo de su propia música. Todo el mundo estaba contento de estar enamorado y de ser amado. Después de la guerra, nadie quería cumplir normas. Todos estábamos hartos de ellas.

Después de la guerra, las fronteras estaban empezando a desdibujarse. Los límites de las discotecas. Las colas para el baño. Las rayas de cocaína. Bebíamos toda la noche. Bailábamos. Conducíamos. Escribíamos. Amábamos, hacíamos el amor. Encontramos nuevos espacios que nunca habían existido en nuestro hermoso país. Y fue en esos espacios donde creamos grandes obras artísticas y literarias, tan cáusticas que eran hermosas. Fue en esos espacios incontrolados donde nos rendimos a nuestros deseos más íntimos y donde nos dimos cuenta de que el sexo sólo ocultaba una necesidad emocional mucho mayor. Aprendimos a reconciliarnos con nosotros mismos, y la única forma de hacerlo era acostarse con el mayor número posible de personas. Al poseer sus cuerpos, recuperábamos los nuestros. Vivimos la guerra. Sobrevivimos a ella. Nuestros cuerpos estaban vivos y la única forma de asegurarnos de ello era exaltarlos. El sexo se convirtió en una adicción. Y, con la escasez de hombres en el país, dejamos a un lado la vergüenza y recurrimos las unas a las otras.

Aquellos de nosotros que nos quedamos para reconstruir vivíamos intensamente. Intentamos hablar sobre la guerra. Prometimos que nunca olvidaríamos lo ocurrido. Quisimos intentar aprender de ello. Juramos que nos aseguraríamos de que nadie a nuestro alrededor olvidara. Pero ya estábamos olvidando. Era una situación paradójica: por el día trabajábamos para reconstruir, pero por la noche bebíamos para olvidar. Intentamos no perder la conciencia de quiénes éramos. Luchamos por no convertirnos en los hipócritas en que se habían convertido nuestros padres.

Prometimos coger el dinero y las riquezas de quienes habían instigado a la guerra, que ahora se dedicaban a la política, y repartirlos entre la población. Caminamos por la calle Hamra y analizamos los errores que habían cometido las generaciones anteriores. Su fe ciega en un idealismo peligroso. La misma fe que los induce a participar en matanzas y a discriminar por motivos religiosos. Juramos que nunca seríamos como ellos. Juramos que encontraríamos nuestra propia identidad y que nunca cambiaríamos. Que algo les funcione a los franceses, los amrikanos o los iraníes no quiere decir que tenga que funcionarnos a nosotros. Vimos el trabajo que teníamos por delante y prometimos afrontarlo sin dudar. Prometimos llevar a cabo una revolución cultural que se apreciara en la vida cotidiana. Pero, paradójicamente, cuantas más promesas hacíamos, más rompíamos. Cuanto más hablábamos, más bebíamos. Cuanto más pensábamos..., más sexo practicábamos. No se estaba haciendo nada. No se iba a hacer nada. Eran cuerpos que se comían a otros cuerpos. Estábamos cansados.

Con la intervención extranjera, era difícil hacer cosas. Con los sistemas feudales

prehistóricos, era imposible que se introdujeran determinados cambios. Éramos jóvenes; puede que sólo quisiéramos pasar el tiempo en los centros comerciales, como hacían los chavales de otros países. Puede que sólo quisiéramos ver la televisión. Puede que sólo quisiéramos hacer tonterías y cosas sin importancia. Pero la Beirut de posguerra era un desafío que no podíamos eludir. Estaba delante de nuestras narices. Afectaba a nuestras vidas, a nuestros trabajos, a nuestra educación y a nuestros sueños. Éramos jóvenes, sólo queríamos vivir, pero no éramos conscientes de que, al crecer demasiado rápido, también nos estábamos haciendo daño unos a otros. Lo que no hacíamos con las armas, lo hacíamos con el sexo. En público expresábamos nuestra oposición, pero en la oscuridad volcábamos nuestras decepciones los unos sobre los otros. Nosotros, los soñadores, no podíamos seguir el ritmo del gobierno y de los empresarios, que firmaban contratos multimillonarios de la noche a la mañana. Más despacio. Más despacio, les suplicábamos. Pensad en cómo estáis haciendo las cosas. Pensad en lo que supone reconstruir tan rápido. Y cuando nos dimos cuenta de que no podíamos seguir ese ritmo, decidimos vivir hoy y trabajar mañana.

Pero en Beirut... el mañana nunca llega. En el mundo árabe, mañana puede extenderse a pasado mañana, la semana que viene, el año que viene o el siglo que viene.

Después de la guerra, hicieron su aparición las limitaciones económicas y algunos de nosotros nos hartamos y nos vimos invadidos por un profundo pesimismo. Algunos de nosotros no podíamos luchar contra el gigante empresarial que estaba devorando viva a nuestra ciudad y lavando el cerebro a nuestra población, haciéndole creer que la solución para vivir en la posguerra era comprar, comprar, comprar. Algunos de nosotros perdimos la confianza en nuestras creencias.

Perdimos de vista nuestros sueños.

Tuvimos rupturas amargas con nuestros amantes.

¿Adónde vas cuando no tienes un amor por el que merezca la pena luchar? ¿Adónde vas cuando lo único que confirma que existes son los anuncios de la televisión que te dicen que compres una nevera nueva?

Todo iba mal.

¿Adónde vas cuando quieres ser artista, pero te das cuenta de que realmente no hay una palabra en árabe para decirlo? ¿De que si dices artista puede traducirse como «prostituta de Europa del Este»? ¿De que si dices artista la gente da por supuesto que eres un drogadicto o un *hashesh*? ¿De que si dices artista significa que no haces nada en la vida y estás a la caza de un marido? ¿De que si dices artista significa que no se te dan bien los números y, por lo tanto, no puedes conseguir un buen trabajo? ¿De que si dices artista significa que eres una fulana que vive en las nubes y no tiene interés por nada? ¿De que si dices artista lo único que de verdad quieres es follar? ¿De que si eres artista estás estancado en el idealismo árabe de los años setenta? ¿De que si eres artista sólo pintas caballos árabes que galopan desbocados y esculpes puños que emergen del mármol? ¿De que si eres artista significa que necesitas ayuda y que la gente debería

compadecerte porque no sabes hacer otra cosa? ¿Por qué ibas a querer ser artista cuando puedes ser banquero, abogado o un magnate de la publicidad?

Durante la mayor parte de mi vida, crecí pensando que era invencible. Que era descendiente de Jor-El. Pero después de unos años en Beirut, mi espíritu fue puesto a prueba. Me había acercado demasiado a ella y no estaba preparada. Mi hermosa vampiresa me había chupado toda la sangre hasta dejarme seca. Todos mis amantes me habían dejado. Los otros artistas se estaban vendiendo al mejor postor. Iba a los megahipermercados más que a mi estudio. Mis libros estaban cogiendo polvo. Mi pluma se había secado. Bebía. Bebía. Bebía.

Quería olvidar las desilusiones. Quería encontrar la serenidad. Rápidamente.

Pero Beirut se llenó de lucidez. Y yo, de temor.

El monstruo empezó a devorar al poeta.

Y entonces me derrumbé.

Dejé de dormir. Dejé de comer. Dejé de beber. Dejé de respirar. Dejé de vivir.

Pero aquella..., aquella no era mi caída. Era la de Beirut. Ella se estaba ahogando. Simplemente dio la casualidad de que yo me encontraba en sus aguas. Ella, sometida a la enorme presión de tener que reconstruirse de la noche a la mañana, sometida a la enorme presión de intentar no ceder a la intromisión extranjera, sometida a la enorme presión de tener que sostener a su población destrozada, apenas lograba mantenerse en la superficie del agua. Beirut, la ciudad en la que surgían la vida y las ideas, estaba muriendo lentamente. Se estaba convirtiendo en plástico. Se estaba convirtiendo en algodón de azúcar. Ahora era de color rosa. Era una jeringuilla usada. Era las manchas de mierda en la ropa interior que se abandona en un rincón de una habitación olvidada. Se estaba hundiendo y, como el *Titanic*, nos estaba hundiendo a todos con ella.

Durante la guerra, al menos, teníamos algo por lo que luchar. Ir de compras es aburrido.

Fui a ver a un médico. Me miró un instante y me recetó una caja de Prozac. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? ¿Qué nos pasaba a Beirut y a mí? El miedo era una persona abstracta que vivía en mi cabeza y que constantemente me recordaba que estaba perdida. Que podía tropezar y precipitarme por el abismo en cualquier momento. Que podía convertirme en un animal y olvidarme de mis principios morales. Podría decirse que tomar pastillas era la única forma que teníamos de seguir siendo humanos. Después de todo, ¿no queremos todos ser felices, sentirnos protegidos y vivir? ¿Vivir, sin más?

Las dificultades de intentar vivir en una ciudad que acaba de salir de una guerra son muchas. Nada funciona como debería. Ni siquiera la gente. Vivimos bajo la amenaza de que, en cualquier momento, todo puede volver a estallar. Vivimos con la humillación constante de las cosas horribles que nos hicimos los unos a los otros hace tan sólo unos años. Recuerdo las historias del Holiday Inn. Es uno de los edificios más altos de Beirut. Durante la guerra, fue ocupado por una milicia a la que le pareció divertido tirar a gente

desde la azotea e intentar dispararlos en el aire. Ahora nos ponemos brazo con brazo en las colas para entrar en las discotecas.

En el Líbano de la posguerra, las grandes empresas estaban en manos de unos pocos, los mismos que, sólo unos años antes, sacaron a sus milicias a la calle para matar y violar a nuestra ciudad. Aquellos hombres seguían cosechando los beneficios de nuestra ciudad perdida, mientras su población seguía sufriendo la miseria y la vergüenza. Aquellos hombres ocasionaron un cisma en nuestra población; eliminaron la clase media y levantaron un sistema feudal moderno. Incluso ahora que la guerra había terminado, descubrimos que seguíamos obedeciendo a los *zaims* de nuestros barrios; nuestros nuevos señores.

Entre toda esa gente deshecha, estábamos creando una nueva sociedad y, al mismo tiempo, estábamos participando en una amnesia colectiva.

Construimos una realidad alternativa. Con el tiempo, parecía que sólo teníamos dos opciones: introducirnos en el torbellino que estaba creando Beirut o sofocarlo con una alegría fingida. La vida en Beirut exigía vivir en una realidad alterada. Algunos escogían las pastillas. Otros, el alcohol. Otros, la heroína. Otros, la negación de la realidad. Al fin y al cabo, es todo lo mismo.

Escapismo. No podíamos con todo.

Satisfacción inmediata. La muerte estaba a la vuelta de la esquina.

Derrumbarse. Y yo también lo estaba haciendo.

Pero a mí no podía estar pasándome aquello. Me convertí en la persona a la que despreciaba. Y, como todos los demás, le echaba la culpa a Beirut. Una Beirut que ni siquiera podía defenderse.

Si quería evitar el Prozac, tenía que idear un plan. Tenía que enfrentarme a la realidad y responsabilizarme de mis fracasos. Quizá si dejara de beber tanto. Quizá si consiguiera un trabajo en un banco. Quizá si me pintara las uñas y me hinchara los labios. Quizá si intentara encajar. Ya sabes...

Sólo un poco.

Monstruos, ¡fuera de aquí!

Cuando era pequeña, leía muchos cómics de Superman y Tarzán; éstos eran mis favoritos. A menudo me preguntaba si yo también podría ser uno de ellos. Si yo podría ser un Tarzán. Cuando nada es como debería ser en esta ciudad, quizá yo podría ser un Tarzán en Beirut.

Una noche, estaba con Maya en casa de mis padres, que habían organizado una cena. Cogimos una botella de vino blanco a escondidas, la subimos a mi habitación y decidimos montar nuestra propia fiesta. Era invierno y la calefacción no funcionaba. Nos metimos en mi cama, bajo las mantas, abrimos el vino y empezamos a beber a morro.

—Maya, no puedo seguir así, tengo que ponerme bien. No sé, antes estaba convencida

de que iba a cambiar el Líbano. Era muy fuerte, podía hacer frente a cualquiera. Y mírame ahora, lo único que hago es beber. Quiero olvidar, pero no sé qué es lo que estoy olvidando.

–Zena, te prometo que muy pronto todo irá mejor. No seas tan dramática. No entiendo por qué te aferras tanto a la guerra, ¡ni siquiera estabas aquí! No tienes que resolver tú todos los problemas del Líbano. ¿Por qué te sientes tan culpable? Todo esto..., todo esto no tiene nada que ver contigo –dio un buen trago de vino y continuó–: Mira, ojalá pudiera solucionarlo todo, pero no puedo. Tienes que colaborar. No puedes dejar que las fronteras empiecen a desdibujarse, como hacen todos los demás. Lo que le ocurrió a Beirut no te ocurrió a ti. No puedes asumir ese dolor.

–Pero yo siento dentro de mí lo que le pasa a Beirut... Se está ahogando...

–Zena –me interrumpió; no estaba enfadada, sólo un poco impaciente–, algún día estaremos juntas en Nueva York. Seremos viejas y apestosas. Daremos paseos por Central Park y tomaremos café. Las dos tendremos unos maridos maravillosos ¡y tú serás una artista famosa y yo, una escritora famosa! Que le den por culo a este país, lo único que hace es deprimirnos.

Estaba guapísima siempre que hablaba de Nueva York. Se le iluminaban los ojos y la envolvía una energía intensa pero serena.

–Pero es que yo sólo quiero estar *aquí*, Maya. Ojalá *aquí* fuera un *aquí* mejor.

–No es difícil. Tú lo haces difícil. ¿Tú ves que a mí me importe lo que hace o deja de hacer el gobierno? ¡*Jalas*, ya está bien! Si quieres vivir aquí, tienes que hacer la vista gorda. Tienes que pasar un poco. Y tienes que concentrarte en ti misma y no en los problemas de los demás. No puedes salvar a todo el mundo –mientras decía esto, Maya se volvió para abrazarme–. Te pondrás bien, tía, te lo prometo. Solamente tienes que relajarte. Olvídate del dolor. Olvídate del dramatismo. Y te prometo que verás que ni Beirut ni tú os estáis hundiendo. Estamos todos aquí y nos va de maravilla.

–Ya lo sé, sé lo que quieres decir. De vez en cuando me confundo con mi realidad. A veces, cuando estás llorando tú, me pongo a llorar. Me confundo sobre quién es la que está sufriendo realmente. A veces, cuando la gente me pregunta si estoy bien, les digo que no y les cuento algo que te pasa a ti. Así es Beirut. Necesitamos tener dramatismo en nuestras vidas constantemente; si no lo tenemos, nos apropiamos del de otra persona. Tenemos que estar siempre en guardia y con un exceso de cafeína –mientras yo hablaba, Maya me pasó el vino, que se había calentado–. No me puedo creer que me acostara con Haidar. Era jovencísimo. No me puedo creer que lo hiciera.

–Yo tampoco me puedo creer que lo hicieras. Es un milagro que estés sana y salva. Estaba convencida de que ese chico te iba a romper el corazón. Y casi lo consiguió.

–Lo consiguió. Ése fue el primer motivo por el que me fui a China el año pasado. Tuve que irme hasta el otro lado del mundo para ver si podía repararlo. Pensé que, si conseguía hacer algo útil, quizá Dios me curaría el corazón. Estuve buscando a los drusos perdidos que se supone que esperan tras la Gran Muralla. Quería reunirlos con

sus hermanos y hermanas árabes. Pensé que a lo mejor encontraría a mi marido, porque es obvio que no está en el Líbano. Pensé que quizá fuera uno de los drusos perdidos de China, como en el folclore. Me subí a la muralla y miré al otro lado. No había nadie. Ni una sola persona. Ni almas transmigradas. Mi plan no funcionó. Lo único que encontré fue plástico.

China pasó por delante de mis ojos con un destello. Los millones de personas. Las multitudes. Los futuros dueños de coches que acabarán adelantando al resto del mundo en la carrera por acabar con nuestro planeta. Tuve mi primer ataque de pánico cuando estaba allí. Duró tres semanas. Durante tres semanas, estuve vomitando y llorando y desmayándome, y no sabía por qué. Pensé que me iba a morir allí. Fui allí porque quería irme lo más lejos posible del Líbano. China estaba al otro lado del mundo, lo suficientemente lejos para mí. Y fue allí, en la otra punta del mundo, donde me di cuenta de que era insignificante. Sólo era una más en medio de la multitud. Una consumidora más. Insignificante.

–Pensé que había muerto –continué–. Durante mucho tiempo pensé que había muerto, pero entonces volví a casa. ¿Te acuerdas de cuando me recogiste en el aeropuerto? Llevaste un cubo, por si acaso tenía que vomitar. Me alegré muchísimo de verte, no dejé de llorar mientras salía de la aduana. Era una situación muy incómoda, pero me daba igual, yo me limité a mantener la mirada fija en el cubo.

–Tú siempre estás llorando.

–No. Sí. No. Supongo.

–Fue un buen día, ¿verdad?

–Me alegré de volver a casa.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, pasándonos el vino caliente la una a la otra.

–¿Por qué crees que me gustaba tanto Haidar? ¿Será porque es chií? Una vez me dijeron que los hombres chiíes son los mejores amantes porque son muy pasionales.

–Puede ser, no lo sé.

–Haidar era muy superficial, pero su forma de quererme era nueva para mí. Era intensa y directa. Aunque también me esclavizaba.

–¿En qué sentido?

–Era un amor físico. Él era muy árabe: fuerte, seguro de sí mismo y atractivo. Los agujeros de la nariz se le ensanchaban cuando hablaba de música. Sus ojos oscuros siempre me volvían loca de amor. A veces, casi me daba miedo tocarle. Cuando vestía de negro, le deseaba tanto que me desmayaba. Era como la visión de un majestuoso príncipe árabe. Como los de los cuentos, que siempre llevaban espadas y tenían enormes bigotes exuberantes. Yo corría y corría hacia él. Y seguía corriendo. Estábamos perdidamente enamorados. No..., era más bien deseo. Supongo que no era más que eso.

»Yo le pedía que me llamara Zahra, como la chica que recibió un disparo de su amante, que era francotirador. Quedábamos en el apartamento vacío del edificio

abandonado, el de los agujeros de bala de la guerra civil. Olía a pis de gato y a pólvora. El edificio era de color rosa pálido y estaba lleno de carteles de mártires políticos. El vidrio coloreado de las puertas que daban al exterior había desaparecido hacía mucho tiempo. En invierno hacía un frío glacial, un frío húmedo que ni siquiera el calor de nuestros cuerpos conseguía atenuar. Pero eso no nos detenía. En verano, el calor era asfixiante, pero nos daba igual. Las cucarachas vagaban en libertad y lo mismo hacían nuestros corazones.

»Bebíamos sin parar. Bebíamos vino. Bebíamos whisky. Bebíamos vodka. Bebíamos y bebíamos hasta que nos cegaba el deseo. Con él me sentía viva porque siempre estaba muy cerca de la muerte. En un abrir y cerrar de ojos, podíamos caer. En un abrir y cerrar de ojos, podía darme cuenta de que sólo era un sueño, decidir despertarme y estropearlo todo. Pero él me hizo aguantar hasta que decidió que se había terminado. Hasta que me soltó. Hasta que me dejó caer. Y estrellarme.

»Él era igual que Beirut.

»Antes me sentía muy viva. Pensaba que podría conseguir cualquier cosa que quisiera. Y, entonces, Haidar me mató. Un día, simplemente me abatió, como un francotirador.

–No se puede poseer un espejismo –dijo Maya.

–Después de hacer el amor con él la primera vez, me dijo que era su primera vez. Por un instante sentí que me pertenecía. Y puede que fuera así durante un tiempo. Durante unos días, al menos. Hasta que su cuerpo se convirtió en una adicción y perdí el control. Pero eso fue hace mucho tiempo, y desde entonces ya he pagado por ello –dije con un suspiro–. Maya, a pesar de todo, de toda esta mierda, de todas las decepciones, hay una cosa por la que sigo siendo muy afortunada.

–¿Cuál?

Sonreí y apoyé la cabeza en su hombro.

–Te tengo a ti, tía, te tengo a ti.

Le pasé la botella.

–No, por favor, no me digas que ahora tú también eres gay –dijo al tiempo que empujaba la botella y me la ponía delante de la cara–. Joder, todo el mundo se está volviendo gay.

–¡Tía! ¿Tengo que ser gay para decirte que te quiero?

Me lancé sobre ella y empecé a hacerle cosquillas como una descosida. Estaba llenando las sábanas de vino.

–¡Para! ¡Vale, me rindo! –dijo antes de gritar con todas sus fuerzas–: ¡Yo también te quiero!

Nos estábamos riendo como locas.

Me levanté, con la botella de vino aún en la mano, y empecé a saltar en la cama alrededor de Maya. Ella casi no podía respirar, ya que su cuerpo no dejaba de menearse arriba y abajo por mis saltos. ¿Se puede uno morir de reírse demasiado?

–¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Aah! ¡Aah! –gritaba yo sin parar de reír. El vino lo salpicó

todo. Entonces se me doblaron las rodillas y me desplomé sobre ella—. Tía, ya lo tengo. Ya lo tengo.

—¿Qué, qué, qué?

—Si queremos evitar las fatídicas pastillas azules, tenemos que convertirnos en superhéroes.

—¿Superhéroes? ¡Vale! —contestó Maya. Después de una pausa, añadió—: Pero ¿cómo?

—Aún no lo sé. No lo sé. Pero se nos ocurrirá pronto. Toma, bebe. Lo averiguaremos juntas. Bebe, y después nos colaremos en la fiesta de abajo. A lo mejor nos inspiran las capas de maquillaje y los vestidos brillantes.

Dos días y una tremenda resaca más tarde, fui a visitar a mi abuela, que vivía junto a los barrios de pescadores de Ain el Mresieh, una de las zonas más antiguas de Beirut. Vivía en un ático con vistas sobre el pequeño embarcadero. Los pescadores, el alma de Beirut, dejan allí todas las mañanas sus diminutos barcos azules y blancos y salen a navegar todas las noches para pescar. Me preguntaba si aquel pueblodentro-de-una-ciudad había vivido la guerra civil como los demás.

En casa de mi abuela me topé con un pequeño trastero... Tenía una imponente puerta con una pequeña rejilla redonda de ventilación en el centro. Las cosas estaban tapadas con redes, pero las redes estaban llenas de polvo y humedad que debían de tener, como mínimo, los mismos años que yo. En el trastero de mi abuela encontré el vestido de novia de mi madre. Nunca lo había visto. Tenía una cola de cinco metros. El vestido de encaje se mantenía en perfecto estado y no pude resistirme a probármelo. Me quité los vaqueros y los dejé encima de la mesa con cuidado. Se levantó polvo y estornudé. Se levantó más polvo y estornudé otra vez. Recuerdo que me miré al espejo. No me reconocía. Creo que fue entonces cuando comprendí que había encontrado a mi superhéroe. Era aquel fantástico y poderoso vestido. Si no estaba del todo preparada para enfrentarme a la cruda realidad de Beirut, podría empezar poco a poco, escondiéndome detrás de mi disfraz y dejándole la responsabilidad al vestido de novia. Me pregunté hasta dónde podría llevar aquello.

Aquella noche estuve pensando detenidamente en mi descubrimiento. En casa de mis padres, abrí el cajón donde tenía guardada la caja de Prozac sin abrir. La saqué con cuidado, la agarré con fuerza y salí al balcón. Es casi imposible estar en un balcón en Beirut y no encontrarte con el mar delante. Siempre está presente. Me observaba, violando mi deseo de estar sola. Me susurró que no me olvidara de mí misma. Me dijo que Beirut sólo era un espejismo.

Abrí la caja, saqué una pastilla y me la tragué. Lo hice para no olvidar jamás que tenía veneno en el cuerpo. Metí las demás pastillas en la caja y, a continuación, la tiré por el balcón.

A veces, parece que en Beirut todo tiene que ver con la muerte y la desesperación, pero eso es sólo cuando te está engañando. En realidad, lo que pasa es que está tan llena

de vida que todo el mundo quiere un trozo de ella. Es una guerra. Es una violación en grupo. Todo el tiempo.

Nos preguntamos por qué seguimos aquí y cómo es que aún sobrevivimos. Aunque, claro, eso no nos lleva a ningún lado. ¿Quizá el problema somos nosotros y no Beirut? Nos sentamos en las cafeterías de la calle Hamra; nos sentamos en cafeterías a la orilla del mar. Tomamos café, fumamos, fumamos, fumamos. Todo el mundo tiene derecho a opinar porque, técnicamente, vivimos en una democracia. Todo el mundo está afiliado a algo. Todo el mundo pertenece a alguna organización política. O a una ONG. O a un club, o a lo que sea. Quedamos, hablamos, fumamos, fumamos y fumamos.

Ésa es nuestra agria poesía de la supervivencia.

Mucha palabrería con pocos resultados acaba siendo insultante para el espíritu. Decidí que no podía llevar esa vida y que, si iba a vivir en el Líbano, tenía que hacerlo a mi manera. Tenía que ser un Tarzán.

Un día, volví a casa de mi abuela y me puse el vestido de novia otra vez. Me quedaba perfectamente. Había olvidado la sensación tan maravillosa que me producía llevarlo. Salí de casa de mi abuela con el vestido puesto, con la cola de cinco metros arrastrando por detrás de mí. Nadie me vio. Entré rápidamente en el coche y me fui conduciendo. Decidí que iba a salvar al Líbano con el vestido de mi madre puesto. Iba a defender a todos los que habían sido discriminados por culpa de las exigencias de la sociedad y no habían podido avanzar por culpa de sus políticos, ineptos y embusteros. Me sentía bien, llena de fuerza, como si pudiera hacer frente a cualquier cosa. Estaba claro que no me iban a matar ese día. No con un vestido de novia puesto..., sería demasiado trágico. Los «mandamases» nunca lo permitirían. Esas cosas sólo pasan en las películas. Di vueltas y más vueltas en coche por la ciudad. Fui a zonas de Beirut que a veces me dan miedo. Quería ver cómo eran. Quería ver y no tenía miedo, porque sabía que no iba a morir así.

Desde entonces, me pongo el vestido en los momentos difíciles. Cada vez, renuevo mi relación con Beirut. Cada vez, redescubro la ciudad.

Paseé por las calles y charlé con carniceros y conductores de autobús. Sonreí a las mujeres enloquecidas que arrasaban las tiendas. Me compadecí de las chicas anoréxicas que intentaban seguir los últimos dictados de la moda. Comprendí a las chicas con velo que se engalanaban con pañuelos de color fucsia, cinturones brillantes, vaqueros blancos ajustados y tacones de aguja asesinos. Cuando los chicos grasientos y con el pelo engominado me insultaban desde sus motos diciéndome guarradas, les saludaba con la mano y, sin dejar de sonreír, les recordaba que sus madres eran unas putas. Cuando las madres empezaron a llamar a mi puerta para ver si servía y estaba preparada para el matrimonio, me teñí el pelo de un rubio tóxico. Comía para engordar. Bebía para oler mal. Cuando me quedaba atrapada en un atasco, me ponía a leer poesía. Cuando mis amigos alargaban el brazo para coger sus antidepresivos, les cogía de las manos y les decía que pronto se arreglaría todo. Cuando los hombres me dejaban, les decía que no iba a sufrir porque, en el fondo de mi corazón, sabía que nunca encontrarían a otra como

yo. Y que tal vez eso fuera un alivio para ellos porque lo cierto era que yo representaba una realidad a la que no querían enfrentarse. Hice las paces con mi familia, que siempre me había puesto obstáculos para convertirme en una Modigliani, una Miller o una Basquiat.

Perdoné a Beirut por querer olvidar, porque comprendí lo que significa cargar con el peso de la humillación.

11

Para reconciliarte del todo, tienes que escarbar hasta el corazón de la vida en Beirut. Tienes que estar dispuesto a ver las cosas tal como son. No puedes esconderte tras una revista mientras das sorbos a un café en una acera llena de gente. No puedes engañarte con falsos ideales. Sufrirás las consecuencias en el futuro. Tienes que caminar por sus calles. Tienes que hablar con su gente.

En la Beirut de la posguerra, camino por las calles que se ocultan tras tiendas de ropa y restaurantes de comida rápida. Camino por las calles y veo flamantes coches aparcados delante de un Starbucks. Camino hasta las afueras de la ciudad y veo cloacas al aire libre. Veo balcones con ropa tendida. Veo gente harta que no entiende por qué hay tanto tráfico. Veo niños que van al colegio bajo el calor sofocante con carteras que deben de pesar al menos diez kilos. Veo niños que piden dinero por la calle. Veo labios de silicona que les dicen «fuuuueera». Huelo yogur rancio. Huelo basura putrefacta. Vuelvo caminando al centro de la ciudad y veo grúas gigantes de las que surgen el acero y el vidrio. Veo carteles publicitarios inmensos que me dicen que compre una crema facial que hará que mi piel deje de ser morena y se vuelva blanca. Veo ancianos que arrastran carros de madera e intentan venderme verduras. Veo una peluquería que ahora ofrece Botox gratis con cada visita. Veo chicas adolescentes que se mueren por convertirse en mujeres. Veo hombres adultos que se comportan como niños. Veo el mar contaminado por el petróleo. Veo las huellas del vertido de petróleo en nuestras costas. Veo a las mujeres y los niños de los campos de refugiados bañándose en ese mismo mar, porque es lo único que les dejan hacer.

Creo que el mayor engaño con el que vivimos está en nuestro gobierno. Nuestros políticos, que tienen las manos manchadas de sangre. Sus ejércitos y sus combatientes, ahora disfrazados con trajes y corbatas.

Lo que ocurre con los milicianos es que, en realidad, nunca llegaron a irse. Después de la guerra civil, se vieron sin trabajo. Muchos de ellos se sumieron en una especie de depresión. Ya no se les permitía matar, mutilar, atentar, violar o saquear. De repente, se encontraron con que tenían mucho tiempo libre y con que ya nadie les tenía miedo.

Realmente no sabía mucho de los milicianos hasta que empecé a frecuentar las discotecas. Había una a la que íbamos a menudo. Estaba a unos cuarenta kilómetros al norte de Beirut. Por aquel entonces, no había ninguna discoteca en Beirut a la que pudieran ir las chicas «decentes». Si querías salir a emborracharte y a bailar durante toda

la noche, tenías que ir a la zona cristiana del país. Eso era en 1994. En aquella época, bebía vodka con naranja.

Fígaro era un hombre grande y musculoso que claramente consumía esteroides. Era el portero de una discoteca muy popular llamada Loco. Fue miliciano durante la guerra, pero ahora vestía de negro y llevaba el pelo alisado hacia atrás con al menos un kilo de gomina. Fígaro siempre llevaba las mismas botas camperas negras y la misma cadena de plata al cuello. Su camisa, siempre ajustada, dejaba ver los pelos del pecho negros y rizados que trepaban hasta su cuello. Era, según se describía a sí mismo, un guardián de su calle. El término en árabe es *shabeb el sheraa*, que se traduce como «la juventud de la calle». Me contó que había muchos otros como él. De hecho, la mayoría de los hombres de su edad, veinticinco años, formaban parte de esas bandas callejeras.

Fígaro me caía bien porque tenía una mirada amable. Cuando me dijo que había matado a gente, me negué a creerle. Pensé que sólo estaba intentando presumir, o encajar, alguna cosa de éstas. Yo solía hablarle sobre arte. Le hablé del *Guernica* y de que la gente utilizaba el arte para protestar contra la guerra. Él me dijo que nadie había hecho nunca una cosa así por el Líbano. Yo le dije que todos los artistas del Líbano se opusieron a la guerra, pero que la gente estaba demasiado ciega para verlo. El problema era que la gente no se daba cuenta de que lo que tenía delante era arte cuando lo veía. La guerra había sido demasiado demencial. La gente perdió la cabeza. El sentido de la realidad. Un cuadro podía dar la impresión de ser la realidad. Podía ser un viaje. Podía llevarte a lugares a los que quizá no te atrevías a ir.

—El poder del arte escapa a nuestro entendimiento, Fígaro —le dije una vez mientras me tomaba mi copa con naranja.

—¿Por qué no te gusta bailar? ¿Por qué siempre estás aquí fuera molestándome? —me preguntó—. Sabes que no puedo pasarme toda la noche hablando contigo.

—Bailar es aburrido. Sirve para olvidar, yo estoy intentando recordar.

—Pero me dijiste que no estuviste aquí durante la guerra, ¿qué es exactamente lo que estás intentando recordar?

—La guerra empezó un año antes de que yo naciera en mi vida actual. Estoy intentando recordar lo que era yo antes de que empezara esa maldita guerra. Lo único que conozco ahora es la guerra, pero tuvo que haber una época en la que viviera los «años dorados».

—¿Tu vida anterior? ¿De qué religión eres?

—Si te lo dijera, puede que me dispararas. ¿No es eso lo que hacías hace sólo dos años? ¿Por qué ibas a ser diferente ahora?

—Eres una idiota y una borracha. Déjame en paz. De todas formas, yo no mataba a la gente a tiros. Me llaman Fígaro porque uso una navaja de afeitar. Un *mus*. ¿Acaso sabes lo que es eso?

—Fígaro, ¿qué bebes?

—Whisky.

—El whisky es asqueroso, sabe a pis.

–Una vez que has matado a gente, te da igual beber una cosa u otra, con tal de emborracharte. El whisky es bueno para emborracharse. No me vuelve paranoico.

–¿Paranoico? Pensaba que eras un tipo duro. ¿Se permite que los milicianos sean paranoicos?

–El whisky –contestó, sin hacerme caso– es la única forma de matar a un hombre y la única forma de poder mirarte al espejo a la mañana siguiente.

Recuerdo que me quedé mirando seriamente a Fígaro.

–Que Dios te acompañe, Fígaro. Tengo que entrar a bailar, está sonando mi canción. Deberías intentar escuchar a Dr. Alban.

–Eso, vuelve a entrar. Te crees mejor que yo porque lo sabes todo sobre el arte y la música, pero te voy a decir una cosa: de lo que no sabes nada es de la vida. La única razón por la que estás aquí ahora mismo es porque hay gente como yo. Sin mí, ahora mismo este país sería musulmán, o israelí, o palestino. Yo soy la razón por la que existe el Líbano y deberías estar agradecida.

12

Han pasado doce años desde que me trasladé aquí y aún sigo intentando hacer las paces con Beirut. Intentando caminar por sus calles para conocerla mejor. Para comprender. A menudo pienso en volver a huir. En regresar a Nueva York. Aquel paréntesis de cuatro años estuvo bien en muchos sentidos. Pero Beirut me quiere toda para ella.

La calle Hamra. Lo que en el pasado fue el centro del debate intelectual de Beirut ahora está lleno de tiendas de ropa que siguen la última moda. Una por una, las cafeterías que fueron el centro de las revoluciones sociales han ido siendo reemplazadas por enormes tiendas de ropa de cadenas multinacionales. Las cafeterías en las que me sentaba cuando era estudiante contienen ahora apariciones fantasmagóricas de lycra y lentejuelas brillantes. Hay tiendas que venden moda internacional. Moda local. Y moda *made in China*. Hay mercancías baratas y mercancías caras, pero, sobre todo, hay mercancías de plástico.

Paso por delante de las tiendas y me dan náuseas. Los escaparates están llenos de maniqués escuálidos. Me miran con sus ojos dibujados e intentan que entre y compre sus prendas. Los trajes de noche con lentejuelas doradas y plateadas me dicen que me los ponga y me olvide de todo lo demás. Que me olvide de la guerra.

Me quedo mirando a un maniquí vestido con un traje ajustado de lycra violeta. Me dice que siempre habrá guerra y que tengo que acostumbrarme. Que, al menos, las prendas a la última aún pueden entrar en el puerto de Beirut. Que, para el caso, al menos estaré guapa cuando muera. Que la lycra es el mejor remedio para la ansiedad. Y que el azul turquesa y el amarillo son la solución a todos los problemas. Que no debería ni pensar en llevar un vestido como ése sin antes depilarme las ingles y hacerme la manicura francesa. Hay que cumplir unos requisitos previos. Tienes que estar preparada física y mentalmente para el papel antes de poder ponértelo. Que tengo que perder al menos diez kilos. Que la guerra puede ser algo bueno, porque la ansiedad es estupenda para adelgazar. Lo único que haces es vomitar (por el miedo) y no comer (por la falta de comida... y por el miedo).

La guerra es estupenda para la industria de la moda.

Por favor, por favor, le suplico, tiene que haber algo más que esto. Sé que lo hay, me acuerdo de una época en la que las cosas eran diferentes. No fue hace mucho tiempo, pero cada vez me resulta más difícil recordarla.

–Eres tonta –me contesta a través del cristal del escaparate–. Aquello sólo era un espejismo. Estabas en la universidad. Las cosas estaban relativamente calmadas. Pasa una vez cada varios años, más o menos. Aquello no era la realidad, esto sí lo es. No puedes basarte en aquellos pocos años para opinar sobre el Líbano. Yo llevo varias décadas en esta calle. El plástico tiene sus ventajas. Yo vi cómo los debates intelectuales fracasaban en los años sesenta. Yo vi cómo los activistas envejecían y construían una realidad imaginaria para engañarse pensando que habían conseguido introducir cambios. Yo vi cómo los israelíes pasaban por aquí en sus tanques en 1982 y disparaban a todo lo que encontraban.

»Y ahora veo pasar a chicas con minifaldas y con pendientes en el ombligo. Veo mujeres con velo que llevan Jimmy Choos bajo sus mantos negros. Zena, todo el mundo sabe que Beirut no es real. Puedes crear tu propia realidad y vivir como quieras. Todo es un juego. Hay jugadores más grandes que tú que lo controlan todo. No tiene sentido intentar cambiar nada, porque no va a funcionar. Cada vez que los políticos ven que los libaneses están lo bastante desesperados como para rendirse, les inyectan unas pocas vitaminas. Aprueban una nueva ley, o inauguran una carretera, o presentan a nuevos inversores; lo que sea, se trata de mantenerlos sedados. Así que no te molestes, en serio. No intentes cambiar nada. Simplemente vive tu fantasía y no intentes entrar en contacto con nada que esté fuera del Líbano. Esto es todo lo que hay. Esto es la vida. No hay nada fuera de aquí. Cualquier intento de lograr un diálogo mundial sobre la vida, el vino, la guerra y todo lo demás no te reportará más que frustraciones y estrés. Y ya sabes que el estrés es una de las principales causas de cáncer.

Cierro los ojos y le doy la espalda al maniquí. No quiero que me vea llorar. Me llega el olor del Starbucks. Agito las manos para ahuyentarlo. No quiero multinacionales. No quiero productos que se venden en todo el mundo. Quiero mi vieja cafetería en la que sirven café amargo en diminutas y frágiles tazas de porcelana blanca. No quiero esta mierdalatte-moca-mediana-de-cartón.

–¿Sabes qué? –le digo, aún dándole la espalda–. Sé más sobre esta calle de lo que te imaginas. Yo participo, tú sólo eres una observadora. Para mí es la realidad, para ti sólo es un espejismo. Puedes elogiar tus pantalones cortos de látex, tus camisetas de espándex y tus tacones verdes y dorados, pero jamás sabrás cuál es la sensación que producen esos tejidos sobre tu piel. El látex no deja que transpire el sudor y hace que te salgan sarpullidos. El espándex es frío y artificial, hace que parezca que siempre tienes los pezones duros; muy poco favorecedor. Y los tacones verdes y dorados hacen que arquees la espalda y parezcas un animal en celo.

A continuación, encuentro el valor para alejarme del escaparate y continuar mi paseo por la calle Hamra. Me refugio en una librería, con la esperanza de encontrar mi salvación.

Me dirijo a la sección de libros en inglés, más allá de todos los periódicos con fotografías de partes del cuerpo reventadas y las revistas de moda con fotografías de

partes del cuerpo reventadas. Bajo las escaleras de madera blancas. Huelen a humedad. Huelen a Beirut. Huelen como si llevaran cien años atrapadas en el tiempo. La sala está dividida en tres secciones. Hay una con guías turísticas, una pequeña sección con libros sobre religión y otra con todo lo demás. La sección de todo lo demás contiene fundamentalmente libros de autoayuda y viajes místicos a lo Coelho.

Yo no necesito ayuda, pensé para mis adentros. Yo sólo quiero algo bueno para leer. ¿Por qué la autoayuda es lo único que se vende en Beirut hoy en día? ¿Realmente está tan deprimida la ciudad? ¿Por qué todo el mundo busca algo que dé validez a sus vidas? ¿Por qué todo el mundo quiere leer que hay algo más que esta vida miserable que llevamos?

En un extremo de la estantería encontré una pequeña sección de escritores árabes. Nunca la había visto, quizá porque era muy pequeña. La sección de escritores libaneses era aún más pequeña. Decepcionada, comprobé que ya había leído casi todos los libros. Todos eran sobre la guerra civil. Hace quince años que terminó la guerra y seguimos escribiendo sobre ella. ¿Seguiremos toda la vida escribiendo solamente sobre la guerra?

Salí de la librería con las manos vacías y seguí caminando por la calle Hamra. Llegué hasta el final. ¿Y ahora? Me invadió esa sensación asfixiante que se había vuelto tan familiar: Beirut intentando estrangularme. Saqué un gran rotulador rosa de la mochila y dibujé una enorme «X» en la pared del final de la calle. La punta del rotulador era gruesa y apreté con fuerza, repasando las líneas varias veces. Necesitaba que aquella marca durara eternamente. Lo dejé cuando se rompió la punta.

–Beirut, ¿me oyes? Se acabó. Aquí mismo.

Esa «X» rosa al final de la calle Hamra ha adoptado el papel de mi ángel de la guarda. Constantemente me recuerda que estoy viva. Y que soy yo quien lleva el control. A veces me olvido de ella y después me llevo una agradable sorpresa cuando me la encuentro.

Ahora la veo cada vez que camino por Hamra.

La veo cuando voy a mi restaurante favorito.

La veo cuando voy a casa de Maya.

Recuerdo que la vi el día que fui en coche a casa de Maya y le hice ponerse el súper vestido de novia. Le dije que, si se lo ponía, no la matarían ese día. Que la protegería. Que destruiría todas sus células cancerosas. Se lo puso y se subió al coche conmigo. Fuimos hasta el mercado de los domingos y corrió de un lado a otro como si estuviera buscando un marido. Era un día despejado y luminoso. Era primavera. Estábamos teniendo una primavera de Beirut. En el mercado, había hombres sirios vendiendo su mercancía. Había mujeres de Sri Lanka comprando la mercancía que vendían los sirios. Todo era barato, todo era asequible. Maya corría sin parar y los hombres la seguían sin parar. Yo esperaba en el coche. El coche con el que huiríamos. Esperando para recogerla y escapar.

Vi que volvía rodeada por una multitud, acompañada de un séquito. Los hombres

cantaban y bailaban. Las mujeres ululaban. Los niños agarraban el vestido para que les diera suerte. No sé cómo, pero había un pollo volando por encima de su cabeza. Maya tenía una sonrisa en la cara de un kilómetro de largo. A medida que se acercaba, la música se oía más alta. Había hombres tocando *derbakis* y *nais*. Había mujeres tocando panderetas. Había niños cantando canciones tradicionales. Yo no podía parar de reír. Me bajé del coche y empecé a bailar alrededor de Maya. Me arrodillé sobre una pierna y levanté los brazos hacia ella, dando palmas. Lloramos y reímos al mismo tiempo. Su pelo, ahora de color rojo, le caía formando ondas. Su piel nacarada brillaba como el reflejo de la luna sobre el mar.

Volvimos a subir al coche de un salto y nos alejamos a toda velocidad para seguir adelante con nuestro día. Maya se reía como loca.

–No me puedo creer lo que acabo de hacer. ¿Por qué me has hecho hacerlo? ¿Por qué siempre te hago caso?

–¿Qué? Nunca me haces caso. No intentes echarme la culpa de esto, prácticamente saltaste del coche en cuanto aparqué –dije mientras extendía el brazo que tenía libre y la abrazaba. Mantuve el brazo alrededor de sus hombros–. Te lo dije, una mujer nunca muere con un vestido de novia puesto. No puedes quitártelo nunca más.

Ojalá me hubiera hecho caso.

13

ASUNTO: amor.

Para: zena

Viernes, 29/10/2006 17:11 1KB

Jessica me contó ayer la terrible noticia.

No sé qué decir...

Os envío todo mi cariño a sus familiares y amigos, a tu familia y a ti.

Mi breve encuentro con Maya fue absolutamente inolvidable..., porque fue gracioso.

Creo que ya te lo he contado, pero, cuando le pregunté a qué se dedicaba, me contestó con toda naturalidad: "Soy la mejor amiga de Zena". Yo le contesté: «Genial».

Bueno, la verdad es que no tengo palabras. Os envío muchos ánimos a todos.

Con todo mi cariño y mi consideración,

k

Lo que no te cuentan sobre las bombas es el estruendo que producen. Tu casa entera se tambalea. Las ventanas vibran. La electricidad puede cortarse de repente. Te llegan los gritos de tus vecinos desde la calle. Ojalá te dejaran dormir. Si pudieras dormir una noche sin ruido y sin interrupciones, quizá al día siguiente podrías sobrellevar la tensión un poco mejor.

Pero, claro, ellos saben todo eso. Saben cómo atacarte los nervios. Lo hacen todo a propósito.

En el verano de 2006, estuvimos jugando a ver quién aguantaba más. Yo me negué a irme de mi ciudad, que estaban volando por los aires, y ellos se negaron a dejarme dormir. Fue una batalla para ver quién se rendía antes.

La guerra terminó tan repentinamente como había empezado. Resulta verdaderamente asombroso lo fácil que es empezar y terminar algo tan complicado como una guerra. Después de todo, está en manos de unos pocos. Unos pocos tienen poder para determinar tu destino y el rumbo de tu vida.

Maya, yo viví la guerra por ti. Tenía que mantenerte con vida, así que lo primero que tenía que hacer era mantenerme con vida a mí misma. Cuando ellos odiaban, yo amaba. Cuando ellos luchaban por buscar culpables, yo defendía la compasión. Cuando ellos tomaban partido por unos u otros, yo abrazaba a todo el mundo. Sabía que saldríamos de aquélla. Sabía que vivirías para ver cómo terminaba. Pero me dejaste anonadada cuando te fuiste tan pronto después de aquello. Nos dejaste anonadados a todos.

Fui a tu tumba y empujé lentamente la placa de mármol blanco que te tenía prisionera. Alargué la mano y te agarré del brazo. Supe que eras tú porque reconocí tus impresionantes pulgares redondos. Iguales que los de tu madre y tu abuela. Tiré de ti para sacarte y me sorprendió lo poco que pesabas. Saliste con facilidad. Con cuidado, empecé a desenvolverte allí mismo, en el cementerio. Estábamos dando un buen espectáculo..., como siempre. Tú y yo. Y Beirut.

Mientras volvíamos en el taxi, me contaste que estabas teniendo un sueño rarísimo. Estabas soñando que me habías dejado. Era uno de esos sueños que parecen tan reales que, de hecho, no te molestaste en despertar durante mucho tiempo. Yo te conté que también me había pasado durmiendo casi todo el resto de octubre y noviembre, pero que, después de soñar que te despertaba, me di cuenta de que, para poder despertarme yo, primero tenía que despertarte a ti. Sonreíste y, a través de tu dentadura perfecta (salvo por un pequeño diente que tenías torcido), me dijiste que para eso están los amigos.

Nos fuimos del cementerio muy aliviadas. Sabía que no podías estar muerta, aún era demasiado pronto. No había llegado tu hora.

Beirut surgió imponente delante de nosotras, en todo su esplendor. Me sentía inquieta y no estaba preparada para volver a meterme en la ciudad. Había algo agradable en aquel barrio de las afueras lleno de pinos. Aquel silencio. Incluso el gran parque público que rodeaba el cementerio, con sus majestuosos pinos, estaba vacío. Lo cerraron durante la guerra civil y aún no habían vuelto a abrirlo. Ahora los pinos son sólo para los muertos.

Nosotras nos dirigíamos a la tierra de los vivos.

Podría decirse que es raro pensar en Beirut como algo vivo. Beirut es una jungla de cemento de color grisáceo, y el cemento está lejos de ser algo vivo. Pero Beirut lo es. Es grandiosa. Beirut me recuerda constantemente lo que es perder aquello que más quieres en el mundo. Ella te da y te da y, a continuación, te lo quita todo. Hay que estar vivo para poder hacer eso.

Maya, cuando fui a buscarte al cementerio, ¿recuerdas nuestra conversación?

–Me alegro mucho de que me hayas encontrado –dijiste.

–Yo también –contesté.

–¿Cómo has sabido en cuál estaba? Hay como un millón de tumbas aquí.

–Abrí la que tenía encima los girasoles.

–Pero ¿no fuiste tú quien los puso ahí?

–Sí.

–¿Cómo es que hemos acabado aquí?

–No lo sé, supongo que fue una pesadilla.

–Me alegro mucho de que me hayas encontrado. Estaba empezando a rendirme.

–He tardado tanto porque, en realidad, no estuviste todo el tiempo aquí. Subiste al cielo y tuviste que enfrentarte a Dios. Después te mandaron abajo otra vez para luchar

contra unos demonios en tu tumba. Me daba miedo que no supieras qué decirles, no sabía si conocerías textos religiosos en árabe. Tuve que esperar a que acabara todo eso para sacarte.

—Ahora me acuerdo. Es verdad, no sabía qué decir, pero las palabras me salieron solas. Creo que alguien me ayudó.

—Estaba muy preocupada y me estaba hartando de esperar, así que me puse encima de tu tumba y te leí los textos en voz alta. Supongo que me oíste.

—Supongo que sí. Gracias.

—No hay de qué.

—¿Ya podemos volver a casa?

—Sí, vamos.

Fui a tu tumba y me tumbé a tu lado. Pregunté hacia qué lado miraba tu cabeza y me lo dijeron, así que me puse igual. Me tumbé a tu lado como había hecho tantas veces. Te dije lo mucho que te echaba de menos. Y que ya era hora de volver a casa. No había mucho espacio entre tu tumba y la siguiente. El suelo entre las placas de mármol estaba húmedo por la lluvia de la noche anterior. Apoyé la mejilla sobre la tierra fría y te llamé. Me oíste inmediatamente. Me sorprendió, pensé que tardarías más. Con la mano derecha, intenté empujar la pesada placa de mármol, pero no se movió. Cambié de postura y utilicé también la pierna derecha. Tenía la espalda apretada contra la tumba que tenía detrás. Me disculpo ahora por haber invadido una propiedad ajena.

La placa se movió un poco y metí la mano. No veía nada más que oscuridad. El agujero era más profundo de lo que pensaba. Moví el brazo a tientas, pero no encontraba nada. Te llamé y pedí ayuda. Noté cómo se extendían cuatro brazos. Los rocé con la mano uno por uno hasta que encontré el tuyo. Te reconocí por los pulgares, esos pulgares grandes y redondos que siempre te hacían tirar las cosas. Solía contar las cosas que tirabas a lo largo de un día. La primera. La segunda.

Te cogí de la mano y tiré con todas mis fuerzas. Te saqué de la oscura rendija del mármol. Saliste como si fueras gelatina y, poco a poco, tu cuerpo volvió a tomar forma. Me incorporé, me sacudí la tierra de la mejilla y te abracé contra mi pecho. Como Miguel Ángel y la Madonna. Te acaricié los labios y el lunar diminuto que tenías debajo del ojo.

—Te estaba esperando.

—Lo sé. Siento mucho haber tardado tanto.

—¿Dónde estabas?

—No podía salir de casa. Había una guerra. Duró treinta y cuatro días. Por eso tardé tanto.

—¿No podías venir durante la guerra?

—No. Estaban volando todo lo que hay alrededor del cementerio, era demasiado peligroso. Siento mucho que hayas tenido que esperar tanto. No teníamos ni idea de cuándo terminaría.

–¡Vaya! ¿Estás bien?

–Creo que no. Bombardearon todos los puentes y las carreteras. Bombardearon las provisiones de comida y de combustible. Pasé un miedo horrible. Había muchísimo ruido. Yo nunca había oído explosiones de bomba. Las tiraban desde aviones, y los aviones también hacían muchísimo ruido. A veces, había aviones en los que no iba nadie y que volaban de un lado a otro durante toda la noche, pero no se veían. Sonaban como si fueran mosquitos, y yo estaba todo el tiempo queriendo darles con un matamoscas, pero no llegaba. Aquello me hizo pensar en mi hermano, que espachurra a los mosquitos contra la pared y los deja ahí para que les sirva de lección a otros mosquitos que se atrevan a entrar en su casa. Me pregunté si él estaría pensando en hacer lo mismo con los aviones mientras estaba acurrucado en su habitación sin electricidad y sin internet. ¿Utilizaría solamente la mano, como hacía siempre?

»Mataron a un montón de gente. Me costó una barbaridad encontrar tu tumba, este sitio ha crecido muchísimo de la noche a la mañana.

–Oí mucho ruido. Zena, todo eso me resulta muy familiar, ¿estás segura de que no seguía viva cuando ocurrió? Ya no recuerdo nada, todo está muy borroso. Es como si siempre hubiera habido guerra. Una guerra tras otra. ¿De cuál estás hablando exactamente? ¿Qué hicieron?

–Bombardearon toda Beirut. Eliminaron barrios enteros. Acabaron con familias enteras. Utilizaron unas bombas que eran tan potentes que podían calcinar edificios de hormigón. Las llamaban bombas antibúnker. Yo me imaginaba que cada bomba tenía incorporado una especie de puño y que, primero, el puño caía y partía los edificios por la mitad y, después, la bomba explotaba. Como en los dibujos de *Tom y Jerry*. Los antiguos, los que parecen de la época de la Segunda Guerra Mundial. También arrojaron bombas que quemaban a la gente. Se les derretía la piel al instante. Y arrojaron bombas que tenían dentro cientos de pequeñas bombas, para que explotaran cuando las cogieran los niños. No hacían distinciones: todo el mundo podía coger una bomba.

»Me alegro de que estuvieras muerta, porque no quería que vivieras aquello. Fue realmente horrible. Peor que todas las historias que hemos oído siempre. No dejaban de arrojar bombas y nadie los detenía.

–Zena, técnicamente aún estaba viva. Aunque no del todo. Lo que pasa es que la morfina que tomaba para el dolor me transportaba a otro lugar. Ahora me acuerdo. Dicen que una vez que un enfermo de cáncer empieza con la morfina, ya no hay vuelta atrás. Siento no haber estado allí contigo. Siento que tuvieras que pasar por todo aquello sola.

–Dicen que se supone que habrá otra el año que viene. ¿Cómo es posible que planeen esas cosas? ¿De verdad se ha vuelto tan fácil?

–No lo sé.

–Quizá sea mejor que vuelvas abajo. Esta vez puedo ir contigo.

–¿Tú crees?

–Podemos escondernos hasta que pase todo. O hasta el fin del mundo. Sea como sea,

al menos estaremos juntas otra vez.

–Sólo si de verdad quieres bajar. Lo de ahí abajo es una mierda. Todo el mundo habla árabe y yo no entiendo demasiado. Además, no tienen palomitas para microondas.

–Creo que me arriesgaré. Déjame sitio.

Te llevé hasta un árbol para guarecerte. Me daba miedo que a la gente le pareciera extraño que estuviera hablando contigo. Te hablé de la Beirut que no habías podido disfrutar mientras no estabas. De la cantidad de gente que ha llegado. De la cantidad de gente que ha intentado seducirla prometiendo y anunciando cosas. Muchos la han utilizado, llenándole la cabeza de disparates. De cómo se ha convertido en la puta de todo el mundo. Pero eso siempre lo hemos sabido, ¿no?

Dijiste que habías echado de menos a todos mientras no estuviste, así que te conté algunas historias.

Te conté que mi hermano, Nadim, por fin había hecho las paces con Beirut gracias a su teoría de la magnetización. Te conté que Nadim cree que el motivo de que la gente del Líbano sea tan agresiva es que las ondas electromagnéticas que emanan de la tierra que hay bajo Beirut tienen demasiada fuerza. Generan mucha energía que hace que la gente esté enfadada y frustrada y sea absolutamente mezquina. Te conté que, en los días malos, es fácil oír a mi hermano diciendo: «La magnetización está fuerte hoy».

Te reíste a carcajadas. Yo estuve a punto de echarme a llorar. Me di cuenta de lo mucho que te había echado de menos.

–¿Quieres saber lo que realmente creo? –te pregunté. Antes de que pudieras pedirme que continuara, me levanté, me puse los puños cerrados delante de la cara y empecé a hablar mirando hacia ellos, como si fuera Bruce Lee y estuviera contando alguna historia importante—. Mi teoría es que lo que altera a todo el mundo no es la magnetización, sino las almas de los muertos que vagan por las calles de Beirut. Gente a la que mataron los francotiradores, las bombas, las explosiones, los atentados y las minas. La mayor parte de esas personas murieron sin motivo, no tuvieron funerales como es debido y ahora están muy disgustados y lo están pagando con los vivos. Los peores sitios son los túneles. En ellos murieron personas a cientos y sus cadáveres se dejaron allí pudriéndose durante siglos. Yo también estaría bastante cabreada. Intento evitar los túneles a toda costa. Entiendo que no hayas querido conducir nunca.

En ese momento, adoptaste una expresión seria y sombría. Te miraste las manos. Las tenías extendidas sobre el regazo, con las palmas hacia abajo. Estabas sentada con la espalda apoyada en el árbol. Tenías la piel más blanca que el sudario con el que te habían envuelto, que ahora se había desprendido de tu cuerpo y estaba hecho un revoltijo en el suelo, a tu lado. Volvías a tener el pelo largo. Era rojo, como el fuego que siempre habías esperado que fuera. Te caía sobre los hombros y te tapaba los pechos. Bajé los puños lentamente y volví la cabeza mientras se me enrojecía el rostro. Eres tan hermosa como siempre te había imaginado. ¿Por qué no fui capaz de decírtelo antes?

–¿Fue eso lo que me ocurrió a mí?

–No. De hecho, tú sobreviviste a la guerra. Fue tu corazón roto el que te mató unos días más tarde.

–Cuéntame algo más alegre. ¿Pintaste mientras yo no estuve?

Quise decirte que sí, pero no me atrevía a mentir.

–No conseguía hacer arte durante la guerra, me costaba demasiado. Quería hacerlo. Quería hacer algo tan genial que pudiera cambiar el mundo. Pero no podía. Sentía presión en la cabeza todo el tiempo y constantemente tenía ganas de vomitar. No sabía si era por la tensión o si tenía alguna enfermedad. Nos estaban lanzando de todo. Puede que fueran las dos cosas.

–Siento que tuvieras ese bloqueo.

–No, no era un bloqueo. Era más que eso. Era la desesperación absoluta. ¿Cómo iba a pintar mientras había gente muriendo a mi alrededor? No podía pintar la muerte. No quería pintar la muerte. No quería dar más importancia a la guerra de la que ya me estaba imponiendo ella. Pintar la guerra habría sido como rendirme. De alguna manera, habría aceptado que podía vivir una guerra como si fuera algo más o menos normal. Habría demostrado que se puede aceptar la guerra. Casi me daba miedo lo que podía provocar aquello dentro de mí. ¿Y si el cuadro era bueno? ¿Y si era el mejor trabajo de toda mi vida?

Creo que por fin comprendí lo que estaba intentando decirme Tim en Nueva York.

–¿Qué es mejor, vivir en el caos absoluto o estar atrapado en el orden del Nuevo Mundo? En un sistema en el que los sentimientos verdaderos se sustituyen por patatas fritas y queso. Donde el amor se convierte en sexo anónimo y la gente ha olvidado cómo se llora. Donde la gente ríe cuando le dan la entrada para hacerlo. Un sistema en el que una de cada dos personas muere de un cáncer incurable.

–¿No hay algo intermedio?

–No lo sé –te quedaste callada durante unos instantes y después me miraste. Había anochecido–. ¿No te da miedo estar aquí de noche?

–No me había dado cuenta de que ya se había hecho de noche. Supongo que sí me da miedo. O, al menos, puede que me dé miedo si empiezo a pensar en ello.

Me dijiste que me sentara a tu lado. Al principio me sentí agradecida, porque sabía que contigo me sentiría a salvo. Pero entonces me di cuenta de que seguías desnuda y me recorrió una ola de vergüenza.

–¿No tienes frío? –pregunté mientras te alcanzaba mi pañuelo.

–No, la verdad es que no. ¿Te puedes creer que ya estamos en noviembre y no tengo frío? No siento nada. A lo mejor es por eso del cambio climático.

Doblé las rodillas y me dejé caer a tu lado. Te envolví en mi pañuelo. Llevaba todo el día queriendo preguntarte algo y pensé que aquél era un buen momento. Te cogí la mano y te acaricié el pulgar con mi dedo índice.

–¿Me viste cuando te fuiste? Junto a tu cama, en el hospital. Me vestí de rosa, para que pudieras verme cuando te fueras. Sabía que te ibas a ir ese día. Intenté no llorar porque quería que estuvieras contenta cuando te fueras. Quería ser fuerte para ti. Para que no te preocuparas por mí..., por nosotras.

Abriste mucho los ojos, estiraste el brazo y me arrimaste a ti.

–Claro que te vi.

Rompí a llorar. Como una madre que ha perdido a un hijo, sollocé. Lloré por ti. Lloré por mí. Lloré por Beirut.

Por fin.

Ahora era medianoche y la luna estaba alta en el cielo. Yo estaba agachada bajo la morera. Corría un aire frío y una luz pálida y reconfortante se reflejaba en los árboles. Me empapé de la belleza del momento. Me sentía muy agradecida sólo por poder estar contigo de nuevo. No quería que terminara. Quería abrirte mi corazón. Quería decirte todo lo que no había podido decirte antes pero, en lugar de eso, al volver a mirar me di cuenta de que habías desaparecido. Me levanté y empecé a llamarte como loca. Volví corriendo hasta tu tumba, pero no estabas allí. Corrí por todo el cementerio desesperada, gritando tu nombre. Te llamé una y otra vez, pero te habías ido.

La luna había desaparecido y me rodeaba una oscuridad absoluta. Me tiré encima de la placa de mármol que cubría tu tumba. La misma en la que están tu tía, tu abuela y tu abuelo. Me di la vuelta, me puse boca arriba y estiré los brazos hacia el cielo amenazador. No podía creer que hubiera vuelto a perderte.

Quería contarte cosas.

Que, mientras tú estabas muerta, Beirut también había muerto contigo.

Una noche bombardearon nuestras plantas eléctricas y se fue la luz en la ciudad, así que cogí el coche y fui hasta el mar. Seguí la luz de las diminutas lámparas de gas de los barcos de los pescadores, que me llevaron hasta la Corniche. Me bajé del coche y caminé hacia el mar. Quería acercarme todo lo posible. Estaba en calma y silencioso, casi muerto. Estaba tan oscuro que no se veía el horizonte. El mar y el horizonte eran una misma cosa. Tenía miedo. Era como si me hubiera salido de la Tierra. Pero también era algo absolutamente impresionante. De algún modo, aquella oscuridad me llenó de amor. Pensé en nuestros vecinos, que habían hecho aquello. Nuestros vecinos, que habían bombardeado nuestras plantas eléctricas. Y, en cierto sentido, quise darles las gracias. Porque dejaron mi ciudad en suspenso el tiempo suficiente para que pudiera tomarme un descanso y acercarme hasta el mar. La guerra me dio todo el tiempo que necesitaba para pensar.

Pensé en mi vida. En mi familia y en mis amigos. Pensé en lo que podría hacer en el futuro. En si iba a tener hijos o no. Se había levantado viento, se colaba entre mi pelo. Me sentí hermosa. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. ¿Por qué siempre estaba llorando?

Qué típico, pensé. Las mujeres árabes siempre tienen algo por lo que llorar. Y, por mucho que intente negarlo, lo llevo en la sangre.

–No te contengas –me dijo el mar con un murmullo.

Le di la espalda y noté cómo su espuma me salpicaba el cuello. Miré a Beirut con ojos ávidos. No conseguía encontrarla. No había coches. Ni gente. Ni luz. Mi coche empezó a desaparecer. Cerré los ojos y sentí que me invadía el pánico. Conté hacia atrás desde diez. Fue inútil. Lo intenté de nuevo en inglés. Empecé a temblar. Y de pronto..., en un abrir y cerrar de ojos, el tiempo se comprimió y se partió en dos. Sentí una enorme presión que se extendía por todo mi cuerpo. Un ruido atronador me llenó la cabeza. Parecía que me iba a explotar la garganta. Que mis orejas estaban vomitando sangre. Beirut estalló justo delante de mí y noté cómo me arrastraba. Me agarré a la barandilla azul que me separaba del agua.

Cerré los ojos y una luz blanca lo inundó todo. Me tapé los oídos con las manos y me agaché como si estuviera esquivando un proyectil imaginario. Empezaron a pasarme imágenes por la mente. Vi parisinos en París, bebiendo *café au lait*. Vi neoyorquinos en Nueva York, intentando abrirse paso por la Quinta Avenida. Vi lagosenses en Lagos, agarrándose con fuerza a autobuses amarillos ladeados y abarrotados de gente. Vi metros moviéndose a la velocidad de la luz y aviones atravesando el universo. Vi cachorros esperando para ser adoptados. Vi a una joven recién casada perdiendo la virginidad. Vi a una joven perdiendo el clítoris. Vi a alguien preparando hamburguesas. Vi a alguien sosteniendo un fusil. Y, tan rápido como había empezado todo, todo terminó.

Todo seguía como antes. Había vuelto la oscuridad. Sólo había sido una explosión sónica. Sólo otro de los reactores de nuestros vecinos entrando en nuestro espacio aéreo. Sólo otro de esos aviones que rompen la barrera del sonido. Y me rompen el corazón.

Mi corazón.

–No te contengas –me susurró el mar.

Esta vez no lo hice. Caí al suelo y lloré y lloré y grité. Grité a la oscuridad, preguntando cuánto tiempo tendría que seguir viviendo con ese miedo. Cuánto tiempo tendríamos, Beirut y yo, que seguir soportando esa violación.

Esta mañana, al despertar, vi que Mazen no estaba a mi lado.

Me di la vuelta y parecía que la cama se extendía kilómetros y kilómetros. Las sábanas blancas tenían manchas pálidas de sangre del período y babas de perro. Llamé a Mazen, pero me respondió el frío eco de los bloques de cemento de las paredes violetas.

Sin mirar al reloj que estaba junto a mi mesilla, me deslicé hasta mi lado de la cama y me pregunté si hoy iba a haber agua o electricidad. Tenía que lavar las sábanas. Quería darme una ducha con agua caliente. Quería regar mis plantas. Quería ver las noticias en la televisión. Tenía que enviar unos e-mails.

Hacía calor. Las ventanas estaban cerradas. Para que no entrara el ruido.

Cogí mi teléfono móvil. Sólo me quedaban dos barras de batería; no se había cargado durante la noche, no había habido electricidad. Quería llamar a Mazen para ver dónde estaba. ¿Cómo podía haber salido sin que le oyera? Últimamente estábamos durmiendo muy poco, por los bombardeos. Supongo que se marchó cuando por fin me quedé dormida.

Me levanté de la cama lentamente. Me dolía la espalda, una vez más. Me di la vuelta y vi que Tapi, mi perra, estaba acurrucada a mi lado. Le daban miedo las bombas. Empezó a dormir en nuestra cama cuando comenzó la guerra.

–Tapi, perra tonta, todas las mañanas la misma historia. Si vas a dormir en la cama con nosotros, ¡no puedes ocuparla entera! Mira, estoy casi fuera, no puedes seguir empujándome así –mientras me miraba con sus ojitos tiernos, estiró el lomo y bostezó–. Tapi, lo digo en serio, necesito dormir y no puedo tener dolor de espalda todas las mañanas cuando me levanto. Tengo que estar en guardia. Tengo que estar bien para poder funcionar. Estamos en guerra.

Salí del dormitorio e inspeccioné la casa. ¿Había ocurrido algo mientras dormía? Puede que Mazen estuviera en otra habitación. Toqueteé el interruptor de la luz. No había electricidad. Entré en la cocina. Me di cuenta de que tendría que arreglármelas para ir a comprar. Sólo nos quedaban dos botellas de agua, un poco de pasta y una caja de cervezas.

–Mazen –le llamé.

No hubo respuesta.

–Mazen...

Silencio.

Miré a Tapi.

–¿Dónde crees que estará?

No hubo respuesta.

Salí al balcón y el sol me alumbró con su luz. Hacía calor. Un calor casi sofocante. ¿Qué hora era, a todo esto? Mis plantas estaban empezando a marchitarse. Era inevitable, eran víctimas inocentes. En una guerra siempre hay víctimas inocentes. Volví a la cocina, cogí el agua y eché un poco en el tazón de Tapi. Después, volví al balcón y eché unas gotas en mi albahaca favorita. Sí, tenía una planta favorita, y había jurado que conseguiría que sobreviviera a la guerra conmigo. Volví al dormitorio y cogí el móvil.

A la mierda: llamé a Mazen con la función de marcado rápido.

–Dónde estás, rápido, poca batería.

–*Hayeti*, mi amor, no quería despertarte, pero es que llamó mi padre con un ataque de pánico. Cree que deberíamos irnos de Asharafiyyeh porque puede haber otra guerra civil. Tenía miedo de que nos mataran los cristianos.

Me eché a reír.

–¿Esto es lo que pasa cuando hay guerra? La gente pierde la cabeza y la capacidad de racionalizar las situaciones. ¿Le has recordado que esta vez nos está atacando otro país?

–*Hayeti*, no seas así. Ya sabes cómo son las cosas con la gente mayor. Voy a quedarme un rato con ellos, hasta que se calmen. Parece ser que anoche las bombas hicieron muchísimo ruido en esta parte de la ciudad. Simplemente están un poco inquietos. ¿Te veo luego? Dale un beso a Tapi de mi parte. Te quiero, hasta luego.

Volví a arrastrarme hasta la cama. Tapi me siguió. No tenía fuerzas para aguantar otro día así. Pensé en los padres de Mazen. Todavía hoy, en Beirut seguimos hablando de este y oeste. Aunque hace más de quince años que terminó la guerra civil que dividió la ciudad, no conseguimos eliminar la creencia de que cada religión debe mantenerse en el lado de la ciudad que le corresponde. Aunque yo no pertenezco a la religión que se supone que está protegida en este lado de la ciudad, me siento abrigada y a salvo en mi cama. El hogar está donde te dice el corazón.

Mazen y yo llevamos dos años casados. Cuando nos casamos, decidimos vivir en Asharafiyyeh precisamente para demostrar algo: que los libaneses deberían volver a vivir como un solo pueblo y no estar divididos por la religión. Estábamos muy enamorados y creíamos que nuestro amor podría cambiar el mundo. Abracé fuerte a Tapi.

Había unas copas de vino tiradas a los pies de la cama. Dos. Dejé de beber cuando empezó la guerra, pero anoche no podía soportar seguir estando sobria. No conseguía dormirme, así que me drogué con vino. Sólo necesitaba dormir, al menos durante una noche. La paranoia que había empezado a instalarse dentro de mí se debía solamente a la falta de sueño. En una guerra hay cosas que, al cabo de un tiempo, acaban siendo tan repetitivas que puedes llegar a olvidar cómo era la vida antes.

Se había convertido en un patrón. Al ejército israelí se le dan bien los patrones. Es mecánico y preciso como un reloj. Nos bombardeaban todas las noches. Bombardearon

el sur de la ciudad. Bombardearon los puentes y las carreteras. Anoche volvieron a atacar el aeropuerto. Me pregunté si quedaría algo que no hubieran atacado. Ahora había escasez de combustible por la barricada que había en el mar y no dejaban que entrara nada de combustible en el país. Los coches hacían cola en las gasolineras durante todo el día y sólo conseguían echar unas gotas en sus depósitos. No había suficiente para poder desplazarse a ningún lado. ¿Cómo es posible físicamente poner patas arriba un país de la noche a la mañana?

Soy una ingenua cuando se trata de los milagros de la tecnología actual.

¿Significa eso que ya no puedo conducir por Beirut? ¿No puedo ver a mis amigos? ¿Estoy condenada a soportar esta guerra sola? Los días puedo aguantarlos, pero ¿qué será de mí por la noche, cuando empiecen a bombardear de nuevo? ¿Cuando se me acaben las velas? ¿Cuando ya no pueda fingir que no oigo el estruendo de las explosiones? No quiero morir sola.

Pensé en Mazen. En su corazón, tan grande. Siempre intentando cuidar de todo el mundo menos de sí mismo. Anoche me dijo que me quería. Hacía calor, tanto como puede llegar a hacer en una bochornosa noche de verano en Beirut. El jazmín que había bajo nuestro balcón estaba en plena floración. Su aroma era intenso y relajante, casi tan discreto como los labios de Angelina Jolie. Todo era perfecto. El olor de su piel de café. Su pelo oscuro y sus ojos como la miel. La luna llena. El jazmín. Y las bombas.

–Te quiero, mi amor –su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

¿Está bien hacer el amor mientras otros mueren?

¿Está bien hacer el amor cuando hay bombas matando a niños? Bombas de fósforo que les abrasan la piel. Bombas de fósforo que, en caso de que consigas sobrevivir a ellas, te dejan marcado para siempre.

La gente se pregunta por qué no tengo hijos. Aquí, en la herida abierta que es Oriente Próximo, la gente piensa que estoy loca, que soy estéril o que tengo problemas en mi matrimonio porque tengo treinta años y no tengo hijos.

No tengo hijos porque me da miedo tenerlos. Me da miedo morir y dejarlos aquí solos. Me da miedo que se los trague el calentamiento global. Me da miedo que haya todavía más guerras y más catástrofes. Sí, podría hacerlos pedazos un reactor israelí que invadiera nuestro espacio aéreo. Sí, se podría volver a poner en servicio a Big J. Podrían contraer el ébola, el virus del Nilo Occidental, la malaria o la tos ferina. Podría pasar todo eso y más.

Cuando me di cuenta de que no iba a haber ni electricidad ni agua ni combustible, salí a buscar una bicicleta. Caminé unos cuantos kilómetros en dirección al centro de Asharafiyeh. Las calles estaban vacías. Casi todas las contraventanas de madera, cerradas. Muchos de mis vecinos se habían ido de la ciudad y se habían refugiado en sus casas de la montaña. Era una sensación surrealista. Parecía otra de esas largas películas de Hollywood. Pensé en esa escena del libro de Stephen King en la que mueren todos los habitantes del planeta excepto unos pocos. Recordé cómo entraban en las tiendas y

cogían todo lo que querían. Buenísimo. Pero esto era Beirut y la realidad de las calles vacías era horrible. En Beirut tienen lugar evacuaciones constantemente. La gente echa el candado a sus tiendas, pero sabe que acabará regresando. El saqueo no sería una buena idea.

Llegué al centro y vi que había unas cuantas tiendas abiertas. Fue un alivio comprobar que la tienda de bicicletas también lo estaba. Me habría llevado una decepción si hubiera hecho todo ese camino a pie para nada. Por lo visto, no era la única que había tenido esa genial idea; había otras dos personas en la tienda.

–Hola, Ramzi –le dije al dueño al entrar–. Supongo que estás teniendo una buena temporada, con la guerra.

No estaba seguro de si aquello había sido una broma o un insulto. Me sentí avergonzada.

–Lo siento, quiero decir que, sin gasolina en el país, la gente se ha dado cuenta de las ventajas de utilizar la bicicleta. Oye, al menos ahora tendremos una ciudad limpia.

–No deberías comprarte una bicicleta sólo porque haya una guerra. La guerra acabará terminando. Espero que no te gastes todo ese dinero en algo que sólo vas a usar durante una o dos semanas –respondió Ramzi con actitud pragmática.

–Ah, no, qué va, hace tiempo que quiero ponerme en forma. No sé, este momento es tan bueno como cualquier otro.

¿Qué hacía mintiéndole así a Ramzi? Es el único libanés que ha subido al monte Everest. De hecho, se suponía que tenía que salir de Beirut un mes más tarde para escalar el K2, la única montaña que le quedaba para cumplir su reto de las siete cumbres. ¿Cómo podía estar mintiéndole a un hombre como él? Paseé por la tienda mirando las bicicletas. Todas eran muy sofisticadas. Me daba vergüenza pedir ayuda. Acabé en el fondo de la tienda observando una gran fotografía en color. Era de un hombre con una parka roja y una máscara negra que le tapaba la cara; sostenía en alto la bandera libanesa.

–Ramzi, ¿éste eres tú en el Everest?

–Ajá. No podía quitarme la máscara, era demasiado peligroso. Hay cosas por las que no merece la pena correr el riesgo. El reto era subir a la montaña, no hacerme famoso con una foto de mi cara.

–Sí, tienes razón. Tuvo que ser un momento maravilloso.

–Lo fue, pero también comprendí que solamente era un momento genial que iría seguido de muchos más. Uno decide cómo quiere que sea su vida. Esta guerra..., esta guerra no es nada. Igual que empezó, terminará. Tienes que mantenerte concentrado en el objetivo, no puedes permitir que te influyan las cosas del exterior. Si yo lo hubiera permitido, nunca habría llegado a lo alto de la montaña. Me encontré con muchas dificultades imprevistas, pero mantuve la concentración, convencido de que iba a llegar a la cima. Todo lo demás eran distracciones a las que no merecía la pena dedicar mi tiempo.

–Tienes razón. Ojalá yo fuera tan fuerte como tú.

Ramzi se rió entre dientes.

–Solamente espero que volvamos a tener aeropuerto para poder salir de aquí en avión. Y, de todas formas, si no, iré andando hasta Siria y cogeré un avión allí. Nada me va a impedir cumplir mi reto.

Tras este admirable discurso de Ramzi, me di cuenta de que ya no tenía ganas de montar en bicicleta. Todas eran demasiado complicadas, con demasiadas marchas. ¿Cómo iba a soportar esta guerra si ni siquiera era capaz de escoger una bicicleta? ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado?

Saqué el móvil del bolsillo; me seguían quedando dos barras de batería. Decidí arriesgarme y llamar a mi hermano Nemo. Le pedí que viniera a la tienda.

–¿Qué? ¿Quieres que vaya hasta allí? ¿Estás loca? No voy a malgastar mi gasolina en eso.

–Por favor, Nemo, de verdad que necesito ayuda. Es algo muy sencillo y tengo la sensación de que, si no lo hago, me voy a derrumbar. Por favor, tienes que entenderlo, es algo que tengo que hacer. Tengo que conseguir hacer una sola cosa hoy. Por favor.

–Vale, cuelga, no gastes la batería en esto. Voy a ver si encuentro un taxi. Iré solamente si encuentro un taxi. Espera veinte minutos y, si no aparezco, vete a casa y olvídate de la bici.

Exactamente veinte minutos más tarde llegó Nadim en un taxi lleno de abolladuras. Venía discutiendo con el taxista porque, al parecer, éste estaba intentando timarle.

–Diez dólares es más que suficiente, ¡usted sabe que este trayecto debería costar sólo tres!

–Estamos en guerra, tengo que dar de comer a mi familia. Además, usted me ha hecho venir a Beirut Este. ¿Es que no lo ha oído? ¡Dicen que puede que haya una guerra civil!

–¿Está loco? Son los israelíes los que nos están atacando. Aquí tiene veinte, ahora váyase.

El taxista obedeció.

–¡Hola, Ramzi! ¡Buenas, Zee! –exclamó Nadim mientras entraba pavoneándose, orgulloso de sí mismo. Había contado con tener que pagar unos cincuenta dólares por el trayecto–. Por treinta pavos, ¿qué tipo de bicicleta puedo comprarle a mi hermana?

Todos reímos y Ramzi nos dio una vuelta por la tienda. Todo me parecía complicadísimo. Las bicicletas tenían un montón de marchas y cadenas. ¿Qué había sido de aquellos tiempos en los que escogías tu bicicleta sólo por el color? ¿Qué había sido de todas las bicis rosas? Yo me di por vencida, pero Nadim acabó comprándose una para él. Una con muchas marchas y muchas cadenas. Le pareció que montar en bicicleta bajo las bombas era una idea genial. Salimos contentos de la tienda. Mi hermano, mirando sonriente su nueva bici, y yo, contenta al pensar en lo cómico de la escena de Nadim esquivando bombas subido en su bicicleta.

Me subí a la parte de atrás y él empezó a pedalear sin sentarse. Fuimos por las calles

de Beirut y me sentí como si estuviera en una vieja película italiana en blanco y negro. Mi pelo ondeaba al viento..., las pocas personas que se atrevían a estar en la calle nos señalaban y se reían... Fue un rato agradable. Me olvidé de la guerra. Recordé que ésa era la Beirut que conocía y amaba tanto. Fue agradable volver a amar a Beirut. Solamente quería disfrutar el momento. Me saqué las bombas de la cabeza. Al menos durante una tarde.

Observé pedalear a mi hermano. Le estaba empezando a clarear el pelo por la coronilla. Ahora se parecía muchísimo a papá. Me invadió una dulce melancolía. Sentí nostalgia de nuestra infancia. Nadim pedaleaba, moviéndose arriba y abajo; nos estábamos alejando de mi zona, pero me sentía a salvo y protegida. Como un águila, él había descendido en picado hasta el suelo para salvarme y llevarme a casa con mi familia. Olí el sudor que le caía por la espalda y me pregunté si yo olía igual. ¿Huelen igual las familias? Sólo nos llevamos once meses. Me pregunté si nuestros hígados y nuestros riñones se parecían. Me pregunté cuánto nos parecíamos por dentro.

Oía cómo su corazón latía con fuerza mientras cargaba con esfuerzo con mi peso. Veía cómo sus ojos se entrecerraban para evitar quedar cegados por el brillo del sol mediterráneo. Estaba tan contenta que tenía ganas de llorar. Había olvidado lo hermoso que podía ser sentir el calor. Mientras su peso se movía a un lado y a otro, cerré los ojos al ritmo de sus movimientos y empecé a recordar nuestra infancia en África, donde siempre estábamos montando en bicicleta igual que ahora. Recordé cómo salíamos a la calle y, bajo la lluvia torrencial, montábamos en bicicleta por los caminos de tierra que se convertían en ríos, compitiendo para ver quién podía ir más deprisa, intentando abrirnos paso a través de la corriente de agua que iba creciendo.

Las cloacas que había a los lados se llenaban de agua y era imposible distinguir las del camino. Jugábamos a ver quién aguantaba más pedaleando y quién conseguía llegar más lejos antes de caer en las cloacas.

–Mira, Zena, se está yendo más gente.

Nadim detuvo la bicicleta. Estábamos en la Corniche.

Me bajé de la bici y me apoyé en la barandilla metálica azul. Abrí los ojos al Mediterráneo. Había tres barcos en el puerto. Uno era un enorme transatlántico blanco, los otros dos eran acorazados grises. Con dificultad, distinguí banderas francesas en los mástiles. A bordo de los barcos estaban subiendo libaneses que no querían tener que soportar la guerra. No estaban dispuestos a quedarse para ver cómo acababa. No confiaban en su país. Ya los habían traicionado antes.

–Nemo, creo que somos los únicos que quedamos. Quizá deberíamos irnos también. No estuvimos aquí durante la guerra civil, no sabemos cómo es la guerra en realidad. A lo mejor no estamos haciendo bien al quedarnos, no tenemos ni idea de cómo fue realmente. ¿Y si no termina nunca? ¿Y si un día queremos irnos y descubrimos que ya no quedan barcos para llevarnos?

–La verdad, no lo sé... De todas formas, pensaba que tú querías quedarte.

–Quiero quedarme. No sé por qué, pero quiero quedarme. Tengo la sensación de que, si me voy ahora, nunca podré volver. Y esa idea me asusta más que la muerte. De todas formas, a Tapi no la dejan subir a bordo de los barcos y no voy a dejarla aquí. Maya está enferma, me necesita. Yo la necesito. Mamá nunca se irá. Lana nunca se irá.

–Pondrías tu vida en peligro por tu perra.

–Mi perra, mi mejor amiga, mi familia. Por todos ellos, sí. Sí, eso creo. Nemo, fíjate en nosotros. O sea, fíjate en nosotros de verdad. Fíjate en este mar. ¿Qué otra cosa hay? Ésta es nuestra vida. Nuestra realidad. No somos neoyorquinos que trabajen en edificios de cien plantas. No somos chinos que estén ganando peso en la economía. Somos libaneses atrapados en el tiempo. Siempre ha habido guerra. Siempre habrá guerra. Siempre ha sido así. Los romanos entraron y salieron de este puerto con sus barcos. Vino Alejandro. Vino Aníbal. Napoleón. Rumsfeld y Rice. Todos son iguales. Estamos en una posición delicada y estamos condenados, es nuestro destino. Simplemente tenemos que acostumbrarnos. Todo el mundo quiere un pedazo del Líbano y los libaneses quieren ser como el resto del mundo... Estamos estancados.

–Sí, vale, lo que tú digas. Tengo hambre, vámonos a casa.

Cuando llegamos a casa, malolientes y sudorosos, fui corriendo a abrazar a mis padres. No era consciente de lo mucho que los había echado de menos.

–Zena, ¿no puedes quedarte con nosotros hasta que termine esta maldita guerra? –me preguntó mamá. Tenía los ojos cansados. Sophia Loren había sido traicionada. Que Dios nos perdone.

Quería decir sí, sí, sí. No quería que mamá tuviera que estar en esa situación. Se merece la isla de Capri y gafas de sol oscuras de Chanel. Se merece las pequeñas cosas de la vida, con la posibilidad de mejorarlas sin tener que pagar. Un espléndido amanecer sobre los cultivos de melones dulces y el agradable cosquilleo del viento en su pelo mientras mira a papá con ojos cariñosos y con un vientre fértil.

Sin embargo, contesté:

–Mamá, no podemos vivir con miedo. Quién sabe cuándo terminará esta guerra. No te preocupes, estoy bien donde estoy. No podemos escondernos. No podemos dejar que vean que tenemos miedo.

Sabía que creía en todo lo que le estaba diciendo, porque ella tampoco estaba dispuesta a marcharse. Ella sólo quería tenerme entre sus brazos.

Yo quería esconderme en su abrazo y quedarme allí para siempre. Pero por culpa de mi maldito orgullo, siempre estorbando, quería parecer fuerte. Quería demostrarle que, si ella había sido capaz de vivir una guerra treinta años antes, yo también lo era. Qué tontería. Qué estupidez más absoluta.

Nadim le pasó el brazo a mamá por encima de los hombros.

–No te preocupes, mamá. Cuando la eches de menos, iré otra vez a buscarla con mi bici. ¿Ves?, ya no necesitamos gasolina ni nada. Y los israelíes no me pueden detectar si voy en bici, así que, además, estamos a salvo.

Mi hermano es la persona más peculiar que conozco. Hace mucho tiempo, justo antes de trasladarme a Beirut, quiso que tuviéramos una conversación. Me dijo que no permitiera que me afectara. Que no me volviera loca.

—Ya sabes cómo es la gente de Beirut. Están todos locos, por la guerra. La guerra no es lo único que te va a volver loca, también está la familia. La familia allí está muy unida. Es demasiado. Tías y primos y tíos y abuelos y amigos de la familia y familia que vive en las montañas y familia que vive en Siria. Te volverán loca, Zena, prométeme que no acabarás chiflada tú también.

Le prometí que no perdería el juicio. Que nunca me permitiría a mí misma adaptarme lo suficiente a la idea de la guerra. Adaptarse, porque se hace la vista gorda si se quiere sobrevivir a años y años de matanzas y de destrucción. Tienes que seguir siendo capaz de salir a comprar verdura aunque exista la posibilidad de que tu coche salte por los aires. Tienes que seguir siendo capaz de ir a visitar a tus amigos, mantener algún tipo de vida social decente, o acabarás hablando con las paredes de hormigón de tu casa. Tienes que ser capaz de salir a tomar un café o una copa y convencerte de que no te puedes perder un episodio de *Sexo en Nueva York* por nada del mundo porque, si lo hicieras, podrías venirte abajo. Mientras el mundo entero avanza, tú no quieres quedarte atrás. Cuando la gente de fuera ha pasado de la espuma de poliestireno al papel, tú quieres poder hacer lo mismo. Cuando en la televisión ya no se llevan los dibujos al pastel, tú quieres tirar los tuyos.

Cuando te das cuenta de que ya nadie lleva hombreras, cortas en pedazos tus viejas camisas. Cuando los hombres de la televisión se van volviendo cada vez más parecidos a las mujeres, tú quieres que tu marido siga la moda: que sea un padre hogareño, que haga bromas sobre su peso y las tareas domésticas y que luego se relaje tomando unas cervezas con los amigos al final del día, todo eso al tiempo que puede ponerse una preciosa chaqueta de terciopelo de Gucci diseñada por Tom Ford.

Por la noche, mi madre preparó un gran banquete. Nos sentamos en la mesa del comedor. Estábamos todos allí, rodeados de un enorme banquete. Bebimos vino. No hicimos caso a las bombas. Comprendimos que, si íbamos a morir, al menos estaríamos juntos y con el estómago lleno. Me sentí como si estuviera en una de esas películas de la Segunda Guerra Mundial. Una rica familia judía se sienta a cenar, negándose a creer lo que está ocurriendo a su alrededor, y, de pronto, entran los agentes de la Gestapo y empiezan a disparar. Vi cómo las copas de cristal se hacían añicos, vi cómo mi hermana cogía a los perros y se escondía debajo de la mesa, vi cómo disparaban a mi padre, la sangre roja sobre su camisa blanca de lino, a mi madre gritando histérica. Vi cómo mis hermanos se levantaban de sus sillas de un salto e intentaban derribar a los agentes armados.

Pestañee e intenté sacarme esos pensamientos de la cabeza. Esta noche quería estar alegre, por mis padres. No quería que se preocuparan por mí. Hacía mucho que no

comíamos todos juntos así. Intenté memorizar todos los detalles de la velada porque pensé que quizá algún día tendría que recrear esa seguridad para mis propios hijos.

Volverá a haber guerra y mis hijos la sufrirán, me guste o no. Es la realidad del Líbano.

Estamos hartos.

Ha pasado casi un año desde que terminó nuestra guerra de verano y, sin embargo, sigue habiendo bombas. Esta vez vienen de nuestro propio terreno. Están siendo asesinados políticos y periodistas y el país entero está dividido con respecto a quién está detrás de todo ello. El país está prácticamente partido en dos y se teme que estalle otra guerra civil.

Los asesinados: políticos (y sus guardaespaldas, porque dio la casualidad de que estaban al lado), periodistas, transeúntes inocentes o civiles que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

El método: coches bomba.

Los autores: desconocidos.

Conclusión: estamos todos jodidos.

Cuando estallaron los primeros coches bomba, descubrí que me lo tomaba con mucha tranquilidad.

El primero estalló en el otro extremo de mi barrio. Habíamos comprado *sushi* para llevar y estábamos en casa comiéndonoslo cuando oí un gran estruendo seguido del ruido de las ventanas al vibrar.

–Es una bomba, ¿no? –dije mientras me volvía hacia Mazen y le miraba sin ningún temor en los ojos. Estaba sorprendida. Habían pasado meses desde la última vez que había oído algo así, meses desde que terminó la interminable guerra de verano, pero seguía reconociendo ese sonido.

–No, qué va, no te preocupes, sólo son fuegos artificiales.

–Mazen, no pasa nada, no tienes por qué mentirme. Si sobreviví a la otra guerra, puedo sobrevivir a ésta. No nos queda otra, ¿no? Simplemente no me mientas, por favor. El verano pasado comprendí que, si quiero vivir aquí, tengo que estar preparada para la realidad de la vida aquí. Ya no soy la misma persona de antes. He dejado de preocuparme por las cosas. No me da miedo morir.

Era cierto, todo había cambiado desde que Maya no estaba. No me da miedo morir. He comprendido que acabaré muriendo. Y también mi marido. Y mi familia. Y mamá. Y papá. Tapi. Mis hijos. Eso es la vida.

La vida sin Maya. Tengo la sensación de que, incluso durante la guerra, la vida era un poco mejor. Porque estaba Maya.

Recuerdo que un día, en mitad de la guerra de verano, Maya y yo decidimos saltarnos la norma y salir de casa para ir a la playa. Necesitábamos pasar un rato fuera de casa. Para entonces, habíamos comprobado que los bombardeos israelíes seguían un patrón. Dentro de la estupidez de la guerra, se revelaba una pequeña rutina de la que podíamos fiarnos. De tres a seis de la tarde: a esa hora, se tomaban un descanso.

–Solamente tenemos que asegurarnos de volver a casa antes de que empiece a anochecer, porque normalmente a esa hora empiezan a bombardear Dahiyeh –explicó Maya–. Qué coño, no voy a dejar que mi verano entero se eche a perder. Como si la radioterapia no me estresara ya lo suficiente... Si pasa todo el verano sin que hayamos ido a la playa al menos una vez, me uniré a Hezbolá y empezaré a defenderme.

Pensamos que el lugar más seguro al que podíamos ir era el hotel Movenpick, junto a las tristemente célebres Rocas de las Palomas. Era donde estaban alojados todos los periodistas y desde donde retransmitían sus noticias. No había una verdadera playa, pero nos contentamos con ir a la piscina. Nuestro único miedo era que, debido a las estrictas medidas de seguridad, era muy probable que no nos dejaran entrar.

A las tres en punto, salí de casa y fui al encuentro de Maya. Me estaba esperando bajo el toldo de su edificio. Llevaba el pañuelo atado a la cabeza sin orden ni concierto. Parecía un poco inquieta, pero era comprensible. Maya, joven y divorciada, con cicatrices en la parte inferior de la espalda por las radiaciones, calva por la quimioterapia, tenía todo el derecho del mundo a estar un poco inquieta por estar tomándose un respiro para ir a la playa en mitad de una guerra.

–*Yala*, inútil, vamos a hacerlo –llenó mi coche con su acento de Mr. T mientras entraba a toda velocidad y me abrazaba.

–¡Sí! Y vamos a buscarte un periodista extranjero macizo.

Maya se giró y sonrió.

–¿Quieres ver algo absolutamente genial? –dijo al tiempo que apretaba el botón con el que el techo de mi Smart descapotable se deslizaba automáticamente. Cuando la capota estuvo del todo abierta, saltó sobre su asiento, se puso de pie, sacó la cabeza del coche y se arrancó el pañuelo–. ¡Tachán! Mira, Beirut, mírame ahora.

Mientras conducía lo más rápido que podía, volví la cabeza y la miré. A través del techo del coche y del resplandor del sol del verano, vi que Maya llevaba puesto un gorro de baño de goma de color azul claro y con adornos de margaritas. Se lo había regalado yo casi diez años antes. No me podía creer que aún lo conservara.

–¡Nadie tiene por qué verme la puta calva! –le gritó a Beirut. Cuando se dejó caer en su asiento, vi que tenía los ojos llorosos. No estaba segura de si estaba llorando o si era sólo por el roce del viento en los ojos. No pregunté.

Llegamos al hotel sanas y salvas y, milagrosamente, nos dejaron entrar en la piscina. Creo que el guardia de seguridad dio por sentado que éramos prostitutas y que nos habían llamado del hotel para algún cliente.

Maya, sin avergonzarse de sus cicatrices, se arrancó los pantalones y se zambulló en la

piscina. Yo me metí en el agua tras ella, tan rápido que casi no me dio tiempo a quitarme las sandalias. Fue una maravilla. Nos quedamos un rato flotando boca arriba sin decir nada. Se estaba bien. Se estaba bien en silencio. Al cabo de unos minutos, el viento aproximó nuestros cuerpos. Noté cómo el codo de Maya me rozaba la muñeca. Alargué el brazo y le cogí la mano, con cuidado, para que ninguna de las dos nos diéramos la vuelta.

–Tía, Maya, ¿te das cuenta de que podrías tener a quien quisieras de aquí? A los extranjeros les encantan las libanesas divorciadas. Vamos, que como saben que ya no eres virgen, automáticamente les interesas, porque saben que llegarás hasta el final con ellos.

Soltó una risita nerviosa y nos quedamos flotando. Era la primera vez que hacíamos algo divertido desde que había empezado la quimioterapia.

Seguimos flotando.

Eso fue hace un año.

Ahora hay otra guerra. En un mes, han explotado seis bombas en distintas zonas de la ciudad. Ha surgido un nuevo patrón. Explota una bomba; te enteras de alguna manera, bien porque directamente la oyes, bien porque alguien te llama para asegurarse de que te encuentras bien. Con la última, me enteré a través de un amigo de Yemen que me envió un mensaje al móvil. Corrí a la televisión y ahí estaba: una explosión justo al lado de casa de mis padres. No tenía ni idea. Llevaba media hora fuera, en el balcón, regando las plantas. No la había oído. El viento soplaba en mi contra aquel día.

Cuando explota una bomba en Beirut, la primera reacción es coger el teléfono y llamar a todos tus seres queridos para asegurarte de que se encuentran bien. Después, llamas a sus padres. A continuación, llamas a cualquier amigo que pueda vivir por la zona donde ha estallado la bomba. Como toda la gente que tiene teléfono está llamando a la vez, suele ser difícil contactar, desde el punto de vista técnico, y emocionalmente resulta agotador, es como una tortura. Para cuando consigues contactar con alguien, ya te ha invadido el pánico y tu imaginación está funcionando a toda máquina.

¿Y si Nemo iba conduciendo por la carretera que hay cerca del lugar donde ha explotado la bomba? Siempre va por esa carretera. ¿Y si iba conduciendo por allí justo en ese momento? ¿Por qué no coge el teléfono?

¿Y si Lana estaba en la playa que hay cerca del lugar donde ha explotado la bomba? Siempre va a esa playa. Dijo que iba a ir a la playa ese día. ¿Y si está allí? ¿Por qué no coge el teléfono?

Y Sara, la hermana de Maya, vive justo al lado. ¿Habría oído la explosión? Claro que la ha oído, ha sido justo en su calle. ¿Por qué no coge el teléfono? ¿Por qué tampoco lo coge su madre?

Llamé a mi hermana al tiempo que veía las noticias en la televisión. Miré a los policías y los soldados que caminaban entre los escombros. ¿Oirían ellos el teléfono de mi

hermana y lo cogerían? Llamé y pensé que alguien en la televisión contestaría a mi llamada.

Estoy harta. ¿Cuánto tiempo se supone que tiene uno que luchar, que enfrentarse al matón? ¿Y si el matón es tan grande que no puedes verlo en su totalidad? Sólo alcanzas a ver un brazo o una pierna y te preocupa lo grande o complicado que es. ¿Y si al matón se le da muy bien engañarte? Te hace creer una cosa y, a continuación, te golpea con fuerza por la espalda, cuando menos te lo esperas. El golpe te destrozará. Será tan fuerte que te dejará sin aire y hará que te tambalees hasta ir a parar al suelo, donde es posible que aterrices en tu propio vómito.

No soy Superman. No soy Tarzán. Beirut y yo nos hemos derrumbado y nos hemos reconstruido muchas veces, pero ¿cómo sé si puedo seguir haciéndolo? ¿Cuánto tiempo tienen que seguir así las cosas?

Beirut, quiero muchas cosas de ti. Me das un poco, pero me quitas muchísimo a cambio.

Maya, no me da miedo morir. De un modo u otro, conseguiremos cumplir nuestro sueño. Dos viejas chochas de ochenta años con sombreros ridículos, con chepa, sentadas en un balcón, bebiendo vodka con zumo de naranja, escuchando a Dino, contando chistes y con vestidos de lunares de seda. Estaré allí, en el balcón. Sea como sea, tú estarás allí. Te estaré esperando.

Recuerdo el día en que terminó la gran guerra, el verano pasado. Maya me llamó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Se acabó!

Se reía como loca. Yo lloré y reí al mismo tiempo. Recuerdo que el teléfono se me resbalaba de la oreja todo el rato porque estaba lleno de lágrimas y mocos. No podía dejar de llorar y reír. Podía imaginarme a Maya a través del teléfono. Estaba tumbada en el sofá, viendo las noticias. Su precioso pelo estaba empezando a crecerle de nuevo. Parecía un patito, con un fino plumón. Llevaba su camiseta favorita, la azul turquesa en la que ponía «I Love Falafel». Había adelgazado tanto por la quimioterapia que la piel le colgaba alrededor de los brazos. Los pantalones de pijama rosas se le caían y le quedaban por debajo de las caderas. Había dejado de llevar sujetador meses antes, cuando supo que no iba a salir de casa en una buena temporada. Mientras gritaba «¡Se acabó!», daba saltos encima del sofá. Sus brazos y sus pechos se agitaban en el aire. Podía imaginármelo a través del teléfono. Estaba graciosísima con su preciosa calva. No podíamos dejar de reír.

¿Cómo termina? ¿Cómo termina, sin más? ¿Es una guerra igual que una máquina? ¿Simplemente la apagas? ¿Cómo controlas la furia del hombre? ¿Cómo te aseguras de que retira el dedo del gatillo? ¿Cómo puede estar primero disparando sin el menor remordimiento, al poco rato en silencio y, al día siguiente, en la cama con sus enemigos? ¿Cómo le haces llegar la noticia cuando aún está en las trincheras? ¿Cómo sabe cuándo tiene que dejar de disparar?

¿Es un alto el fuego como la voz de Dios? ¿Cae del cielo de repente, como una lluvia, con la fuerza suficiente para que pueda oírlo el mundo entero? ¿Te limpia el corazón y te hace olvidar? ¿Qué pasa al día siguiente del alto el fuego? ¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¿Sigue abierto tu bar favorito? ¿Volverás a trabajar? ¿Querrá alguien gastarse el dinero en tus cuadros? ¿Puedes ver repeticiones en la televisión sin sentirte culpable? ¿Encontrarás una nueva meta en la vida? ¿Una que tenga un significado? ¿Una por la que merezca la pena vivir?

La guerra del verano de 2006: El blog de Zena

13 de agosto, 2006 02:41

en la víspera del alto el fuego, tengo sentimientos encontrados.
doy gracias porque se acerca el final.

sin embargo, ahora nos espera el trabajo de verdad. no se trata sólo de rehacer nuestras vidas, reconstruir el país y levantar la moral, sino también de avanzar verdaderamente en todos los ámbitos. la guerra infunde odio a la gente. nosotros, como seres humanos..., tenemos que asegurarnos de no entrar en el círculo vicioso del odio. tenemos que estar por encima de la política y hablar como ciudadanos de la hermosa Madre Tierra. creo que no nacemos para odiar. creo que el odio está condicionado por cosas como el miedo, la violencia, la opresión y las discordancias.

nadie debería tener que vivir con miedo. nadie debería tener que ser víctima de la violencia.

parece que, hoy en día, la violencia y el miedo gobiernan nuestras vidas. están constantemente en la televisión y en las noticias..., pero no debemos permitirlo. es un disfraz que utiliza la gente egoístamente para su propio beneficio. la realidad de la vida es el amor, no el miedo. debemos recordar eso. la vida es hermosa... es como las infinitas posibilidades de la juventud... es como el primer beso... os acordáis de esa escena de Matrix (la tercera), justo al final? cuando Neo y Trinity entran en la Ciudad de las Máquinas... van pilotando su nave, cogidos de la mano... el amor los guía a través del campo de batalla. entonces, salen disparados hacia al cielo, alejándose de la oscuridad, penetran en las nubes eléctricas..., luchando por salvar la vida... y entonces, de pronto, las atraviesan y, desde el otro lado, ven la Tierra tal y como es en realidad: hermosos cielos despejados... y, entonces, Trinity dice: «es precioso».

me pregunto si nosotros podemos hacer lo mismo.

si he aprendido algo en este último mes, es que la vida es algo muy valioso. en un segundo, tu vida entera puede cambiar. un día estaba descolgando cuadros de una galería, a punto de mandar cada uno a su nuevo dueño... a la mañana siguiente, nuestro aeropuerto estaba siendo bombardeado y estábamos en guerra. así de fácil.

la vida es algo muy, muy valioso.

Un día, poco después del alto el fuego de 2006, Maya decidió que ya había tenido bastante. Se dio cuenta de que, aunque la guerra había terminado, en realidad no había cambiado nada. Había muchísima tensión. El nudo en el estómago, los ataques de ansiedad, el miedo a cuándo iba a ocurrir otra vez lo mismo. Fue facilísimo la primera vez, podría ser igual de fácil la siguiente. Empezaron a llegar las avalanchas de pesadillas. La gente que por fin podía dormir se dio cuenta de que los miedos del mundo de los sueños eran mayores que los de la realidad. Desapareció el deseo de conseguir dormir

una noche entera. El mundo real estaba habitado por edificios y puentes destrozados. En los sueños, vivían todos los muertos.

Maya vio la realidad de Beirut y se dio cuenta de que todo era una estafa. Empezó a desengañarse cuando se celebraron todos los entierros colectivos de la guerra, cuando por fin se dejó descansar en paz a todos los cuerpos que se habían dejado abandonados hasta que se descompusieran. Vio la realidad de los ciudadanos hartos y resentidos que se habían inventado un mundo ficticio en el que vivir y que poco a poco empezaron a contagiarse con todos los nuevos virus que flotaban por el aire, producidos por las toxinas que salían de los edificios destruidos y de los cadáveres en descomposición.

Vio que Beirut no es más que un peón dentro de un juego mucho mayor. Que siempre seremos su ejército, nos guste o no. Que aquí nunca tendremos pleno control sobre nuestras vidas. Beirut es una furcia y todo el mundo quiere su parte.

El vertido de petróleo. La nube que había cubierto Beirut durante tres semanas, producida por la quema de combustible, se depositó en los pulmones de Maya. Nuestros vecinos se las arreglaron para matar a mi mejor amiga sin apuntarla siquiera con una pistola a la cara. ¿Quién será el siguiente? Y ¿saben que ellos también están envenenados? Y el pobre Mediterráneo al que tanto amamos todos, ¿por qué lo dejasteis marcado al quemar vuestro petróleo?

No me di cuenta de que Maya nos estaba dejando. Ella estaba en casa y yo estaba intentando limpiar el petróleo de nuestras playas. Yo inhalaba los gases y ella los exhalaba por mí. Ella metió en su cuerpo las toxinas que consiguieron entrar en el mío. Ella se las quedó para que yo pudiera vivir. Tendría que haber estado sentada a su lado. Acurrucada en sus brazos, viendo repeticiones en la televisión. Pero, por algún motivo, no estuve con ella. Quizá sabía que se estaba yendo. Quizá es la naturaleza: tuvimos que renunciar a Maya para poder tener un futuro. Quizá simplemente no quise enfrentarme a la realidad. Quizá era más fácil concentrarme en el trabajo y soñar que iba a solucionar los problemas medioambientales del Líbano.

Éstos son los primeros junio, julio y agosto que he pasado en el Líbano sin Maya. Me pregunto cuánto tiempo voy a durar. Pienso en mi historia. En mis abuelos y todo lo que tuvieron que pasar en el Nuevo Mundo. La esquizofrenia y la decepción que he sentido con respecto a Amrika a lo largo de mis múltiples vidas. La sensación de ahogarme en medio del Atlántico. En mi tía abuela, la espía infame. En mi abuela, a la que una vez secuestraron en su pueblo. En mi madre, que una vez vio cómo ardía su vestido. Mi hermana, la guerrillera paramilitar. Mis amigos, adictos a las pastillas. Mis hombres, encantadores y atormentados.

No puedo evitar pensar que formo parte de algo mucho mayor que esta puta a la que llamamos Beirut. Que quizá Beirut no es lo que parece. Que, dentro de unos años, puede que alguien lea esto y ni siquiera sea capaz de encontrar Beirut en un mapa. Será la ciudad perdida de la Atlántida. Se ha construido a sí misma siete veces, pero ¿cuánto

tiempo puede durar esta pantomima? Un día, todo terminará. Y cuando eso ocurra, será hermoso.

Caminaré hasta la playa. Estará limpia. Maya ya estará allí, esperándome. Nos sentaremos y veremos la última puesta de sol. Por la mañana, mi bisabuelo Nasif emergerá del Mediterráneo y me cogerá de la mano. Me pedirá perdón por haberme soltado la primera vez y prometerá no volver a hacerlo nunca. Nos meteremos en el agua y no tendré miedo. Cualquier cosa es mejor que la guerra. Incluso la muerte.

Beirut es demasiado grande para llevar un vestido de novia.

No puede vivir eternamente.

Te quiero, Beirut.

–¿Por qué no tienes hijos?

Por fin rompió su silencio. Llevaba media hora larga paseando con ella por mi exposición. Explicándole por qué utilizo purpurina y que no acepto que pongan la etiqueta de *kitsch* a mi trabajo solamente porque utilizo purpurina. Cómo descubrí, a través de un amigo, que la purpurina es como Dios. La purpurina refleja la luz.

Estábamos paseando por la instalación cuando por fin decidió hablarme. Le había hecho quitarse los zapatos. No estaba segura de si tendría el valor de pedirselo; a las mujeres les da miedo exhibir cualquier imperfección de su cuerpo y, como es de suponer, confié en que ese día sus dedos de los pies estuvieran perfectos y olieran a rosas recién cortadas.

La instalación era un santuario dedicado a la guerra civil del Líbano. Estaba compuesto de telas moradas, rosas y doradas, luces de colores, purpurina e incienso. Como un altar del Día de los Muertos de tamaño natural. En el centro de la sala colgaba una escultura que había hecho de Dios. Como no podía representar la apariencia física de Dios, simplemente hice el nombre con cartón. Había pintado el cartón de color plateado y le había pegado trozos de cristal que reflejaban la luz procedente de un foco. Era una enorme bola de discoteca celestial.

Creo que mi invitada no se fijó en la escultura al pasear por la instalación, pero, cuando por fin decidió hablar, dio la casualidad de que estaba parada justo debajo.

Tenía una voz dulce, distinta de como me la había imaginado. Su árabe no era perfecto; me recordó a mí. Despegó los labios para hablar.

–¿Por qué no tienes hijos?

Naturalmente, no era eso lo que esperaba oír, y, por lo absurdo de la pregunta, me quedé sin palabras.

Ahora me pregunto quién me estaba hablando realmente. ¿Y si Dios me estaba hablando a través de ella? ¿Había alguien comunicándose conmigo desde el mundo de los muertos, atravesando el santuario, metiéndose en la escultura de Dios y saliendo por los dulces labios de mi invitada? Nunca lo sabré exactamente.

–Me da miedo –respondí, avergonzada. No podía mirarla a los ojos. Tenía la mirada fija en el suelo. Bien a salvo.

–No tengas miedo. Pueden ayudarte con tu trabajo. Es más, puede que sean capaces de hacerlo mejor, nunca se sabe. No pierdas más tiempo. No eres la primera ni serás la

última mujer en tener hijos. Dentro de seis meses, quiero que me llames y me digas que estás embarazada.

–Umm..., sí..., bueno. Si quieres... Quiero decir, supongo que... si quiero yo. O sea..., eh..., ya veremos.

Cuando se fue, salí a la calle y me senté en las escaleras que conducían a la galería. El cielo tenía un color azul oscuro. Estábamos en mayo. Olía a lluvia. Una lluvia cálida. El tiempo estaba cambiando claramente. Había una brisa fresca que se abría paso desde el mar, desde detrás de la galería. Recuerdo que pensé que quizá aquella fuera la última semana en la que notaría esa brisa. Muy pronto tendríamos encima el calor asfixiante del verano. Me descalcé y froté las plantas de los pies contra el cemento del escalón. Era una sensación agradable. Me subí la cremallera de la sudadera rosa fosforito, me tapé la cabeza con la capucha, crucé los brazos por delante del pecho, me incliné hacia delante y, finalmente, llegaron las lágrimas. Al principio, eran suaves y frías. Brotaban poco a poco. Pero después el dique se rompió. Los interrogantes, lo desconocido.

Llamé a Mazen y le pedí que viniera a la galería para poder contarle la historia. En aquel momento, quería hacer el amor con él. Quería quedarme embarazada allí mismo, en la galería. Quería hacerlo y esperaba que mi experiencia con mi maravillosa visitante me impidiera echarme atrás, como había hecho casi siempre hasta entonces. ¿Hago caso a esa mujer, que es posible que esté hablando en nombre de Dios? ¿Debo hacerlo, sin más, aquí y ahora? ¿Qué hago? ¿Qué hago?

¿Estás ahí, Dios? Soy yo, Zena.

Aquella noche, mi marido y yo dormimos cada uno en un extremo de la cama. Tenía miedo a una inmaculada concepción y no me atrevía a tocarle. En este preciso momento, puedo decir sin miedo a equivocarme que sigo sin hijos. Quiero volver a ver a mi encantadora invitada, pero me temo que se sentirá decepcionada. No puedo soportar esa clase de presión.

La última vez que nos acostamos, sabía que sería nuestra última vez. Estuvimos a punto de no hacerlo. Él dijo que aquello no estaba bien. Yo le dije que aún éramos marido y mujer.

Lo hice lo mejor que sabía. Le amé con todo mi cuerpo. Quería dejarle algo que no pudiera olvidar nunca. Quizá eso ayudaría a que se sintiera mal cuando el divorcio fuera definitivo. Quería que se sintiera mal más adelante haciéndole sentir bien ahora.

Me puse encima de él y tomé el control. Moví las caderas. El pelo me caía sobre la cara. Susurré. Le lamí las orejas. Le arañé el pecho. Era prácticamente otra mujer. La mujer con la que no podía ni imaginarse que se acostaría. Quería que se acordara de esa mujer cuando el divorcio fuera definitivo. Y en el futuro, cada vez que se acostara con otra mujer, quería asegurarme de que se acordara de mí. De que siempre viera mi cara al mirarla a ella.

No puede dejarme. No en este momento. No después de todo lo que ha ocurrido.

Le di lo mejor de mí. Aquella noche, con mi cuerpo, le di a una mujer que nunca podría olvidar. Puede que hubiera decidido dejarme, pero me aseguré de que jamás pudiera olvidarme.

Beirut, dame fuerzas.

Beirut, otro hombre que se va.

Beirut, te culpo.

Te odio, Beirut.

18

Nos divorciamos.

Durante la amarga fase de los gritos, los reproches y las acusaciones, hubo un profundo silencio. Mi boca hablaba, pero mis oídos estaban cerrados. Sólo había un zumbido sordo en mi cabeza. Cada vez que él abría la boca para gritar, yo me desconectaba. No oía nada, solamente le miraba a los ojos. Unos ojos monstruosos de color rojo sangre que escupían fuego. Unos ojos en los que una vez quedó atrapado mi corazón y que ahora lo rompían en pedazos brutalmente. Unos ojos que una vez me parecieron del suave color de la miel, ahora oscuros y enfurecidos. Huecos, un abismo sin fondo hasta el infierno. Vacíos, como su corazón. Egoístas. Salivosos. Feroces.

–No me conoces. No me quieres.

–¿Yo? ¿Y tú qué? Tú no me conoces. Dejaste de quererme.

–Yo nunca dejé de quererte. Solamente estaba triste. ¿Es que no puedo llorar una pérdida?

–Dejaste de quererme. Quieres más a Maya que a mí.

–¿Qué? Maya está muerta. ¿Se puede saber qué problema tienes?

–Maya está muerta y, aun así, tú sigues queriéndola más que a mí. Ahora la quieres incluso más que cuando estaba viva. Hay fotos tuyas por todas partes, lloras todas las noches, ¡te emborrachas todas las noches! Y todo por Maya.

–Me emborracho por tu culpa, no por la de Maya. Porque no sabes quererme. Porque tú me dejas beber, por eso bebo. Ni siquiera intentas detenerme, parece que quieres que la cague a propósito.

–Bien, pues bebe. No tengo por qué aguantar esto. Ya ni siquiera me tocas. Llevas meses sin acostarte conmigo y ha pasado un año desde que murió Maya. Esperé, pero no cambió nada. Al principio te di tu espacio, pero ya no aguanto más. Los hombres necesitan sexo. Yo necesito sexo. Si no lo hago contigo, con mi mujer, voy a tener que buscarlo fuera.

–Eso ya lo estás haciendo. Deja de amenazarme, sé que tienes una aventura. Sé que hay otra mujer.

–Zena, cállate. No hay nadie, sólo somos amigos.

–No, no lo sois. He estado espiando tus mensajes, los he leído mientras dormías. Te estás acostando con ella, ¿verdad?

–Zena, si no paras, entonces sí que empezaré a acostarme con ella. Y no sólo con ella,

sino con todas las que encuentre. Así que ya basta. Cállate. No me presiones. Da gracias de que no te estoy poniendo los cuernos.

¿Dar gracias? ¿Dar gracias? Dar gracias.

Di gracias por seguir viva. Cerré los ojos y pensé en Maya. Maya, no es culpa tuya. Tengo derecho a llorarte. Tengo derecho a llorarte.

Miré a Mazen. Se acabó. No quería seguir teniendo que darle las gracias, así que lo pedí.

Quiero el divorcio.

Quiero el divorcio.

Quiero el divorcio.

Lo hice. Nunca podría borrar esas palabras. Habían salido, los pensamientos se habían materializado. Y, de algún modo, supe que tendría la fortaleza suficiente para llevarlo a cabo. Beirut estaba escuchando la conversación; supe que ella me llevaría en sus brazos, podía contar con ella.

¿Cuánto se supone que tenemos que aguantar? ¿Esperamos a que nos engañe físicamente para poner fin a la relación? Eso suponiendo que llegemos a hacerlo. ¿Cuál es la diferencia entre una infidelidad emocional, una mental y una física? ¿No son todas iguales? ¿Cuánto maltrato se supone que tenemos que soportar? ¿Cómo llevamos la cuenta, lo medimos y lo calculamos? ¿Cómo sabemos con seguridad que la otra persona está en el mismo nivel? ¿Es justo esperar tanto de una persona?

El divorcio existe porque existe el matrimonio.

¿Y si la sociedad estuviera estructurada de otra manera? ¿Y si el sistema en el que vivimos ahora no es lo suficientemente bueno? La revolución está a la vuelta de la esquina. Todas las estructuras sociales actuales están empezando a fracasar. Todas las estructuras sociales actuales se extinguirán pronto. Los días de «mamá Mary» y «papá Bob» e «hijo Dick» e «hija Jane» y su perro «Spot» terminarán pronto. Lo anuncié. Lo anuncié el día en que pedí el divorcio.

Si voy a derrumbarme, pienso llevarme por delante al mundo entero.

En Beirut hay muchos hogares rotos. Antes siempre le echaba la culpa a la guerra. Puede que no sea por la guerra. Puede que el problema no sea de Beirut. Puede que lo que está mal sean los sistemas que se le han impuesto. Puede que ella no estuviera hecha para aguantar a los seres humanos y sus tonterías. Estúpidos humanos que sólo quieren recibir. Que quieren que les den cosas. Amor. Seguridad. Objetos. Reconocimiento. Un hogar. Una descendencia. Puede que ése sea el primer motivo por el que nos casamos. Intuimos que, a través de la unión del matrimonio, tendremos asegurados ciertos sentimientos, derechos, objetos y, por supuesto, relaciones sexuales.

¿Es imposible hoy en día solamente flotar? ¿Y respirar? ¿No planear nada?

¿Solamente quedarse ahí?

Sin moverse.

En calma.

Hubo una época en la que parecía posible.

En Nigeria, solía llenar la bañera y sumergirme en el agua hasta la altura de las orejas. El agua siempre era de color óxido, pero eso nunca me preocupó ni me importó. Una vez que tenía las orejas bajo el agua, lo único que oía era el latido de mi corazón y no había ninguna otra cosa en el mundo que importara. Todo era silencio. Todo lo demás, todo el ruido, quedaba ahogado, literalmente. De algún modo, mi vida dejaba de existir. Simplemente me quedaba flotando. La trayectoria de mi vida se descomponía en acontecimientos. Acontecimientos que no estaban relacionados entre sí, sino que aparecían en forma de episodios, o destellos, con cada latido del corazón. La jerarquía en todas sus formas dejaba de tener sentido. Ninguna cosa era más importante que otra. Un acontecimiento era igual al siguiente.

El acontecimiento de mi matrimonio es igual al acontecimiento de mi divorcio.

Los treinta y cuatro días de la guerra de verano, iguales a los veinticinco años de guerra civil.

Rumi igual a Shams.

Zena igual a Maya.

19

Mientras todos los periódicos extranjeros siguen escribiendo sobre la guerra que tuvo lugar hace dos veranos, ha habido otras tres guerras desde entonces que no han tenido ninguna cobertura mediática.

La guerra en mi corazón.

La guerra en mis calles.

La guerra para conservar Beirut.

El otro día, en la calle Hamra, iba de camino a una reunión cuando me choqué con una ametralladora. Acababa de salir de mi nuevo apartamento y me sentía fuerte e independiente. El divorcio no se había llevado lo mejor de mí. Ni hablar. Beirut, aún puedo enfrentarme a ti.

Iba por Hamra de camino a una reunión. En Beirut, los policías llevan ametralladoras semiautomáticas, no pistolas. Él iba caminando unos pasos por delante de mí y llevaba la ametralladora colgada del hombro derecho, apuntando hacia abajo. Se balanceaba a un lado y a otro con cada paso que daba. Giré un poco hacia la izquierda. Caí en la cuenta de que, si el policía no tenía cuidado, si la ametralladora no tenía el seguro puesto, perfectamente podría disparar una bala en mi dirección. No quería correr ningún riesgo, así que giré a la izquierda y, sin darme cuenta, me choqué contra otro policía que estaba parado a ese lado. Estaba tan concentrada en el que tenía delante que no vi al otro. Con el mismo ímpetu con que yo había intentado evitar la primera ametralladora, la segunda fue directa contra mí. Directa contra mi entrepierna.

Ya estamos otra vez: Beirut y mi entrepierna.

Pero esta vez no tenía a Maya para salvarme.

Ametralladoras. Desde la guerra de verano, hay muchísimas. Y la gente ha dejado de enamorarse.

Pervertidos, con sus rifles montados, listos para disparar, listos para penetrar en sus objetivos con sus proyectiles, armados, preparados, sudorosos, apestosos, vellosos, mohosos.

Me restregó la ametralladora contra la entrepierna.

Abrí la boca para decir algo.

Ofensivo: podría meterme en un lío, ¿y si estaba equivocada?

Amable: estaría permitiendo que se saliera con la suya, ¿y si había sido a propósito?

Si lloraba, sería una derrota.

Lo hizo a propósito, lo sé. Desde la última guerra, se han incrementado las medidas de seguridad en las calles. Los amrikanos nos han estado enviando todos sus camiones, armas y tanques usados. Han estado enviando a las Fuerzas Especiales de Estados Unidos para que entrenen a nuestros encantadores jóvenes. Jóvenes que antes eran incapaces de parar a las chicas guapas por la calle y que ahora les impiden el paso con sus bloqueos. Jóvenes que antes inclinaban la cabeza en señal de respeto hacia ellas y que ahora las apuntan con sus ametralladoras.

Lo hizo a propósito, lo sé.

Pervertido.

Todos lo son. Todos esos policías. Los que teníamos antes vestían de azul y gris, pero éstos, los nuevos, son azul oscuro. Son las nuevas fuerzas de seguridad, perfeccionadas y expresamente adiestradas.

Unos perversos, eso es lo que son, por alcanzarme con sus ametralladoras. Por bloquear mi calle, por estar en todas las esquinas. Antes no teníamos esa clase de hombres. Sus cuerpos son de aquí, sus corazas. En su interior, sin embargo, se ha plantado una semilla y está creciendo una nueva clase de monstruo.

Perversos.

Todos lo son, con sus ametralladoras en la mano: «clic, clac, cargar y asegurar».

Hoy en día, para explicarle a alguien cómo ir de un sitio a otro, se utilizan los tanques como puntos de referencia. Para indicar cómo llegar a una calle, se dice con toda naturalidad que hay que girar a la izquierda no en el primer tanque, sino en el segundo. Qué fácil se ha vuelto decir cosas como ésa.

El otro día, Nur fue a una fiesta en la embajada amrikana. No se ha apartado de mi lado desde mi divorcio. Creo que Maya me la envió. Creo que Beirut me la envió. Cuando se cierra una puerta, se abren diez ventanas, ¿no dice eso el refrán?

Nur fue a la embajada. La fiesta se celebraba la víspera del Día de San Patricio. Conoció a un tipo simpático. Dijo que era educado y que no estaba mal conocer hombres educados para variar. Él le pidió su número y la llamó unos días más tarde. Después de charlar un rato, él le preguntó si quería que quedaran para ver una película. Ella dijo que no le iban mucho las pelis de Hollywood, pero que podía encontrar una película seria de cine independiente, si es que él estaba interesado.

Él dijo: «Sí».

Ella dijo: «Bien».

Pero faltaba la condición. Él no podía salir de la embajada: tendría que ir ella allí. La embajada amrikana está a unos veinte minutos en coche a las afueras de Beirut, o a un mínimo de cuarenta en el caso de que haya tráfico. Y siempre hay tráfico. Está situada en un enclave cristiano en la montaña. Cuando llegas a lo alto de la montaña, hay una sola carretera, que lleva directamente hasta la embajada. Por el camino, hay al menos media docena de puestos de control. Es una fortaleza, no una embajada. Una fortaleza

medieval que utilizan para protegerse de los malvados y violentos *musalman*. Llamarlo embajada es hacerle un favor.

Nur se pasó por mi casa poco después de aquello y me pidió consejo: ¿debía ir a verle allí?

Silencio.

Hoy en día, es muy difícil ser objetiva con respecto a los amrikanos, y no digamos con respecto a los hombres en general.

–Nur, son invitados en nuestro país, pero «no le permiten» andar por ahí sin sus dos guardaespaldas y sus vehículos blindados. Necesitas un hombre que te respete, que respete tu cultura. Si tú puedes vivir en Beirut sin ningún problema, él tendría que poder venir a verte sin ningún problema. ¿Por qué iba a ser lo suficientemente bueno para ti y no para él? Estoy hasta las narices de esa doble moral, dile que se vaya a la mierda. Si no se atreve a llevarte a tomar un café decente en Beirut, no pierdas ni un segundo con él.

–Zena, no todo es blanco o negro. Es simpático. Y ya sabes que han advertido a todos los extranjeros que tomen precauciones. ¡Trabaja en la embajada, por el amor de Dios! Les da miedo que puedan secuestrarle. Creo que no está mal que me pida que vaya yo.

–Puede que tengas razón, pero, en serio..., ¿cuándo fue la última vez que secuestraron a alguien en Beirut? Eso ya no se lleva, ahora somos una ciudad cosmopolita y floreciente, ¡ya no secuestran a nadie! Eso era en los ochenta, ahora estamos en el nuevo milenio. Las tácticas han cambiado. Han evolucionado. Los secuestros ya no funcionan. Si la embajada amrikana advierte sobre los secuestros no es porque se preocupe por sus trabajadores, sino porque no quiere pagar todo el dinero que costaría recuperarlos. Todo es cuestión de dinero. Acuérdate de la guerra del verano, les dijeron a todos sus ciudadanos que tendrían que devolver al gobierno el dinero que costaba evacuarlos. Tuvieron que firmar un papel en el que ponía que les cobrarían la evacuación una vez que estuvieran en sus casas. Sólo intentan ahorrar dinero, no proteger a su gente.

–Ya lo sé, pero ya sabes lo que quiero decir. Existen unas normas. Él tiene que cumplirlas.

–Nur, lo siento si estoy siendo muy dura, pero es que me cabrea muchísimo que, primero, los amrikanos envíen sus bombas a Israel para que las usen para atacarnos y, treinta y cuatro días más tarde, vengan aquí queriendo ser amigos nuestros. Envían sus fuerzas especiales con la tecnología más avanzada para que entrenen a nuestros hermosos hombres y los conviertan en animales. Envían sus armas, de todos los tamaños y formas, y nosotros lo aceptamos sin hacer nada. Puede que el tal Sam sea un encanto, pero representa al monstruo. No voy a dejar que te metas en la boca del lobo. Si de verdad le gustas, que venga a Beirut. Que venga hasta aquí y que pruebe nuestro café espeso y nuestros dulces empapados en miel. ¡A la mierda el café de filtro y los regalices Twizzlers!

–Zena, sí que estás cabreada... ¿Ha pasado algo? Me da la sensación de que todo esto es por algo más que por lo de Sam.

–Estoy bien físicamente, pero no emocionalmente. Ya ni siquiera puedo caminar por mis propias calles. Hay tanques y ametralladoras por todas partes. Y la putada es que ni siquiera son nuestros. O sea, sí que son nuestros, pero no los hemos fabricado nosotros. Y ahora ni siquiera puedo ir andando o conduciendo sin que me apunten a la cara con ellos. Me fui de Nueva York porque estaba harta de que me señalaran por mi raza. Pensé que en Beirut por fin estaría a salvo. En Beirut, donde todos estamos locos y lo tenemos asumido, y donde no hace falta señalar a nadie con el dedo o apuntarlo con una ametralladora. Pero ahora Nueva York me ha seguido hasta aquí.

–Tienes razón. Si de verdad le gusto, tendrá que venir a Beirut y recogerme con un coche normal.

–Nur, no me refería a eso, pero sí, tendrá que hacerlo. Él es ya una imposición. Y nosotros no somos como los japoneses.

–¡Zena! Eso no es muy amable por tu parte.

–No, va en serio. Sin ánimo de ofender a los japoneses, pero, de verdad, ¿cuánta humillación puede soportar un país? A los japoneses les tiraron encima la bomba y ellos no tardaron nada en perdonar. Los metieron en campos de concentración y los sometieron a discriminación racial durante años después de la guerra. Y ahora son amigos íntimos de los amrikanos. Renunciaron a su ejército. Dejaron que los amrikanos construyeran una base aérea en una de sus islas, cuya población ha visto cómo su antiquísima y maravillosa cultura tradicional ha ido desapareciendo y siendo sustituida por hamburguesas y batidos. Los amrikanos nos arrojan sus bombas a través de nuestros vecinos, y ahora nos mandan unidades especiales para reforzar nuestra seguridad. ¿Por qué? Porque así la próxima vez que haya una guerra podrán decir: «Vaya, cuánto lo sentimos. Hemos intentado ayudaros, pero está visto que no tenéis remedio». No, Nur, nosotros somos más que eso. Nos ofrecen los permisos de residencia como en una lotería, como si fuéramos perros hambrientos, y después nos interrogan durante ocho horas cuando aterrizamos en su país. Nos toman las huellas dactilares. Nos hacen fotos. Toman notas. Nos registran cuando ven nuestros nombres. Venden bombas a nuestros vecinos, luego entrenan a nuestros hombres, y luego nos invitan a que vayamos a vivir a su país y gastemos en su economía el dinero que tanto nos ha costado ganar, para que puedan fabricar aún más bombas para vendérselas a nuestros vecinos para que las arrojen sobre nuestra población. ¿Qué clase de esquizofrenia es ésta? No, no tenemos por qué aguantar eso.

–Vale, quizá no deba llamarle. Definitivamente no voy a ir.

–¡Jo, Nur, lo siento mucho! Ya sé que seguramente será un tío estupendo, pero trabaja para el monstruo y no puedes olvidarte de eso. Seguro que viene de una familia maravillosa, puede que incluso tengan una de esas casas de madera con vallas blancas y un perro con el pelo dorado. Pero, aun así, está al servicio de la bestia. A lo mejor va a la iglesia todos los domingos. A lo mejor tiene unos amigos estupendos, y todos respetan a sus padres y tienen una actitud muy generosa ante la vida. Pero si ha optado por apoyar

al gobierno que está matando a nuestra población, entonces no creo que sea la persona indicada para ti.

–Entonces no debería llamarle.

–No, creo que no deberías.

–Mierda. Llevo un montón de tiempo sin sexo, tenía esperanzas de que las cosas salieran bien.

–Pero, a cambio de tener sexo sin complicaciones, creo que es mucho lo que pierdes.

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

–Por ejemplo: cuando haces que un hombre libanés tenga un orgasmo, sabes que lo sientes de verdad. Por toda la tensión con la que tenemos que vivir, sabes que es sexo que ha valido totalmente la pena. Vamos, que no lo has hecho por hacerlo, lo has hecho para confirmar que existes. Cuando tenemos un orgasmo, estamos vivos. Somos reales. No estamos muertos. Cada eyaculación es un canto a la vida. No se da nada por sentado.

–Vale, Zena, ya basta de poesía. ¿Crees que necesitamos el sexo para poder sobrevivir?

–No. Necesitamos el sexo para saber que estamos vivos. Estar vivo y sobrevivir son dos cosas distintas. Yo no quiero sobrevivir, yo quiero estar viva.

»Aunque, claro, hoy te estoy diciendo esto pero, si me preguntas mañana, puede que te diga algo completamente distinto. Así es este lugar. Un día juro que no quiero saber nada más del sexo, al día siguiente estoy llorando porque no tengo relaciones. Un día estoy en mi terraza y pienso que me gustaría poder abrazar a la ciudad que tengo delante, al día siguiente dejo las contraventanas cerradas y no salgo de casa en todo el día. En eso se está convirtiendo Beirut.

–¿Beirut o tú?

–No, Beirut. Yo sólo soy su mensajera. Cuando ella está insegura, yo también lo estoy. Cuando ella está en su mejor momento, yo estoy radiante. Vivir aquí, en esta ciudad, es tener confianza ciega. No puedes pensar o analizar. Y aunque sea una relación de amor-odio, siempre tienes que hacer caso a tu corazón.

–Pero, Zena, tienes el mundo entero a tu alcance, ¿por qué sólo quieres estar aquí, atrapada debajo de algo que no puedes controlar? No sé, tienes otras opciones.

–No, no las tengo. No puedo irme. Nunca he sido feliz en ningún otro lugar. En otras ciudades y continentes, han encontrado formas de mantenerte entretenido. Formas de distraerte por medio de una felicidad simulada. Por muy patas arriba que esté todo, aquí me siento libre. Al menos, cuando estoy deprimida, sé que lo estoy. Me recuerda que estoy viva. Prefiero estar deprimida que sentir una felicidad artificial.

–¿Por qué contigo todo tiene que ser tan extremo?

–No lo es. Así es el mundo de hoy en día. Fíjate en los chinos y en lo que tienen que soportar. Se han convertido en las víctimas de nuestro consumismo. Pronto dejarán de ver el sol, ya está empezando a ocurrir. Y después tendrán que empezar a comprar contenedores de aire limpio para poder respirar. Ellos están sufriendo las consecuencias

de que nosotros queramos tener cosas. Son ellos los que viven en una ciudad que escapa a su control, yo estoy de maravilla aquí en Beirut.

–¿Y qué pasa con toda la contaminación de aquí? Lo que no podemos ver. Ahora hay muchísimos casos de cáncer.

–No quiero hablar sobre el cáncer.

–Zena, no empieces. Tienes que aceptar lo que le ocurrió a Maya. Todas las sustancias químicas de las bombas que nos lanzaron nuestros vecinos. Todo el alquitrán y los gases tóxicos del vertido de petróleo. Los residuos nucleares de los que ayudamos a deshacerse a los europeos a cambio de que nos pagaran, mientras nosotros estábamos con nuestra guerra civil. Está todo en nuestro aire, en nuestra agua, en nuestras verduras y en nuestro suelo. Maya lo respiró. Yo lo estoy respirando. Y tú también.

–Ahora no puedo con eso. Bastante tenemos con todo lo demás. Solamente quiero poder pasar un día sin pensar en guerras, enfermedades, bombas, inestabilidad, depresión, ansiedad, estrés, política y cáncer. Es mucho más fácil olvidar que afrontar todo eso.

–Pero tú siempre te estás quejando de que todo el mundo olvida. De cómo se olvidó la guerra civil. De cómo se ha eliminado toda responsabilidad.

–Quizá. Quizá lo haya hecho. Quizá sea eso lo que pasa en Beirut. Quizá sea cierto que ésa es la única forma de vivir.

–No sé, yo intento no pensar en esas cosas. No olvidar, sino simplemente no pensar tanto.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Le cogí la mano.

–Creo que deberías llamarle. Qué narices, la vida es demasiado corta. Quién sabe, puede que sea el hombre de tu vida, tu «príncipe azul». Puede que tu destino sea dejarnos y vivir en una casa como las de la tele y beber Gatorade y hacer galletas.

–¿Crees que debería llamarle? En realidad no es por el sexo, ya lo sabes.

–Lo sé. Todos estamos deseando formar parte de algo que vaya más allá de Beirut. Algo con lo que distraernos. Algo en lo que creer. El amor. El amor es lo único que nos ayuda a pasar por todo esto. El amor es lo que nos hace vivir. Vivir, no sobrevivir.

–Sí, ¿verdad? Yo sólo quiero volver a estar enamorada.

–Yo también. Cuando estoy enamorada, no veo nada más a mi alrededor. Beirut se vuelve muy animada y estimulante. Mi vida empieza a merecer la pena. No me siento como si estuviera perdiendo el tiempo. Siempre tengo miedo de morirme mañana. No puedo morir sin amor en el corazón, sería demasiado duro.

–Sam es muy educado, ¿sabes? Eso tiene que significar algo.

–Seguro que sí. La verdad es que esos amrikanos son gente muy simpática. Es su gobierno lo que es una mierda. Pero los gobiernos cambian constantemente. Y el amor... El amor puede durar eternamente.

Makram.

Solía escribirle cada vez que llegaba a casa borracha. ¿Qué es lo que hace que te enamores de alguien? Creo que, casi siempre, es porque ves un poco de ti mismo en los demás. O ves los rasgos de la persona que te gustaría ser. Enamorarse puede ser una forma de alimentar el ego. Al querer a Makram, me quería a mí misma. Hay personas que sacan lo mejor de ti.

Siempre contemplé la posibilidad de decírselo, pero sabía que, si lo hacía, nuestra amistad terminaría. Desde la primera vez que hablamos, nuestra relación estuvo basada en lo que no decíamos. Lo que nos hacía sentir a gusto era el silencio.

Los gestos de la mano.

El guiño de un ojo.

Los hombros encorvados. Las sonrisas quedas. Las manchas de tinta en mi dedo, las de nicotina en el suyo.

Las cartas escritas de madrugada bajo los efectos del alcohol.

En la realidad, nos sentíamos incómodos cuando estábamos cerca. En estados alterados, era una maravilla.

Yo me empeñé en poner a Makram en un pedestal. Él representaba una Beirut que yo siempre había querido pero que nunca había podido tener. Él vivió la guerra, la guerra civil, y con muchísimo dolor. Las cicatrices eran visibles en su rostro cansado. En sus gestos y en su porte. Él conocía Beirut con toda su fuerza bruta. Íntimamente. Y aquello no le dejaba vivir tranquilo. Para mí, Makram era una rosa en medio de las malas hierbas. Alto. Diferente. Hermoso. Por fuera aparentaba el doble de la edad que tenía, parecía derrotado y consumido. Sin embargo, si conseguías intimar lo suficiente con él, veías que su cuerpo, su físico, era una fachada. Era un disfraz para desalentar a Beirut. Era un truco para no desentonar. Para esconderse. Para pasar desapercibido cada vez que Beirut agitara su maléfica varita mágica. Si conseguías intimar lo suficiente con Makram, podías ver que sus ojos siempre ardían con un brillo entre verde y marrón.

En los taxis y los autobuses abarrotados, siempre iba con los ojos cerrados. Cuando se paraba en los puestos de control, siempre miraba al suelo. Cuando se abría camino a empellones por una calle, nunca miraba a la gente a los ojos. No se atrevía siquiera a mirar al cielo. Por si éste le veía.

Pero yo le vi.

Nuestra amistad comenzó cuando nuestras miradas se encontraron por primera vez. En una sala con otras cien personas, los dos nos miramos al mismo tiempo y ninguno de los dos apartó la mirada. Seguimos mirándonos.

La semana en que nos conocimos, pensé que había encontrado al amor de mi vida. De repente no dejaba de encontrármelo por todas partes. Nos mirábamos, intentábamos iniciar una conversación, no lo conseguíamos y nos sonrojábamos. A veces se sentaba a mi lado, encendía un cigarro y fumaba en silencio. A veces, yo me acercaba a él y le hacía una pregunta al azar, a la que siempre me respondía con una evasiva. A veces le regalaba piedrecitas. A veces, él me regalaba carretes para la cámara que siempre llevaba conmigo. Una vez le regalé un rotulador negro, un Pigment Liner 0,5 de Staedtler. Una vez, él me regaló una sonrisa, de esas que dicen que él también podría estar enamorado.

Cuando se le empezó a caer su largo pelo, Makram se dejó barba. Era un mecanismo de autodefensa. Cuanto más larga era la barba, mayor era el campo energético que le protegía del aluvión diario de guerra, secuestros, tráfico y decepciones. Cuanto más pelo se dejaba crecer, mayor era la parte de él con que podía reafirmar su lugar en la ciudad. Ya medía bastante más de un metro ochenta, pero la barba le daba una ventaja añadida.

Su apartamento estaba situado en una zona de la ciudad muy edificada, una jungla de cemento con unos edificios encima de otros. Cemento vertido sobre más cemento. Las ventanas eran pequeñas, para que no entrara el caos del exterior. Toda su familia vivía en aquel apartamento diminuto. En el Líbano, no es raro que un hombre viva con sus padres. Lo normal es que no se vaya de casa hasta que contrae matrimonio.

A menudo me preguntaba cómo sería estar casada con él.

¿Aprenderíamos por fin a hablarnos? Hasta la última vez que le vi, siguió siendo siempre la misma historia. La intensidad del dolor que había en sus ojos siempre me hacía comportarme como un payaso. Contenta. Alegre. Superficial. Si nos viéramos ahora, quizá sería distinto. Ya no me asusta el dolor. Sé que sería capaz de mirarle sin sonrojarme. Sé que sería capaz de encontrar las palabras apropiadas. Makram, si estás leyendo esto, quiero que sepas que he encontrado las palabras apropiadas que decirte. No me comportaré como una niña pequeña. Seré una mujer, la mujer que necesitas que sea. Ahora estoy en calma. Soy profunda y de color azul ultramarino. Si me das una oportunidad, tengo mucho que ofrecer.

En verano, solía andar por casa descalzo y sin camiseta. Al atardecer, tenía la costumbre de sacar su *ud* y, vestido solamente con unos vaqueros, tocar para el tráfico de la calle, intentando amansar a su ciudad. Aquello hacía que todos sus vecinos le adoraran. Era el único momento del día en el que no se sentían derrotados. Um Jaled, que vivía debajo de él, cultivó un jazmín en su honor. Mientras él le regalaba su preciosa música, ella pensó que lo único que podía hacer a cambio era regalarle el aroma para sus melodías. Era un pequeño paraíso.

Él nunca me invitó formalmente a su casa, simplemente le seguí hasta allí un día con una amiga. Se sorprendió mucho al verme. Yo hice como si todo fuera normal. Unos

días más tarde, me invité yo misma a hacerle una visita. Sola. Me abrió su madre y me hizo pasar. No me preguntó quién era, solamente señaló al balcón y me dijo con toda naturalidad que Makram ya estaba allí. Quizá estuviera acostumbrada. Quizá siempre fueran chicas a verle. Me acerqué y me senté en el cojín que había junto a sus pies. Estaba tocando su *ud* y no paró para saludarme. Pero sonrió. Yo también sonreí y saqué mi bloc de dibujo. Él tocó. Yo dibujé. No dijimos ni una palabra. Seguí invitándome a su casa.

Una tarde, me fijé en que el pelo del pecho se le estaba empezando a encanecer. Al principio, pensé que era por el reflejo del sol. Apoyé el bloc en el suelo e imaginé que extendía el brazo para tocarle. Quería tocarle suavemente los pelos del pecho con el dorso de la mano. Quería acariciarlos y decirles que no pasaba nada porque hubieran encanecido, porque no era culpa suya.

Apoyé el bloc e imaginé que me levantaba y caminaba hacia él. Imaginé que me quedaba de pie justo detrás de él. Imaginé que ponía mis labios sobre su cabeza, en la que el pelo empezaba a clarear, y la cubría de besos con dulzura. Despacio. Cada beso, bien calculado. Mientras él seguía tocando, sentado con las piernas cruzadas, yo le decía a su cabeza que todo iba a ir bien. Imaginé que mis labios recorrían toda su cabeza. Que sus minúsculos cabellos me abrazaban los labios y me contaban lo molestos que estaban. Molestos porque Beirut les había robado la juventud. Que anteriormente habían sido largos y abundantes, pero que acabaron teniendo que rendirse porque Beirut era demasiado estresante.

Imaginé que apoyaba el bloc y caminaba hacia él. Me quedaba de pie detrás de él y le ponía la mano en la nuca, con delicadeza. Me agachaba y le ponía la mejilla en el cuello. Respirando lentamente. Al ritmo de su *ud*. Me fijaba en que tenía diminutas pecas en los hombros. Imaginé que, a continuación, él dejaba de tocar de repente y ponía su mano sobre la mía. Que apoyaba el *ud* en el suelo y me atraía hacia sí. Imaginé que me sentaba en su regazo con las piernas abiertas. Le sujetaba la cara entre mis manos y le miraba a los ojos. Entonces, sus ojos de color miel me obligaban a hablar; palabras que tengo que decir solamente porque su sonido es hermoso y no porque sus significados tengan absolutamente nada que ver con nuestra situación actual. Palabras como «crisantemo».

Abundancia.

Amanecer.

Libélula.

Fucsia.

Índigo.

Susurro.

Después de pronunciar las palabras en orden aleatorio, me inclinaría para besarle en los labios. Por supuesto, él no se movería. Es posible que apenas reaccionara. Sin embargo, me dejaría.

Besarle.

Por supuesto, Makram siguió tocando, ajeno a mis ensoñaciones.

Era absolutamente encantador.

No volví a coger el bloc. Era de noche. Makram siguió tocando hasta que salió la luna. Yo me quedé quieta, por miedo a desconcentrarle. Quizá se olvidó de que yo estaba allí. Pero imaginé que no se había olvidado. Imaginé que tocaba cada nota para mí.

Que, mientras tenía los ojos cerrados, se estaba imaginando que compartíamos una copa de vino.

Que, mientras tenía los ojos cerrados, imaginaba que estábamos sentados en el borde de la luna. Mirando a Beirut. Sintiéndonos a salvo. Nuestros cuerpos, fundidos en un abrazo desnudo y sincero. Piernas que envuelven brazos que envuelven manos y pelo y nalgas y semen.

Puede que algún día le cuente estas fantasías.

Puede que algún día beba lo suficiente y saque lo que tengo dentro.

O puede que sea mejor mantenerme callada.

Porque el dolor por el amor no correspondido es más intenso que la satisfacción inmediata del sexo.

Vivir en Beirut nos obliga a escoger la satisfacción inmediata. A través del sexo, vencemos a la muerte. A través del sexo, conseguimos existir. Pero Makram y yo... Lo nuestro es diferente. Al no mantener relaciones, éramos diferentes y seguimos siendo diferentes.

Aunque, joder, si me preguntan hoy, creo que Beirut tiene razón. Porque una sola noche con Makram habría hecho que merecieran la pena todas esas interminables noches sufies de verano.

Estoy viviendo en un apartamento en el que tengo que planear con al menos dos horas de antelación si me voy a dar una ducha.

Me gusta. Me gusta el hecho de no poder dar nada por supuesto. Aquí sentada, bajo la ensordecedora luz blanca de mi bombilla fluorescente de bajo consumo, nunca he sido tan feliz. Aquí, todo lo que me rodea está bien, porque es sencillo. Me gusta el hecho de que sé exactamente dónde está la caja de analgésicos porque está exactamente donde yo la dejé. Sé que mis zapatos verdes están en el armario de la izquierda y que mis botas granates con punta reforzada están en el de la derecha. Sé cuánto gas queda en la cocina, porque sé exactamente cuánto he cocinado. Sé cuánta agua tengo que calentar. Sé que mi camisa blanca sigue en el cesto de la ropa sucia. Sé cuándo se regaron las plantas por última vez. Sé que puedo beber sola sin que nadie me juzgue, solamente mi propia conciencia. Sé cuándo hay que sacar a pasear a Tapi, porque yo fui la última en darle de comer y sacarla a pasear. Sé que puedo quedarme todo el día en casa y que nadie se pasará a verme porque piensan que estoy bien. Lo sé, porque es lo que yo les hago creer.

Sé que si me pongo a leer viejos e-mails de antiguos amantes me deprimiré. Pero sé que no hay nadie que pueda detenerme, así que enciendo el ordenador de todas formas.

Sé que puedo sostener entre mis manos la fotografía de Maya y llorar todo el tiempo que necesite. Sé que nadie me interrumpirá y que no tendré que dar explicaciones. Sé que puedo poner su fotografía en la almohada, a mi lado, y quedarme dormida sabiendo que nadie va a entrar y pillarme. Sé que puedo hablar con ella en voz alta sin avergonzarme. Sé que no tengo que preocuparme de que la gente piense que estoy emocionalmente desequilibrada, porque no hay nadie que pueda oírme.

Sé que esta noche me costará mucho dormirme. Porque sé que dormiré sola.

Pero también sé que las cosas van a mejorar, porque no pueden seguir así eternamente.

Me he dado cuenta de que últimamente pienso mucho en mi abuelo Mohamed.

¿Era la vida tan complicada en sus tiempos? ¿Cómo soportaban la soledad y las decepciones cuando no tenían el Xanax y el canal de humor? ¿Cómo soportaba mi abuelo la tensión y la presión de intentar dar sentido a su vida? ¿Cómo se sintió cuando ocuparon su casa? Todo el rechazo y el desencanto que he experimentado yo a lo largo de mi vida no son nada en comparación con lo que vivió él.

Como marca la tradición familiar en el mundo árabe, las respetables historias de

nuestros mayores se transmiten oralmente de generación en generación. Cada vez que mi padre me contaba la historia del viaje de mi abuelo Mohamed al Nuevo Mundo, yo percibía el orgullo y la nostalgia en su voz. Sé que, en el fondo, esperaba que yo lo recordara todo, palabra por palabra, y se lo transmitiera a mis hijos. Pero lo cierto es que, a mí, las historias del abuelo Mohamed no me resultan nada cercanas.

A veces, incluso me producen cierto rechazo.

Es imposible que alguien viva toda su vida con la cabeza alta. Que siempre tome las decisiones correctas. Que nunca se derrumbe. Que nunca llore.

Me fascinan mucho más los fallos de mi abuelo, los que mi padre nunca compartía conmigo. Sin embargo, si me fijo en mi propia vida, me resulta fácil imaginarme algunos de esos fallos. Concretamente, el peso de intentar dar sentido a su vida en medio de la humillación producida por el rechazo.

Cuando cuente la historia del abuelo Mohamed a mis hijos, lo haré de forma distinta. No haré de él un santo, como hace mi padre. Puede que incluso le desacredite un poco. Y no es porque no le quiera. Es porque sé que es humano. Les contaré a mis hijos una historia con la que puedan identificarse. Querré que mis hijos tengan oportunidades en la vida. Querré que crezcan sin el peso con el que he tenido que cargar yo. Podrán equivocarse.

Si tuviera que contar la historia del abuelo Mohamed, sería algo parecido a esto:

Cuando el abuelo Mohamed sólo tenía trece años, decidió que la vida tenía que ser algo más que el trabajo que hacía en la granja de nuestra familia. Tras convencer a su madre de que le dejara ir a averiguar qué podía ofrecerle el mundo, abandonó los barrios pobres del Levante otomano y se dirigió a la ciudad portuaria de Beirut. Quién le iba a decir entonces que pasarían veinte años hasta que volviera a casa.

Al llegar a Beirut, decidió embarcarse y partir hacia el Nuevo Mundo. Decidió ir a Amrika.

Mientras se abría paso por los bulliciosos callejones de Beirut, se topó con unos ruidos extrañísimos. Pensó que se trataba de un gato en celo, pero en realidad era una mujer gimiendo. Pensó que el ruido sordo procedente del piso de arriba, provocado por una cama de madera desvencijada, eran truenos. El profundo suspiro de satisfacción que salió de la garganta de un hombre, creyó que era Dios dirigiéndose a él.

—¡Ya Mohamed! —retumbó.

—¡Ya Mohamed! —sonó.

—¡Ya Mohamed! —tronó.

Y después: silencio.

Abuelo Mohamed (*muerto de miedo*): Querido Dios, oigo tu voz y te obedezco. ¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Cómo puedo servirte? Por favor, perdóname. Yo no quería dejar a mi madre, pero ya ves que no tenía elección.

Mohamed cayó de rodillas y esperó su castigo. Le vino en forma de un cubo de agua fría, que él confundió con mil puñales atravesándole el corazón. Esperó a ver el túnel con la luz al final, pero sólo vio a una hermosa pelirroja que se asomaba a la ventana.

Pelirroja (*muy enfadada, enrollándose un mechón de pelo alrededor del dedo*): Tú, ¿quién te crees que eres?

Abuelo Mohamed (*sin dar crédito, grita*): Soy Mohamed.

Pelirroja (*ahora enfurecida*): Ya Mohamed, por el amor de Dios, ¿se puede saber qué narices haces debajo de mi ventana?

Abuelo Mohamed: Por favor, perdóname, pero he oído la voz de Dios que me llamaba por mi nombre. Por favor, dile que estoy aquí. Estoy listo para hablar con Él. Reconozco que cometí un error al abandonar a mi querida madre, y ahora estoy preparado para pagar las consecuencias. Estoy aquí para demostrar mi arrepentimiento.

Pelirroja (*empieza a tomárselo con sentido del humor*): ¿Qué estás diciendo? ¿Que mi marido es Dios?

(*El Abuelo Mohamed inclina la cabeza, aún con los brazos en alto. La Pelirroja, harta de este juego, se retira hacia el interior. Entra Dios.*)

Dios (*con mucho pelo en el pecho y con la mirada confusa*): Eh, chico, ¿qué quieres? ¿Quién te manda?

Abuelo Mohamed (*temblando, empieza a bajar los brazos lentamente*): Mi madre, Sit Abir.

Pelirroja (*mordaz*): Khalil, ¿quién demonios es Abir? ¿A qué ramera has estado viendo? ¿No te basta con que me deje yo todos los malditos días? Dos veces al día, como un reloj, durante los últimos quince años. ¿Qué clase de bestia sexual eres? ¿Qué clase de animal? ¡Que Dios te castigue si ese muchacho es tu hijo!

(*Ruido de un objeto que se rompe, posiblemente un plato o un farol.*)

Dios, también conocido como Khalil (*apartándose de la ventana, aterrorizado*): Oh, amor mío de mi vida, ¡no tengo ni la menor idea de quién es!

Abuelo Mohamed (*con dignidad y orgullo, implorando, a voz en grito*): ¡Soy el hijo de Abir!

Pelirroja (*gritando*): Khalil, ¿quién es Abir??

Dios, también conocido como Khalil (*de nuevo en la ventana*): Sabandija, me has fastidiado el polvo de la tarde. Vete a decirle a la tal Abir que no pienso quedarme contigo. No eres hijo mío, ¡ni siquiera conozco a ninguna Abir!

Abuelo Mohamed: Querido Dios, ¿no somos todos hijos tuyos? Por favor, querido Dios, si todavía no estoy muerto, indícame cuál es tu voluntad, que yo obedeceré y la cumpliré.

Pelirroja: Khalil, ¡no me hagas perder más tiempo y dime la verdad! ¿El chico está mal de la cabeza o de verdad es hijo tuyo?

Abuelo Mohamed: Si me permite, esposa de Dios, mi padre murió cuando yo era muy pequeño y mi madre nunca ha puesto un pie en Beirut, no sé de qué está hablando. Lo único que sé es que yo estaba solo en esta gran ciudad y, de pronto, he oído cómo la voz de Dios me llamaba tres veces por mi nombre: ¡Mohamed, Mohamed, Mohamed!

Pelirroja (*ahora entendiendo la confusión, se ríe entre dientes*): Tírale unas monedas y vuelve a la cama. Está claro que el chico está mal de la cabeza.

Dios, también conocido como Khalil (*tira dos piastras de plata por la ventana*): Coge este dinero y haz algo útil. Y, cuando hayas terminado, saluda a tu madre de mi parte. (*A su mujer:*) Vámonos de esta ciudad, ¡todo el mundo está loco!

Abuelo Mohamed: Muchísimas gracias, Dios. Nunca te fallaré. *(Se aleja a toda velocidad.)*

Sería mucho más fácil contar la historia del abuelo Mohamed así. Con humor y sarcasmo. Al estilo de Beirut y su lado oscuro. A continuación, les contaría a mis hijos que, con su primera piastra de plata, el abuelo Mohamed comió bien y no olvidó la promesa que le había hecho a Dios. En primer lugar, se comprometió a adoptar el nombre de Dios en la tierra, por el que había oído que le llamaba su mujer. Y así es como nuestra familia adquirió el apellido El Khalil. A continuación, les contaría que el abuelo Mohamed del Khalil gastó su segunda piastra de plata en un pasaje para el Nuevo Mundo.

El abuelo Mohamed se dirigió hacia el puerto y se puso en la cola para subir al barco que iba a partir hacia Nueva York vía Marsella. El pasaje, bien agarrado con la mano; la espalda, agarrotada; el gesto, serio; los huevos, ligeramente irritados; los ojos, enrojecidos. Sin embargo, lo que el abuelo Mohamed no sabía era que, mientras dormía a la sombra en los callejones de Beirut, había contraído conjuntivitis.

Cuando le llegó el turno de embarcar, le detuvo una amenazadora fuerza de la autoridad que tenía los dientes picados pero una barba bien recortada.

–Hijo, no puedes subir a bordo de mi barco con conjuntivitis.

–Señor, tengo el pasaje aquí en la mano. No dice nada de conjuntivitis.

–Hijo, te ruego que tengas la amabilidad de apartarte. Los enfermos no tienen permitido viajar a Amrika. Pero, si quieres, puedes coger el barco que está atracado al otro lado del puerto. Es para los enfermos. No te llevará a Amrika, pero te llevará a México. México está bien para los enfermos; Amrika, no, ¿entiendes? Desde México, puedes ir andando hasta Amrika. Tardarás mucho tiempo pero, si de verdad quieres llegar a Amrika, me imagino que no será un problema para ti.

El abuelo Mohamed no tenía alternativa, así que se subió al barco de los enfermos. Una vez, había ido caminando desde su pueblo del sur del Líbano hasta el pueblo de su tío, en el extremo norte del país. Tardó una semana. México, supuso, no podía ser más extenso.

Después de pasar dieciséis años vagando por México, el abuelo Mohamed seguía siendo tan pobre como el día en que llegó. La versión de la historia que cuenta mi padre dice que, la noche del regreso del abuelo Mohamed al Líbano, un grupo de bandoleros había irrumpido en su tienda y a él no le había quedado más remedio que dejarles pasar amablemente. Tras asegurarse de que los dejaba comiendo y bebiendo tan contentos, les dijo que se iba a dormir, pero que podían quedarse todo el tiempo que quisieran. Lo único que les pidió fue que se acordaran de cerrar la puerta cuando salieran. Después de todo, había bandoleros por ahí.

Dicho esto, se fue corriendo al desván y se hizo el dormido. Mientras fingía que roncaba, oyó que los bandoleros estaban planeando matarle. En un abrir y cerrar de ojos, el abuelo Mohamed decidió escapar. Rápidamente, cogió todo lo que pudo acarrear, que

la verdad es que no era mucho, saltó por la ventana del desván y volvió la espalda a México para siempre.

Para ser sincera, creo que mi abuelo simplemente se vino abajo. No creo que hubiera ningún bandolero. Creo que mi abuelo echaba de menos su tierra y estaba cansado de veras. Creo que se sentía desconsolado, avergonzado, perdido, inseguro y solo de cojones.

Nunca llegó a Amrika.

Nos pasamos la vida intentando llegar a algún sitio y no somos conscientes de que es posible que ya hayamos llegado. Hoy en día, parece que ya nada es suficiente. Siempre se puede tener más. Tenemos alternativas. Tenemos aviones. Tenemos conexión inalámbrica. Tenemos el divorcio.

La vida es complicada.

Aquí, en mi nuevo apartamento, he aprendido a no tener miedo a la oscuridad. Ahora soy capaz de estar a oscuras completamente sola. Soy capaz de dormir sola a oscuras. Soy capaz de escribir en el ordenador a oscuras, e incluso de cocinar. Pero no me gusta. No me gusta nada. Me pone en un estado de suspensión..., un estado de inexistencia. Como si me soltara y fuera a la deriva. Aquí, en mi silencio, oigo mi respiración. Y la respiración se materializa en pensamientos y los pensamientos se convierten en palabras, y cuando quiero darme cuenta estoy tirada en el sofá llorando porque me siento muy sola. No quiero decirlo, pero lo hago. Y son las únicas palabras que toman forma en esta oscuridad.

Pero ¿qué es lo que define un lugar? ¿El aspecto que tiene..., la forma en que se comporta..., o el tiempo y el espacio en los que se inserta? Quizá sean las historias que recordaremos en el futuro.

Mi nuevo apartamento es un microcosmos de Beirut. Está en un barrio musulmán dividido. Si salgo de mi apartamento por la puerta principal, estoy en manos de Al Mustaqbal, la milicia suní pro amrikana. Si decido salir por la puerta de atrás, por la cocina, son Musa y Berri por todas partes, que representan a la milicia chií pro iraní Amal. Actualmente, estos dos partidos musulmanes están enfrentados entre sí. Es curioso cómo un apartamento minúsculo puede dividir así el barrio.

Durante la guerra civil, en los años ochenta, esta zona era un bastión del partido comunista. Toda la gente que vivía en mi edificio simpatizaba de alguna manera con la ideología comunista de la calle Hamra. Esos viejos luchadores ya están retirados, pero siguen defendiendo con empeño sus viejas ideas, aunque con métodos nuevos y mejores. Ahora tienen bares, escriben en los periódicos e incluso dirigen organizaciones culturales.

Mi edificio es viejo, tiene techos altos y contraventanas verdes. Yo vivo en la planta baja, lo que significa que todo el vecindario puede ver de qué color es mi ropa interior.

Me pregunto qué piensan de mí. La mujer divorciada que acaba de mudarse. Que vive sola con su perra, ese bicho asqueroso. La mujer que está todas las noches bebiendo en la terraza. Debe de ser vino, porque bebe de una copa de vino. O quizá sea vodka, porque a veces se oye el tintineo de los hielos desde la calle. Si toso, todo el vecindario sabe que estoy enferma. Me pregunto qué pasaría si algún día invitara a un hombre a casa. Me pregunto si mi hermana podrá oírnos desde arriba. O mis vecinos desde abajo.

Yo oigo constantemente a mis vecinos de abajo. Anoche, sin ir más lejos, estuvieron discutiendo. Pero no se oía lo suficiente como para entender lo que pasaba, así que esta mañana fui a casa de Um Tariq en busca de la exclusiva. Um Tariq, mi vecina egipcia, vive en el primero. Es nuestra mujer de los gatos. Siempre tiene la puerta abierta y cuida de los gatos callejeros del barrio. Algunos se enamoraron de Um Tariq y decidieron quedarse a vivir con ella. Otros decidieron que les bastaba con las comidas gratis y sólo van a visitarla de vez en cuando. Desde que llegó en 1974, Um Tariq ha salvado a más de mil gatos en el barrio.

Subí las escaleras hacia su apartamento, pasando por encima de charcos de pis de gato. La puerta de Um Tariq estaba abierta. Llamé y pregunté si podía pasar.

–Pasa, *ya* Zena, pasa. Acabo de salir de la ducha, dame un minuto. Siéntate, ahora mismo voy –gritó Um Tariq desde dentro con su voz ronca.

–De acuerdo, gracias –dije mientras entraba de puntillas, con cuidado de no pisar a varios gatos que estaban arrellanados en la entrada–. Perdonadme, bonitos, sólo vengo a hacerle una visita a vuestra tía.

Me dejé caer en el sofá, sin percatarme de que había un gatito blanco que estaba hecho un ovillo debajo de un cojín. El apartamento de Um Tariq era lo que podría llamarse un caos ordenado. Enfrente de mí había una estantería de madera oscura en la que había ido acumulando fotos de sus hijos y de sus gatos a lo largo de los años. Había un pequeño jarrón con unas enormes flores blancas de plástico que parecían jazmines gigantes. A mi derecha, las plantas de la terraza se colaban en el salón.

–Um Tariq, se te están empezando a meter las plantas en el salón. ¿Dejas las ventanas abiertas todo el tiempo?

–Claro, tengo que hacerlo. Para los gatos. Si no, no pueden venir a casa.

–¿Y no pasas frío en invierno?

–Sí, pero no puedo hacer otra cosa. Alguien tiene que ayudar a esas pobres criaturas.

Con una mano, Um Tariq se secaba el pelo con una toalla mientras hablaba. Lo tenía muy rizado y de un precioso tono rojo, por la *henna* que se había echado recientemente. Llevaba un albornoz de color ciruela y unas chanclas azul turquesa. Bajo el otro brazo tenía un pequeño gato gris que, al parecer, acababa de ducharse con ella. Se dejó caer en el sofá, a mi lado.

–Tu salón se está convirtiendo en una jungla –le dije.

–Sí, lo sé. A los gatos les gusta más así. Se sienten como si siguieran estando en la calle. Es importante que tengan esa sensación; si no, se ponen enfermos y se mueren. Si tienen la sensación de que están dentro de casa o encerrados, se vuelven locos. La mujer que vivía en tu apartamento antes que tú, Nibal, tenía un gato y siempre lo tenía dentro de casa. Le daba muchísimos medicamentos. Cuando ella se mudó, me quedé yo con él. Para empezar, le hice dormir en la calle unas cuantas semanas, para que se hiciera más inmune. Después empecé a dejarle que viniera a visitarme de vez en cuando. El pobrecito estaba en los huesos, ni siquiera sabía cómo conseguir su propia comida. Ahora está fuerte como un toro. Ya no necesita los medicamentos, y entra y sale cuando le parece –a continuación, volvió la mirada hacia el gato gris, que ahora estaba acurrucado sobre sus muslos intentando secarse con el albornoz y, señalándolo, continuó–: Es éste el que me preocupa. Tiene electricidad en la cabeza. Cada pocos días, tiene una crisis y se vuelve loco. Esta mañana ha tenido una de las fuertes y se ha puesto a correr por toda la casa, como si estuviera poseído o algo así. Ha arañado a muchos de los otros gatos y después se ha puesto a dar vueltas y vueltas hasta que se ha desplomado. Me lo he encontrado en el suelo, cubierto con su propia mierda, su pis y saliva blanca. Cuando se ha calmado, me lo he llevado a la ducha conmigo. Pobrecito.

–¿Quieres decir que es epiléptico?

–No sé lo que es eso. Los vecinos dicen que está maldito y que Dios ha decidido darle este destino. Puede que muera pronto. Tengo que cuidarle todo el tiempo que pueda, Dios me lo envió a mi puerta.

–Um Tariq, mucha gente vive toda su vida con epilepsia y ni siquiera se nota. Existen medicamentos para tratarla, podemos comprarle alguno al gato.

–No, no, jamás funcionaría. ¿Alguna vez has intentado dar medicamentos a un gato? Es casi imposible. Éste nació en la calle y morirá en la calle, es demasiado tarde para domesticarlo. Es su destino. Intentar darle medicamentos sería un insulto.

–Entonces ¿por qué no sacrificarlo y poner fin a su sufrimiento? –pregunté.

–¡Dios nos libre! Zena, ¿cómo se te ocurre sugerir una cosa así? Todos venimos a este mundo con nuestras taras. Vivir con ellas es un reto y es nuestro destino. No sabemos lo que le pasa por la cabeza a este gato y no podemos juzgar por él. El único que juzgará será Dios.

–Lo siento, Um Tariq, tienes razón –dije mientras bajaba la mirada, avergonzada. No tenía sentido discutir, ya que nadie podría interponerse jamás entre Um Tariq y el vínculo espiritual que tenía con sus gatos–. Um Tariq, ¿oíste a los vecinos discutir anoche?

–Dios mío, Zena, ¿tú también lo oíste?

–¿Cómo no iba a oírlo? Vivo justo encima de ellos. ¿Sabes qué les pasaba?

–Zena, Zena, Zena..., aún eres una recién llegada a este barrio y todavía hay muchas historias que desconoces –se rió entre dientes mientras acariciaba al gato gris, que ya casi se había secado–. El matrimonio que vive debajo de ti está amargado. Um Adnan, la madre, ha estado teniendo una aventura con un chico más joven que su hijo, y su marido acaba de descubrirlo. En realidad no lo sabe con seguridad, pero de vez en cuando la acusa.

Um Adnan era una mujer corpulenta de cincuenta y tantos años. No hace mucho, decidió que la vida era demasiado corta y que quería disfrutarla más, por lo que decidió empezar a tener una aventura, tras haber sido fiel a su marido durante más de veinte años. Se cortó mucho el pelo, se lo tiñó de rubio anaranjado y salió a buscarse un amante. Se la veía por nuestra calle, paseando de un lado a otro con unas mallas cortas y ajustadas y una camiseta de sport. Quería tener un aspecto juvenil e ir a la moda, e iba luciendo las curvas del matrimonio en sus caderas. Le daba igual que hoy en día las chicas estuvieran hechas unos palillos. Su cuerpo era lo que realmente querían los hombres, estaba convencida. Un lugar mullido en el que recostarse. Unos pechos grandes como montañas en los que perderse. Una piel que se alargara kilómetros y kilómetros, para acariciarla eternamente.

Um Adnan no tuvo que ir muy lejos en su búsqueda. Una semana después de que se cortara el pelo, su marido contrató a un inmigrante sirio para que hiciera unas reformas en su apartamento. La mano de obra siria es muy barata y Abu Adnan estaba contento por la suerte que había tenido con Yusuf. Yusuf acababa de llegar de Alepo y todavía

tenía mucho que aprender. Abu Adnan le prometió alojamiento y comida a cambio de sus servicios. Yusuf aceptó y fue contratado inmediatamente.

Esa misma noche, Um Adnan se levantó sigilosamente de madrugada y, con cuidado de no hacer ruido, entró en la cocina para echar un vistazo al nuevo miembro de la familia. Yusuf estaba durmiendo en un delgado colchón colocado en el suelo de la cocina. Una sábana le cubría la parte inferior del cuerpo. Daba la impresión de que no llevaba nada de ropa. Era el final del verano y Um Adnan pudo ver gotitas de sudor en su pecho sin vello. Yusuf no podía tener mucho más de veinte años, y era muy raro ver a un hombre árabe sin pelo en el pecho. Um Adnan se acercó a la nevera y se sirvió un vaso de agua. De pie junto a Yusuf, bebió y bebió. Estaba bastante musculoso a causa del trabajo físico. Su pelo alborotado era de un tono rubio oscuro, algo muy común entre los hombres de la ciudad de Yusuf. Su piel bronceada tenía un color dorado. Al parecer, había pasado la primera parte del verano trabajando en la granja de su tío. Demasiado trabajo sin descanso rodeado de mierda de vaca sirvió para convencerle de que había llegado la hora de hacer cosas más importantes. Su traslado a Beirut fue rápido y drástico. Y su aventura posterior con Um Adnan era algo sabido por todo el vecindario, excepto por Abu Adnan.

—Total, Zena, que esas peleas tienen lugar aproximadamente una vez al mes. Abu Adnan acusa a su mujer de tener una aventura y, mientras tanto, Yusuf se sienta y observa. Para colmo, Abu Adnan nunca se ha quejado de que las reformas de su casa se estén alargando tanto, lo que hace que todos pensemos ¡que también existe una relación sospechosa entre Yusuf y Abu Adnan! Es un lío de lo más sórdido. Pero todos fingimos que no sabemos lo que pasa y aguantamos las peleas mensuales porque nos sirven de entretenimiento.

—Vaya, nunca lo habría imaginado, yo pensaba que Yusuf era su hijo.

—Bueno, está claro que se comporta como si lo fuera. Ese chico lleva casi un año viviendo bajo su techo. Come, duerme y folla gratis. Bienvenida a tu nuevo barrio, Zena.

—Y yo que todo este tiempo he estado pensando que Yusuf era Adnan... ¿Dónde narices está Adnan?

—Adnan es mayor que Yusuf. Está casado y vive en esta misma calle. Por alguna razón, en esta calle todos están relacionados entre sí de una forma u otra.

Era cierto. Mi propia hermana vive justo encima de mí.

Y encima de ellos vive Amira, que está casada con un alemán muy simpático, Andreas. Tienen un niño y una vida muy feliz. A veces oigo a Amira jugando al escondite con su hijo en la escalera. Me pregunto si alguna vez podré experimentar ese placer. Oírla me produce una sensación agri dulce. Quiero esa vida, pero a menudo me he empeñado en alejarla de mí. Oigo a Amira y parece facilísimo. A ella le sale con total naturalidad. Me hace sonreír.

La conocía de la universidad. Creo que su relación con su mejor amiga era muy parecida a la que teníamos Maya y yo. Todas nos casamos por la misma época. Amira y

su mejor amiga se quedaron embarazadas. Maya y yo nos divorciamos. Unas semanas después de la muerte de Maya, me encontré con Amira en un bar. Me contó que acababa de dejar de dar el pecho y que estaba contentísima de poder volver a tomarse una cerveza por fin. Estaba con su amiga. Estaban charlando sobre sus hijos. Salí corriendo del bar y juré que no quería volver a verla nunca más. ¿Cómo podía ser tan cruel el destino? ¿Por qué no podíamos ser Maya y yo las que estuviéramos en aquella mesa? ¿Por qué me había quedado atrás?

Un año más tarde, me mudé al edificio de Amira. Me pregunto si fue el destino, que se estaba burlando de mí. O quizá fuera simplemente que Beirut es así. Pequeña.

Agridulce.

Incestuosa.

Inevitable.

Quién sabe..., quizá algún día yo también tenga hijos, y quizá jueguen con los hijos de Amira. Quizá incluso se hagan novios de pequeños y luego se casen. Es posible.

Aquí todo es posible.

Estoy segura de que encontraré a un hombre del que poder quedarme embarazada.

Quiero a mi hombre árabe en su caballo, con su espada y su poesía y su vino.

En 1996, Kamal me invitó a ir a ver una obra de teatro con él.

No me atraía, pero me daba apuro decirle que no. Era un encanto.

Por aquel entonces, sólo había dos teatros semiactivos en Beirut. Después de la guerra, era difícil conseguir que la gente fuera al teatro. Creo que la guerra civil resultó ser una función de quince años de duración y los libaneses estaban más que saturados.

Había unos cuantos escritores y actores que estaban decididos a no permitir que muriera el teatro en el Líbano y que escribían unas cuantas obras al año, con la poca financiación que pudieran conseguir, solamente para mantener vivo el espíritu del teatro.

No recuerdo el nombre de la obra que fuimos a ver, pero recuerdo lo que me dijo Kamal cuando estábamos sacando las entradas.

Yo llevaba una falda larga *beige* con grandes manchas azules y verdes. Creo que pretendían ser margaritas abstractas.

Me parece que Kamal estaba intentando hacerme un cumplido cuando me dijo: «Pareces una vaca, pero me encanta la carne».

–Farah, ¿cuántos años tienes? –pregunté.

Estaba comprando artículos de arte y Farah, una muchacha joven, me estaba atendiendo. Ella empujaba mi carro por la tienda mientras yo lo llenaba de purpurina, abalorios y plumas de colores.

–Tengo quince años, señorita Zena.

–¿Sigues estudiando?

–Sí, ya casi he terminado el instituto.

–¿Qué planes tienes para cuando acabes?

–Si quiere que le diga la verdad, estoy deseando que llegue el día en que pueda oír cómo los labios de un hombre me llaman su esposa.

–Eso está bien, claro, pero ¿qué quieres hacer antes de eso?

–¿Qué más se puede hacer? Si Dios quiere, oiré esas palabras muy pronto. Está bien estar casada, ¿verdad? Tiene que ser lo mejor del mundo. Estoy deseando cuidar a mi marido. Hacerle la comida. Hacerle cosquillas. Ser la madre de sus hijos. Y no importa si no tenemos mucho dinero, porque sé que Dios me enviará al hombre que necesito y que merezco. ¿No es así, señorita Zena?

–Farah, estás preguntando a la mujer equivocada. Acabo de divorciarme de mi marido. Estaba harta de hacerle la comida y lavarle la ropa. Además, no tenía cosquillas. Y creo que acabo de dejar de creer en Dios.

–No, ni se le ocurra decir eso. Que Dios la perdone. Que Dios la perdone, señorita Zena –dijo muerta de miedo, juntando las manos y lanzando un beso al techo.

–No te preocupes, Farah, *ella* me perdonará. Es a ti a quien no va a perdonar si no terminas los estudios, desde luego. Y tirarle besos no va a hacer que te ganes su simpatía. En cambio, tener unos estudios sí.

–Lo siento, señorita Zena, pero creo que tengo que volver al trabajo. Siento que esté divorciada, pero quizá tuvo lo que se merecía.

–Gracias, Farah, estoy segura de que así fue.

Seguí comprando, llené el carro y lo empujé hasta la caja. La mujer que estaba tras el mostrador bajó la vista, rehuendo mi mirada, y me pidió con un murmullo que apilara mis cosas sobre el mostrador. Detrás de ella, Farah jugueteaba con su velo y también evitaba mirarme a los ojos. Saqué todos los artículos, uno por uno. Lentamente. Pausadamente. Tenía cintas de satén rosa. Flores moradas de plástico brillante. Estrellas

doradas con purpurina. Bolsas y más bolsas de abalorios rosas. De todas las formas. De todos los tamaños.

–¿Quiere pagar en dólares o en *lira* libanesas?

–En dólares –contesté mientras le alargaba mi tarjeta de crédito–. Farah, esto es lo que te va a hacer feliz, la independencia. Después de eso, puedes decidir por ti misma en qué y en quién invertir tus energías.

Pagué y salí de la tienda. Me sentía fatal. Había discutido con ella, cuando tendría que haberla abrazado. Supongo que aún albergaba cierta amargura por mi divorcio. Con unas pocas palabras, Farah había conseguido sacar de mí a una persona horrible.

Dejé las cosas en el coche, volví a cerrarlo y llamé a Nur, que vivía muy cerca de la tienda.

–¡Nur! Hola, soy Zena. No te puedes imaginar lo que me acaba de pasar... Estaba comprando cosas para mi instalación y la niña que trabaja ahí, ¿sabes quién te digo...? Sí, Farah... Pues acabo de discutir con ella. ¿Puedo ir a tu casa un rato?

Nur contestó que sí, pero me advirtió que estaba en mitad de una sesión de depilación. Se quedó pensando un momento y después exigió que fuera inmediatamente a su casa y me depilara yo también.

Fui caminando por la calle hasta la casa de Nur. Vivía en una zona de Beirut llamada Mar Elias. Es un barrio en el que hay una mezcla de religiones, lo cual hace que sea ligeramente peligroso. Cada vez que las cosas se desmadran en el terreno político, Mar Elias siempre es el primer lugar en el que se percibe. Los suníes echan la culpa a los drusos. Los drusos amenazan a los chiíes. Los chiíes acusan a los maronitas. Los maronitas prometen liberar al Líbano de los musulmanes. Explota una bomba casera a un lado de la calle. Se ponen neumáticos en medio de la calzada y se les prende fuego.

Mar Elias significa «San Elías».

El edificio de Nur estaba decorado con cintas y luces de colores. La entrada estaba llena de palmas. Todo indicaba que alguien del edificio acababa de volver del *Hach* a La Meca.

Mientras me abría paso a través de las hojas, me sentí un poco negativa.

Pensé: y ahora se ponen a cortar árboles, como si no tuviéramos ya suficientes problemas medioambientales.

Apreté el botón de llamada del ascensor y se encendió una luz naranja. Bien, había electricidad. No tendría que subir tres tramos de escaleras a pie con ese calor. Mientras entraba en el ascensor, susurré mi oración de los ascensores, como hacía siempre, con la esperanza de que no se cortara la electricidad, con la esperanza de no quedarme encerrada. Tres pisos más arriba, el padre de Nur me recibió en la puerta.

–Hola, *Amo*, ¿está Nur?

–Sí, sí, adelante. Está ocupada en su habitación. Pasa, por favor, y disculpa que no te acompañe.

Avancé por el pasillo y llamé a la puerta de su habitación.

–¿Quién es?

–¿Tú qué crees? –dije mientras entraba.

Nur estaba tumbada en la cama, y Awatif, la mujer de la cera, se inclinaba sobre ella. Cuando entré, Awatif estaba arrancando su pegajosa cera especial de azúcar de las piernas de Nur. Nur se estremeció de dolor, pero me hizo un gesto para que entrara y cerrara la puerta.

–Hola, Awatif, ¿qué tal? ¿Haciendo sufrir a Nur, para variar?

–Chicas, de verdad que no os entiendo. Salís de vuestro país, os vais a vivir a Occidente y empezáis a depilaros con cuchilla. Empezáis a comportaros como las europeas. Sin tiempo para comer. Sin tiempo para arreglaros el pelo. Sin tiempo para amar. Sin tiempo para haceros la cera. Y ahora mira el desastre que tengo que arreglar – mientras decía esto, Awatif empezó a amasar una nueva bola de cera de azúcar y, apretándola, la extendió sobre la pierna de Nur.

–Awatif, acabo de divorciarme. Sé amable conmigo, por favor.

–¿Qué? ¿Qué te ha hecho? ¿Quién es la otra? ¡Dime quién es y mandaré a mis hermanos a por ella!

–¿Quién ha dicho que haya sido por otra mujer? ¿Por qué siempre tiene que ser por otra mujer? ¿Por qué la culpa tiene que ser de él?

–¿De quién va a ser la culpa si no..., tuya? ¿Te has enamorado de otro? Aaaah..., ¡mira qué pillina! ¿Con quién te has acostado? Y, por favor, dime que no te has empezado a depilar con cuchilla tú también.

–Awatif, no me he acostado con nadie. Y creo sinceramente que él tampoco. Simplemente me había estancado.

–¿Era malo en la cama?

–La verdad, ni siquiera lo sé. Ya ni siquiera sé lo que es bueno y lo que no. He olvidado qué sensación produce el amor. He olvidado lo que significa tener cariño. Éramos como animales y nunca sentíamos placer. Ni él ni yo.

–Eso no es nada bueno. ¿Ves?, por eso no me he casado yo. Los hombres árabes están todos locos. Sólo quieren meter y sacar. Nada de besos. Nada de abrazos. Nada de ternura.

–No, Awatif, no puedes juzgar así. No tiene nada que ver con ser árabe.

–Huy, claro que tiene que ver. Nosotros nos quedamos aquí preguntándonos cuándo vamos a morir, mientras que el resto del mundo va por la vida con total normalidad. No están siempre pensando en la muerte, como nosotros. Aquí estamos obsesionados con la muerte. No queremos morir, pero sabemos que cuanto antes muramos, antes llegaremos al paraíso. Aunque, claro, los únicos que van al paraíso son los hombres, así que ¿qué pasa con nosotras? Nada. Nosotras estamos aquí hasta que nos sustituyan las cuarenta vírgenes de los cojones. Así que ¿a quién le importa la ternura? A ellos les da igual todo eso. Ellos no tienen que dar nada, porque van a recibirlo todo. Les da igual el ahora, por eso tienen esa mentalidad de joder rápido en el presente. Y sólo cuando lleguen al

paraíso, sólo entonces, podrán dedicar todo el tiempo del mundo a sus eternas vírgenes hasta la eternidad. Las eternas vírgenes de los cojones a las que todas las noches, por arte de magia, se les reconstruye el himen después de follar como conejas.

Mientras decía esto, arrancó la cera de la otra pierna de Nur.

Nur gritó de dolor.

–*Ya Awatif, ¡no tienes por qué arrancarme la piel! Yo estoy de tu parte. Has dejado el azúcar demasiado tiempo y se ha quedado pegado. Mira, si quieres hablar sobre los hombres, espérate hasta que hayas terminado de depilarme. No lo pagues conmigo, ¿te crees que yo no he tenido lo mío? Además, el problema no lo tienen sólo los hombres árabes. Yo estuve dos años con un europeo y no son mejores. Primero me llevó a cenar a sitios caros. Luego me hizo creer que éramos almas gemelas y que la Tierra se iba a detener para nosotros. Me fui con él a Europa y, como es natural, empezamos a planear nuestra vida juntos. Yo tomé las riendas, busqué un apartamento más grande y encontré un trabajo cojonudo. Y entonces, un día, me dejó, sin más. Sin motivo. Dijo que no creía que yo fuera a dejar a mi familia en Beirut para irme con él a Europa. Le recordé al muy imbécil que ya estábamos en Europa y que ya me había ido de Beirut. ¿Qué coño le pasaba? Dijo que mi familia nunca aceptaría a la suya. Le pregunté qué tenía que ver eso con nuestra relación. Ya estaba en Europa viviendo en pecado con él, lo estaba disfrutando mucho y no tenía ninguna intención de volverme a Beirut, y menos aún de permitir que me importara una mierda lo que pensara mi familia sobre él.*

»Ese día me plantó. Me plantó y me dejó completamente sola en una ciudad extraña de un país extraño. ¿Sabéis una cosa? ¿Sabéis lo que pasaba? Que no podía soportar estar con una mujer de verdad. Él quería una pobre mujer árabe a la que poder rescatar. Quería ser el colono. El imperialista. Quería que llorara a sus pies todas las noches y le diera las gracias por haberme rescatado de mi entorno musulmán de pobreza y opresión. Cuando se dio cuenta de que las mujeres árabes no somos pobres ni estamos oprimidas, dejé de interesarle. Ese hijo de puta me hizo dejarlo todo y mudarme a Europa, y después se aburrió. Pero no le culpo. Me culpo a mí misma por haber estado tan ciega. El problema no es de los hombres, es nuestro. Nuestra inteligencia se acaba volviendo contra nosotras. Deberíamos seguirles la corriente y hacernos las tontas. Él quería una musulmana oprimida, yo tendría que haberlo sido. Él quería una mujer que fuera sumisa en la cama, yo tendría que haber sido sumisa. Y haberle cortado las putas uñas de los pies con los dientes. Awatif, ¿se puede saber qué te pasa? Deja de mirarme así. Vamos, se está enfriando el azúcar, sigue trabajando.

–Bueno, Nur, tampoco es el fin del mundo. Al menos tuviste la oportunidad de ver Europa. No como yo, atrapada en esta asquerosa ciudad, todo el día depilando a una mujer tras otra. Escuchando sus estúpidos cotilleos sobre quién va por ahí acostándose con todo el que encuentra. Y qué ministro se está llevando dinero últimamente. Y qué partido político es el que está aceptando ahora las limosnas de Amrika. Todo eso mientras tengo que depilar sus viejos coños estropeados, que de todas formas no utilizan

jamás. Al menos, no con sus maridos. Y, desde luego, tampoco con amantes. Vete a saber lo que se meten por sus agujeros hoy en día. Por cierto, Zena, ya que estás aquí, ¿quieres que te haga la cera?

–Bueno, ¿por qué no? –dijo mientras me sentaba en una silla frente a ella–. Nur, ¿te ha hecho Awatif el ya sabes qué?

–Sí, tú también deberías hacértelo.

–No, no, qué va. Si me lo hago, significa que quiero echar un polvo o algo así. Acabo de divorciarme y, la verdad, lo último que se me pasa por la cabeza es irme a la cama con otro tío.

–¿Y con otra mujer? –me dijo Awatif bruscamente–. ¿Crees que los hombres son los únicos que deberían disfrutar del placer de lamer un coño suave?

–¡Awatif! ¿Cómo puedes hablar así? Por favor, lo mío no es un «coño», es un «chichi». Te ruego que lo respetes y lo llames por su nombre. Además, yo no voy a ser como todas esas mujeres.

–¿Qué mujeres? –preguntó Nur.

–Ya sabes, esas mujeres. Esas mujeres libanesas que renunciaron a los hombres... y recurrieron a otras mujeres. Yo no voy a hacer eso. A mí me gustan los hombres. Me gusta acostarme con hombres. Lo que pasa es que ahora mismo soy un poco frágil.

Awatif se echó a reír y Nur se unió a ella. Empezaron despacio, pero después fueron riéndose cada vez más alto, hasta que Awatif empezó a llorar de la risa.

–Para, para, por favor. No puedo seguir riéndome, me voy a mear encima.

–¿Qué? ¿Qué he dicho?

–Eres graciosísima... Ven aquí, siéntate. Voy a depilarte tu pequeño..., ¿cómo lo has llamado, chichi? Hoy te lo hago gratis. Ya verás cómo dentro de tres semanas, cuando te empiecen a crecer pelitos otra vez, me llamarás y me pedirás que te vuelva a hacer la cera. ¿Por qué? Porque habrás tenido la mejor experiencia sexual de toda tu vida. Tú decides si prefieres hacerlo con un hombre o con una mujer. Pero, sea cual sea el caso, te ruego que lo hagas pronto, porque te juro por Dios que, como vuelvas a decirme que eres «frágil», mandaré a los mercenarios de Dios a por ti. Aunque, a diferencia de esas vírgenes de los cojones, tú no vas a cicatrizar. Zena, no puedes ser frágil y vivir en Beirut. No puedes. No pega. Si quieres ser frágil, vete a Amrika. Tienen esos programas de entrevistas en los que puedes contarle todo sobre cómo te sientes y lo frágil que eres. Allí les encantan esas cosas. Aquí, si vas por ahí diciendo que eres frágil, te estás buscando que se aprovechen de ti y te tomen el pelo. Venga, ahora siéntate y te convertiré en una mujer de verdad. Quitate las bragas y abre las piernas. No te dolerá.

Me dolió una barbaridad.

Con cada tirón de la mezcla de azúcar, vi las estrellas. Empezó por arriba y fue bajando, entre las piernas. Cuando llegó a la zona más sensible, estuve a punto de desmayarme del dolor.

–Por favor, para, por favor. No lo aguanto más.

–Ahora no puedo parar. No está terminado y yo nunca dejo nada a medias. Una vez más. Aguanta.

Estaba tumbada en la cama con las piernas abiertas, parecía que iba a dar a luz. Me extendió el azúcar sobre el clítoris y tiró. Yo grité y Nur me tapó la boca con la mano porque, después de todo, estábamos en su dormitorio y sus padres estaban justo al otro lado del pasillo. Sabían que nos estaban depilando, claro, pero no había por qué pregonar a gritos que habíamos decidido hacernos también nuestras partes íntimas. En aquel momento sonó mi móvil. Era mi hermana.

–¿Hola? ¿Hola? Zena, ¿estás bien? –por su voz, parecía estar muerta de miedo.

–No, la verdad es que no, si supieras lo que acaba de pasar...

–¡Sí, lo sé! ¿Te encuentras bien? ¿Estabas cerca? Mamá está bien, por cierto.

–Lana, ¿de qué estás hablando? ¡¿Qué le ha pasado a mamá?!

–Zena, han puesto una bomba. Justo enfrente de la oficina de mamá. Acaba de explotar, hace unos dos minutos. Pero ella está bien... ¿Dónde estás?

Me quedé helada. Rompí a llorar.

–Estoy bien, Lana, estoy bien. Estoy en casa de Nur, no te preocupes. Escucha, luego te llamo. Llama a todo el mundo y asegúrate de que no falta nadie, ahora no puedo hablar –colgué y llamé a mi madre, pero no conseguía contactar–. ¡Mierda, no funciona!

–Zena, ¿qué ha pasado? ¿Otra bomba? ¿Dónde ha sido? ¿Están todos bien? –preguntó Nur mientras me llenaba un vaso de agua–. Toma, bebe y cálmate.

–Estoy bien. Estoy bien. Awatif, termina, por favor. De todas formas, no podemos llamar a nadie, las líneas están colapsadas. Todo el mundo está intentando llamar. Awatif, por favor, termina esto. Quiero tener algo de dignidad cuando salga de aquí hoy, así que no me dejes a medias.

Pensé en la fotografía que se hizo Man Ray cuando se afeitó sólo la mitad de la barba. Es curioso el tipo de cosas que se te pasan por la cabeza en los momentos de tensión.

La sesión de depilación continuó en silencio y terminó a los pocos minutos. Fui al baño, me lavé y me vestí. Cuando salí, Awatif ya se había marchado. Me senté junto a Nur en silencio.

–Zena, ¿te has dado cuenta de que la bomba ha explotado justo al mismo tiempo que gritabas?

–Sí, en todo este rato no he dejado de pensar en eso. En el mismo instante en que Awatif estaba ensalzando mis órganos sexuales, alguien ha perdido a su padre, hermano, hermana, madre, amigo. Yo casi pierdo a mi madre. Imagínate que hoy hubiera salido pronto de la oficina, o que estuviera cruzando la calle para ir a comer algo, o que hubiera ido a recoger un paquete... Ahora podría estar... muerta. La bomba podría haber acabado con ella.

Y cuando la gente me preguntara qué estaba haciendo cuando explotó la bomba, tendría que decirles que me estaban depilando el coño.

–Esto es demasiado, Nur, es demasiado. Tengo que salir de aquí. Tenemos que irnos,

aquí ya no puedo hacer nada con normalidad.

–¿Irnos? ¿Adónde vamos a ir? ¿Te crees que puedo conseguir un visado así como así?

Bajé la mirada y me sentí un poco culpable porque, en el fondo, sabía la suerte que tenía de tener un pasaporte extranjero. Podía marcharme en cualquier momento. Podía ir a cualquier sitio. Nur, en cambio, podría quedarse aquí atrapada para siempre.

–No te preocupes, no te dejaré aquí –le dije–. No dejé a Maya y no te dejaré a ti.

–Menos mal que Maya no está aquí para ver este desastre. Se fue en el momento adecuado. Ahora es libre, no como nosotras.

–Nur, ven aquí. No te preocupes. Todo va a ir bien, lo presiento. Nos va a ir bien. No necesitamos nada más que a nosotras mismas para convencernos. Venga, vístete, vamos a tomar algo al Torino. Seguro que todo el mundo estará allí esta noche. Tenemos que consolarnos los unos a los otros. Además, tenemos unos chichis tan suaves como el culito de un bebé. Vámonos a tomar una copa.

–Zena, pensaba que no estabas preparada para conocer gente.

–No lo estoy. Pero cuando explota una bomba te das cuenta de que la vida es demasiado corta para ser frágil. Venga, vamos a hacer que Awatif se sienta orgullosa de nosotras. Hombres, mujeres..., esta noche me vale cualquier cosa.

–¡Guau, Zee! Me gusta esta nueva Zena.

–Vivimos esquivando bombas. Es nuestra realidad y tenemos que vivirla. No podemos cerrar los ojos al lugar en el que vivimos. Si no, puedes ahorrarte el sufrimiento, irte a vivir a Europa y montar en metro tranquilamente.

–¿En metro? ¿No sabes que ahora también ponen bombas en los metros?

–Exacto, tú lo has dicho. Da igual en qué lugar del mundo estés, al final vas a morir de todos modos, así que ¿te arriesgas a que te alcance la bomba en el metro en Europa o te la juegas con Beirut? Yo, desde luego, me quedo con Beirut sin dudarlo ni un momento. Al menos si muero aquí, tendré un funeral como es debido. Si muero en Europa, moriré sola. Y si resulta que ese día me he dejado la cartera en casa, como suelo hacer, puede que ni siquiera lleguen a saber quién soy. Quién es mi cuerpo. ¿Se puede decir eso? ¿Es correcto gramaticalmente? ¿Quién es mi cuerpo?

Volví a llamar a mi madre, pero seguía sin conseguir contactar.

–Zena, ¿crees que algún día podremos hablar sobre estos tiempos como algo propio del pasado? ¿Crees que podremos decir cosas como «Oye, te acuerdas de aquellos tiempos en los que explotaba una bomba cada dos días..., madre mía, sí que ha pasado tiempo desde aquello..., casi parece como si todo hubiera sido un sueño»?

–Si te digo la verdad, no.

–Ya, yo tampoco. Al menos, no en esta vida.

–Y, desde luego, no con la clase de vecinos que tenemos. Mientras su problema siga sin resolverse, tendremos que vivir con las bombas.

–Sí, estoy de acuerdo. Creo que deberíamos mandar a Awatif al otro lado de la frontera a que les depilara a todos hasta los huevos. Y después deberíamos pasar un

porro grande y gordo y dejar que fumaran todos nuestros políticos. Y después les pueden dar por culo a todos, porque yo estoy hasta las narices de que me den ellos a mí.

Me eché a reír.

–Nur, si no vamos ya a tomarnos esa copa, no te va a besar nadie esta noche.

Volví a llamar a mamá.

Seguía sin conseguir contactar.

Si no son bombas, son controles en las carreteras.

Si no son nuestros vecinos, es interno.

Beirut. Violencia. Amor. Familia. Vida.

Eso es la vida.

Tuve que pasar unas semanas fuera de Beirut. Era la primera vez en años que viajaba sola. Me habían invitado a ir a Oslo para participar en un congreso. Mi primer congreso oficial. Me sentó bien. Volvía a sentirme fuerte e independiente. Quería ver el lado positivo de Beirut y compartirlo con el resto del mundo. Las cosas iban bien. El congreso fue un éxito. Hablé de Beirut. Y aunque sólo llevaba unos días fuera de allí, había cierta nostalgia en mi voz, un tono dulce que sorprendió a la gente.

Cuando estamos en Beirut, parece que nuestra máxima prioridad es salir de allí. En cuanto ponemos un pie fuera, nos quedamos destrozados. La echamos de menos. Nos damos cuenta de lo hermosa que es. Sólo vemos las cosas buenas. El amor. La familia. Las montañas. El mar. La comida fresca y buena. El café que sabe a café. Los chistes que te hacen reír durante horas. Las arrugas de tu abuela. La historia. La cultura. El calor.

La seguridad.

En el congreso, intenté explicar que en el Líbano disfrutamos de una libertad que no se puede comparar con la del resto del mundo. Que no hay ningún país de Oriente Próximo en el que se valore la libertad de palabra y expresión más que en el Líbano.

Pero entonces me llamó Hind desde Beirut.

Dijo que, de la noche a la mañana, las milicias de Amal y Hezbolá habían bloqueado las calles con la intención de dejar la ciudad paralizada. Aparentemente era una especie de huelga popular. Llevaban así varios días. Hind no podía creerlo. Era como si no hubiéramos tenido ya que aguantar suficiente mierda en los últimos dos años.

Decidió ir a la playa. Era su forma de oponer resistencia. Llevaba dos días sin poder ir a trabajar y no soportaba estar en casa ni un minuto más. Todas las calles principales que llevaban a su barrio estaban cortadas, pero estaba decidida a encontrar la forma de salir. Estaba empezando el verano y no iba a permitir que se lo estropearan. Desde su casa, se metió por una callejuela con el coche y se dirigió hacia el puente que conducía al centro de Beirut. Sabía que lo más probable era que hubiera puestos de control en el puente, así que decidió meterse por el túnel que iba por debajo. Era un túnel largo. Era el túnel en el

que habían amontonado los cadáveres durante la guerra civil. Como a casi todos nosotros, conducir por ese túnel siempre le producía escalofríos. Pero era el camino más rápido para llegar a su destino, de modo que pisó con fuerza el acelerador. Estaba decidida a atravesar el túnel lo más rápido posible. Estaba totalmente a oscuras, habían cortado la electricidad. Encendió las luces largas. No había nadie más en el túnel. La mayoría de la gente, por miedo a las manifestaciones y los bloqueos, había decidido quedarse en casa. Hind siguió adelante al tiempo que intentaba no pensar en nada. Poco a poco, fue vislumbrando la diminuta luz al final del túnel. Ya casi estoy, pensó para sus adentros. Después de todo, no había sido tan horrible.

Pero Beirut está llena de sorpresas. Justo en el momento en que Hind llegaba al final del túnel, un joven surgió de entre las sombras y se puso en mitad de la calzada. Hind dio un frenazo y detuvo el coche. Se le aceleró el pulso y, de repente, empezó a notar un sabor amargo en la boca. El joven iba vestido de paisano, pero llevaba un arma que Hind conocía perfectamente: un Kalashnikov. Me contó que lo había reconocido por la cantidad de veces que lo había visto en mis obras. La empuñadura de madera y el cargador curvo y rectangular eran inconfundibles. Recordó las historias de la guerra civil. Las historias sobre cómo podían matarte en un puesto de control si se cuestionaba tu religión. Pero los tiempos habían cambiado. Ya no había guerra civil.

Se dijo a sí misma que debía mantener el control.

Bajó la ventanilla y sonrió amablemente.

—Lo siento, no te había visto.

—No pasa nada. Estaba escondido a propósito.

No podía tener más de diecisiete años. Al mirarle a la cara, Hind se fijó en que aún tenía el bigote suave. No se había afeitado nunca.

—¿Puedo pasar? —preguntó Hind, con educación pero con firmeza.

—Lo siento, pero no puedes seguir en esta dirección, todas las calles están cortadas. ¿Desde dónde has venido?

Indecisa sobre si debía decírselo o no, Hind apartó la mirada.

—Tranquila, no voy a matarte. No estamos en la guerra civil. Sólo dime de dónde has venido para que pueda decirte cómo volver.

—Masaitbeh —contestó mirándole a los ojos. ¿Cómo podía tener miedo de alguien a quien le doblaba la edad?

—Bueno, siento decirte que vas a tener que volver marcha atrás por el mismo camino por el que has venido. No puedes dar la vuelta, no hay suficiente sitio. Tienes que ir marcha atrás.

—¿Qué? —dijo Hind mirándole con incredulidad—. Eso es imposible, ¿sabes lo largo que es este túnel?

—Lo siento. Lo hago por protegerte. Yo soy suní, igual que tú. Intento protegerte de los chiíes que han colocado un puesto de control un poco más adelante. Has tenido suerte de que estuviera yo aquí para protegerte.

–Pensaba que no tenía que preocuparme porque no estamos en guerra, ¿y ahora me dices que, si hubiera seguido adelante, me habrían matado los chiíes? ¿En qué quedamos? De todas formas, ¿no somos todos musulmanes? ¿Desde cuánto estamos divididos?

–No se puede confiar en ellos, es lo único que digo. Ahora, por favor, da marcha atrás.

El chico apretó la mano con la que tenía agarrado el fusil y Hind, que no quería más problemas, subió la ventanilla y dio marcha atrás. Tuvo que parar varias veces por el camino para corregir la dirección (ir hacia atrás puede desorientar un poco), hasta que, finalmente, salió. Seguía empeñada en ir a la playa, así que se metió por una bocacalle en dirección opuesta al túnel. Atravesó un barrio que no había visto en su vida. Había pancartas de mártires de Amal y Hezbolá. Genial, pensó, otra vez directa a la boca del lobo. Sin embargo, las calles estaban vacías, así que decidió que quizá lo mejor sería simplemente aparcar el coche y seguir a pie. Ya veía el mar desde donde estaba, de modo que no podía tardar mucho en llegar.

Aparcó al lado de un contenedor demasiado lleno y se aseguró de quitar los limpiaparabrisas antes de cerrar el coche. Le habían robado los anteriores apenas unas semanas antes en un barrio parecido. Lo curioso es que ahora hemos empezado a catalogar los barrios en función de las confesiones religiosas. Lo que Hind no sabía es que, de hecho, el barrio en el que le habían robado los limpiaparabrisas era suní. Fueron los suyos quienes le robaron.

Robar no es un acto racista.

Cogió su bolso de la playa y metió una chaqueta, por si acaso. Nunca se sabe si es buena idea enseñar los hombros en un barrio como ése.

Avancemos rápido hasta nuestra conversación telefónica. Tardó una hora y media en llegar a la playa, pero lo consiguió. Y estaba dispuesta a seguir haciéndolo hasta que se llegara a un consenso.

–Zena, no lo entiendes. No se trata de ir a la playa, sino de poder desplazarme de un lado a otro de mi ciudad. La ciudad no es de nadie. Y menos de un chaval de diecisiete años con un fusil, joder. Esa época ya pasó. Ya no hay guerra civil. Han hecho un llamamiento a la desobediencia civil y yo les he hecho caso. Por mí, les pueden dar por culo a todos. A todos. Al gobierno y a la supuesta oposición.

–Hiiiiined –pronuncié su nombre con un fuerte acento libanés–, echo de menos Beirut. ¿Cómo es que me siento nostálgica? Siento que tendría que haber estado allí y haber ido contigo. Pero aquí me tienes, en Oslo, lejísimos.

Había estado mirando al pavimento durante toda la conversación, pero entonces levanté la vista. Estaba sentada en una zona de Oslo a la orilla del mar que había sido remodelada recientemente, Aker Brygge. A mi izquierda, los pescadores regresaban de faenar y la gente hacía cola para comprar langostinos frescos directamente en los barcos. Delante de mí tenía el recién creado Centro Nobel de la Paz. A mi derecha, la enorme fachada marrón del Ayuntamiento, donde, cada diciembre, los galardonados con el Nobel

recibían su medalla. Era un marcado contraste con la conversación que estaba manteniendo con Hind.

–Quiero volver a casa –dije.

¿Cómo era posible que en aquel precioso lugar, tranquilo y sosegado, no pensara más que en meterme en un lugar lleno de violencia e inseguridad? Cuando podía tener aguas en calma y colinas verdes y ondulantes, quería tensión y cemento. Pero ¿de verdad era eso? Beirut tiene que ser más que eso. Es mucho más que eso.

Prefiero tener un poco de inestabilidad, pues sé que me hace una persona más fuerte. Prefiero mil veces sentarme en mi terraza y observar a mis vecinos chiflados, padre e hijo, andar por ahí en calzoncillos porque hace un calor sofocante y no hay electricidad para el aire acondicionado. Prefiero tomarme un café por la mañana con Um Tariq y sus fabulosas historias que estar sentada aquí, en este tranquilo muelle, completamente sola. Prefiero quedarme toda la noche despierta, con amigos, leyendo poesía sobre Beirut, la guerra, el amor, las drogas, la muerte y la ironía. Prefiero rezar por la mañana y dar gracias a Dios por haberme concedido un día más que acostarme por la noche dando por sentado que al día siguiente me despertaré. Prefiero caminar por las calles cubiertas de polvo mientras escucho a DAM en el iPod y pienso en formas de liberar a mis amigos palestinos. Prefiero pasear por la Corniche con mi amigo el poeta, quedarnos despiertos toda la noche hablando sobre política y luego dejarme caer en sus brazos delirantemente mientras el sol va asomando poco a poco por detrás de nuestras montañas. Prefiero tomar té con mi tía Nabila en Aley. Prefiero visitar a la familia de Iyad en Baalbek; siempre insisten en llenarme el coche de *labné*, pan y todo tipo de verduras frescas cuando me voy. Prefiero comer a la orilla de un río en el Chuf y tomar sandía y queso feta con mis primos. Prefiero visitar a Nayiri para que me lea los posos del café. Prefiero estar cerca de la tumba de Maya.

Prefiero regar mi jardín y ocuparme de mi gardenia, ya que es una vieja amiga. Prefiero llevar a Sara a comer *sushi* en la calle Abd al Wahab. Prefiero perderme momentáneamente durante una noche de desenfreno con los reyes de la vida nocturna, mis queridos Clefies y Babycakes. Prefiero sacar a pasear a Tapi, con mis sandalias malolientes, y saborear cada paso que doy en Beirut. Prefiero escuchar a Muryan tocar la guitarra en mi azotea. Prefiero ir a bailar con Susan y observar la naturalidad con la que mueve las caderas al ritmo de la alegre música árabe en directo. Prefiero desayunar con Lena a la orilla del mar. Prefiero almorzar con Christine y Bawsee. Prefiero escuchar a Hind recitar su poesía en la Zico House. Prefiero comerme un bocadillo de patatas fritas en la calle Hamra. Prefiero hacer el amor en mi dormitorio violeta de techos altos mientras el sonido de la mezquita resuena en mis oídos. Prefiero pintar en el estudio con Haleh. Prefiero parar a tomarme un café en el Café Yunis y encontrarme por casualidad con Dahna por la calle. Prefiero comprarle agua y chocolate a Abu Talal. Prefiero montar en bici con Ramzi. Prefiero beber mojitos con Marya, su madre, en el Pacífico, con el camarero simpatiquísimo al que le encanta Tapi.

Prefiero pasear por las calles de Beirut, por los mismos lugares por los que en su día caminé con Mazen. Con Makram. Con Maya.

Prefiero estar cerca de mi familia. Prefiero tener a Lana encima de mí, a Nemo a unos pocos pasos y a Seif en mi corazón.

Prefiero sentarme en la hamaca de Amira y Andreas en nuestra azotea y escuchar cómo juegan con su hijo. Prefiero ver a Guinu bailar con fuego en un bosque en los Cedros. Prefiero ver cómo las rastas de Simba se mecen con el viento junto a una playa en Beirut. En Beirut. En Beirut.

–*Habibti* –dijo Hind suavizando el tono–, aun en el caso de que yo te dejara, no puedes venir. Han cerrado el aeropuerto. No tenemos ni idea de cuánto tiempo va a durar esto.

Cerraron nuestro aeropuerto hace dos veranos.

Han vuelto a cerrarlo.

La historia se repite.

–Te quiero, Hind. Cuídate y tómate una cerveza por mí. Aquí todo el mundo es educadísimo. Nadie bebe por la calle. Quiero una cerveza, pero me da vergüenza meterme en un bar yo sola. Tómate una por mí.

–Ya estoy en ello, cariño, ya estoy en ello. Una mexicana, con sal y limón.

–No me digas esas cosas. Me siento muy sola aquí sin nadie.

Se cortó la línea.

Unos días más tarde estaba en Londres. Intentando volver a casa. Un paso más cerca. Tenía la sensación de que por fin podía relajarme. Un poco. Estuve todo el día hablando por teléfono con toda la gente a la que quería. Sabía que mi factura del teléfono se iba a poner por las nubes, pero llamé de todas formas. ¿Cuánto estás dispuesto a pagar por hablar con alguien que al día siguiente podría estar muerto?

Después de las llamadas, me puse a pasear por las calles, con la esperanza de encontrarme con alguien que pudiera consolarme. Pero ¿con quién? Estoy sola en esta ciudad.

Compré un periódico en árabe, a pesar de que no sabía leerlo. Lo compré para llevarlo encima mientras paseaba. Si alguien veía que estaba en árabe, quizá me parara y me preguntara si me había enterado de las noticias sobre el Líbano. El periódico que llevaba en la mano sería una bandera. Quería establecer contacto con otro árabe. Pensé que, si otro árabe veía el periódico, me pararía y me preguntaría. Entonces yo diría que sí, que me había enterado. Y le preguntaría por qué había sabido que era libanesa, a lo que él respondería: «Ah, cariño, llevas un periódico en árabe. Es más, es la forma en que lo llevas. Apretado contra el corazón. Tienes que ser libanesa. ¿Acabas de enterarte? ¿Estás bien? ¿Se encuentra bien tu familia?».

Consciente de que mi pequeño truco había funcionado, contestaría: «¿Sabes? Me alegro mucho de que me hayas parado. Estaba a punto de echarme a llorar, necesitaba hablar con alguien sobre la situación. Soy Zena, por cierto».

«Yo soy Karim. Yo también soy del Líbano. ¿Te apetece ir a tomar un té?»

A lo que yo respondería: «Karim, yo nunca hablo con desconocidos, pero es curioso cómo la guerra puede hacerte infringir todas las reglas. De acuerdo, vamos a tomar un té».

A continuación, caminaríamos una manzana y nos sentaríamos en la primera cafetería que encontráramos.

«Karim, me siento muy ignorada. Los medios de aquí no dicen nada sobre lo que está pasando en nuestro país, ¿por qué?»

«Bueno, supongo que aún no has leído el artículo. Los periódicos de hoy dicen que Hezbolá ha unido sus fuerzas contra los medios informativos pro occidentales. Han cerrado algunos de los principales periódicos y cadenas de televisión. Tampoco dejan hacer fotos a la prensa extranjera.»

Miraría hacia el periódico y, al levantar la vista, vería que Karim había desaparecido. ¿Adónde había ido? Ni siquiera se había despedido.

Aún tengo el periódico apretado contra el corazón.

Estoy sola.

Mi relación con Hezbolá siempre ha sido extraña. Cuando me fui a vivir a Beirut, me daban miedo. Durante mi infancia, fuera del Líbano, los medios de comunicación occidentales nos habían enseñado que Hezbolá era una organización terrorista. Una fuerza tan malvada que su única intención era hacerse con el dominio absoluto del mundo. Me daban tanto miedo que no me atrevía siquiera a pronunciar su nombre. Dicen que si piensas en algo o lo dices, quieres que aparezca delante de ti. Me los imaginaba como una banda de hombres con barbas oscuras envueltos en una siniestra nube de humo verde. Un solo encuentro con ellos te dejaría totalmente muerto. Yo me creía todo aquello hasta el día que conocí a uno de «ellos».

Estaba en Dahiyeh, el barrio del sur de Beirut, haciendo fotografías sin autorización. Era para un proyecto de la universidad y no tenía ni idea de lo estrictas que eran las medidas de seguridad y de que realmente necesitaba un permiso para hacer fotos en aquella zona de la ciudad. El tema de mi proyecto eran las mujeres libanesas. Quería retratar la gran variedad de estratos sociales y religiosos de nuestro país. Quería documentar lo abiertos que éramos, quería mostrar cómo es posible ver a una mujer cubierta de la cabeza a los pies con un chador caminando al lado de una rubia con minifalda.

En fin, lo que siempre dice la gente cuando quiere hablar bien de las mujeres libanesas y de lo abierta que es nuestra sociedad. Sin darme cuenta, me encontré al lado del cuartel general de Hezbolá. No me había fijado en lo mucho que me había adentrado en Dahiyeh. Estaba en medio de un precioso mar de velos de colores, de diversos tamaños y texturas, que me tenían hipnotizada. El sol estaba alto y proyectaba sombras sobre los ojos que dejaban al descubierto los velos.

Concentrada como estaba únicamente en el visor de mi cámara, no me fijé en un

hombre fornido y de pequeña estatura que venía cojeando hacia mí. Se puso delante de mí y de mi cámara y me pidió que le siguiera, ya que necesitaba un permiso especial para hacer fotos en la zona. Me llevó a un edificio, desde ahí me acompañaron hasta otro y, cuando quise darme cuenta, estaba en un centro de interrogatorios de Hezbolá.

Me trataron con amabilidad y respeto. Me llamaron «hermana». Me pidieron educadamente que me quitara los zapatos antes de entrar. Mis Doctor Martens se me pegaban a la piel por el calor del verano, pero conseguí quitármelas. Esperaba que no me olieran los pies. Me llevaron a una habitación que medía unos tres metros de largo por un metro y medio de ancho. Había un espejo. Como los de las películas, de esos que sabes que tienen detrás a alguien observándote. Al otro lado de la habitación, había una enorme bandera que cubría la pared. Era rosa y tenía algo escrito con letras verdes. Ojalá hubiera podido leer árabe para saber lo que ponía.

Pero era rosa pastel, y eso es algo que nunca olvidaré.

Me hicieron unas cuantas preguntas. ¿Qué hacía en esa zona de la ciudad? ¿Por qué estaba haciendo fotos? Respondí a todas sus preguntas y, al cabo de veinte minutos, dejaron que me fuera. Nadim y Maya estaban conmigo aquel día. Nos metieron en salas distintas y los tres contestamos a sus preguntas de la misma forma. Nos dejaron irnos, pero tuve que dejar allí mi carrete.

—Hermana Zena, tienes que entender que debemos tomar precauciones. Es por tu seguridad. Y por la protección de nuestro gran país.

Una semana más tarde me llamaron y me dijeron que podía ir a recoger mi carrete. No era peligroso. No les pareció que hubiera hecho ninguna foto que atentara contra la seguridad. Fue extraño: yo no les había dejado mi número de teléfono. Me revelaron las fotos gratis.

Después de esta experiencia, comprendí que nada en el mundo es lo que parece. Era importante cuestionarlo todo. Yo aún estoy intentando entender cómo funcionan las cosas. Puede que necesite mucho tiempo. Puede que necesite toda la vida.

En las películas de Hollywood siempre se representa a los árabes de la misma forma. Sin embargo, ¿es eso lo que somos realmente? Tener un gobierno respaldado por Occidente y promover la democracia suena bien sobre el papel, pero entre las instituciones respaldadas por Occidente también se encuentran la cárcel de Abu Graib, Guantánamo, las invasiones de Iraq, Afganistán y Vietnam, McDonald's y la Casa-notan-Blanca de Bush.

Y una guerra de verano.

Beirut, dame un respiro. ¿Siempre tiene que ser tan complicado?

Tengo fiebre.

No estoy segura de cuánto tiempo llevo así. Y nadie sabe con seguridad cuál ha sido la causa.

Mi madre está sentada junto a mi cama. Lleva días sin dormir. Está leyendo un libro sobre nuestra religión. Está intentando encontrar a Dios para poder pedirle que me mantenga con vida. En nuestra religión, son muy pocos los libros que han sobrevivido, y ella ha tenido suerte de encontrar uno en inglés. Estamos en 1982, y, actualmente, sólo hay disponible uno de esos libros. Mandó que nos lo enviaran a África. Lo quería en inglés para poder leérmelo en voz alta. Quería asegurarse de que no hubiera ni una sola palabra que yo no entendiera.

Es la primera vez que tengo malaria. Es la primera vez que percibo el miedo en la voz de mi madre. No puedo levantar los brazos. No puedo tragar. Apenas puedo sacar fuerzas para respirar. Hace calor, pero tengo tres ventiladores apuntándome. Tengo la sensación de que me estoy yendo de aquí, pero no estoy segura de adónde voy.

Mi madre sigue leyendo. Esta situación dura varios días. Puede que semanas. Pierdo la noción del tiempo. Los días se convierten en noches y las noches son eternas.

Contraería la malaria al menos cuatro veces más durante mi infancia.

Hace unos diez años, fui a la oficina de la Cruz Roja en Beirut para donar sangre. No me dejaron. Dijeron que mi sangre no estaba limpia porque había tenido malaria muchas veces. Hace unos cinco años, mi madre se vio envuelta en un horrible accidente. Fui al hospital para darle mi sangre. No me dejaron. Dijeron que no estaba lo suficientemente limpia. La sangre que recibió mi madre aquel día era de unos completos desconocidos.

Gracias, supongo.

Tengo fiebre.

No estoy segura de cuánto tiempo llevo así. Y nadie sabe con seguridad cómo he acabado así.

Tengo ocho años. Hace unos días estaba jugando en la calle, delante de casa. A Dia le entró hambre. Le invité a que entrara y se quedara a comer, pero dijo que no se atrevía a entrar en nuestra gran casa. Dijo que podíamos ir hasta el final de la calle y comprar *suya*

en un puesto. Le dije que tendría que ir solo, porque a mí no me dejaban alejarme de la casa. Me miró perplejo, casi dolido, y, con su marcado acento nigeriano, me dijo:

–¿Yo puedo ir a tu gran casa de blancos y tú no puedes venir conmigo a comprar comida de negros?

Me sentí avergonzada. Tenía razón.

–Lo siento, Dia. Tienes razón. Venga, voy contigo.

Nos alejamos de las grandes puertas de hierro que servían de protección a nuestra casa. «Protección» es la palabra que usaba mi familia, «barricada» es la que prefiero yo. Era un cálido día de febrero. No había ni una sola nube en el cielo. Dia me cogió de la mano.

–No te preocupes, no te tocará nadie.

Le apreté la mano, respiré hondo y fui caminando a su lado.

Mientras íbamos andando por el camino lleno de polvo, me entró tierra en las sandalias. No quería pararme para quitármela, me daba miedo llamar demasiado la atención. Los nigerianos nunca se paraban a quitarse la tierra de las sandalias. La tierra era parte de su cuerpo y de su espíritu. Yo también quería ser así.

Habíamos recorrido la mitad del camino y ya me llegaba el olor de la *suya*. El vendedor acababa de poner unas cuantas tajadas de carne en la barbacoa y estaba abanicando el carbón con un periódico doblado para que ardiera. Olía bien.

–*Ekaro!* –saludó Dia al vendedor en yoruba–. *Suya*, por favor.

El vendedor me miró y le preguntó a Dia si era para una sola persona.

–No –contestó–, *suya* para dos con mucho picante.

El vendedor se encogió de hombros y le alargó dos tajadas humeantes a Dia, que envolvió una en un periódico y me la dio. Al abrirlo, me sorprendió que la carne fuera naranja.

–Dia, esta carne está naranja, ¿no me pondré enferma?

–No, lo naranja es el picante. Si quieres ser como nosotros los nigerianos, tienes que aprender a comer con picante.

Me comí la *suya*. Picaba más de lo que jamás había imaginado. Me corrieron las lágrimas por la cara, pero eso no me detuvo. Me lo comí todo. Dia y el vendedor empezaron a reírse de mis lágrimas. El vendedor me cantó:

Oyebo pepe

si comes con picante

te pones amarillo

¡más, más!

Hombre blanco,

si comes con picante

te pondrás rojo,

más y más.

Dia me cogió de la mano y me llevó de vuelta a casa. Estaba tan orgulloso de mí como

lo estaba yo misma. Era una nigeriana llorosa.

A partir de ese día, seguí comprando *suya*.

Y llorando.

Tengo fiebre.

Me subo al sofá de un salto y empiezo a cantar a voz en grito. Tengo alucinaciones. Siento una descarga increíble de adrenalina. Estoy enferma, pero no me siento enferma. He vencido a la muerte muchas veces. La verdad es que esto está empezando a ser pan comido.

Esta fiebre.

Disparo a un pájaro y cae directo desde el cielo. Es la primera vez que mato un pájaro a propósito. Al principio siento una gran alegría. Alegría porque he acertado con el disparo. Tengo trece años y disparo con demasiada alegría. El pájaro cae del cielo y yo corro hacia él.

Todavía mueve las alas. Su cuerpo entero da violentas sacudidas. Está agonizando. No ha sido un disparo limpio.

Me doy la vuelta y vomito. Me doy asco a mí misma.

El ojo del pájaro me mira a la cara. Sabe lo que he hecho y no me va a perdonar. Me desmayo y me caigo al suelo. Unos días más tarde, estoy en la cama con fiebre. Sueño con el pájaro. No se ha ido de mi cabeza. Cuanto más intento ahuyentarlo, más me sube la fiebre.

Esta vez, sin embargo, no estoy impedida en la cama. El espíritu del pájaro se ha apoderado de mi cuerpo y voy corriendo por la casa al tiempo que agito los brazos.

Estoy subida en el sofá, cantando.

Estoy cantando como un pájaro.

Tengo fiebre.

Esta vez quiero que dure.

Su cuerpo se restriega contra el mío. Me vuelve loca. Mi cuerpo responde al suyo.

Tengo treinta y dos años. Estamos en una *rave*. Bailamos bajo las luces láser verdes. Le pongo una mano en la cadera y la otra en la espalda. El volumen de la música es cada vez mayor. Me arrima más a su cuerpo. Tenemos las caderas pegadas. Bailamos dando vueltas. Estamos haciendo el amor con la ropa puesta.

En medio de la pista de baile.

Al ritmo de enormes tambores.

Con cinco mil personas alrededor. Estamos haciendo el amor.

En Beirut.

Estoy eufórica.

Le llevo la mano a la cabeza y le agarro suavemente del pelo. Estamos tan cerca que puedo olerle el aliento. Es dulce. Es agradable.

Le susurro al oído: «Te quiero, Beirut».
Empezamos a besarnos.
Es agradable.

Estoy muy lejos de la muerte.

Agradecimientos

Ante todo, quiero dar las gracias a Samar Hammam, que me encontró durante la invasión del Líbano de 2006. Con su sensatez y su dulzura, su viva pasión y sus firmes convicciones, Samar me convenció de que este libro tenía que escribirse. Ha sido mi fiel guía, la luz que ha alumbrado mi camino. Samar, siempre estaré en deuda contigo.

Maya, aunque el tiempo que pasamos juntas quedó interrumpido antes de tiempo, me siento agradecida por cada segundo de nuestra amistad. No me cabe ninguna duda de que volveremos a encontrarnos. Hasta la próxima. Estaré atenta para ver tu halo.

También quiero dar las gracias a mi maravillosa familia por su cariño, comprensión y generosidad, y por no haberse apartado de mi lado ni siquiera en los momentos más difíciles. Sobre todo, quiero dar las gracias a May y Faysal (mamá y papá), Lana, Nidal, Diana, Sari, Karma, Nayi, Kimo, Rakan, Anmar, Suha y mi tía Nabila.

A toda la gente de Saqi Books, muchísimas gracias. Me siento profundamente agradecida por vuestra dedicación a *Beirut, I love you*. Quiero recordar especialmente a Shikha Sethi, Lara Frankena, Anna Wilson y Salwa Gaspard.

Deseo transmitir un agradecimiento especial a Toby Eady Associates: a Toby, Samar, Jamie, Laetitia y al resto de la gente de la oficina.

Por último, aunque no por ello menos importante: gracias, Beirut, por la serie de acontecimientos que me has hecho vivir. Todo ocurre por algún motivo.

A mis queridos amigos de Beirut y sus alrededores, gracias por vuestro cariño, vuestro apoyo y vuestros consejos. Quiero transmitir un agradecimiento especial a Hiba Mikdashi, Sara y los Ghannoum, Marya y Ramzi Hibri, Christine O’Heron, Hind Shoufani, Mira Ghannoum, Imad Khachan, Susan, Lena, Saseen, Chafic, Mary Jo, Karen, Morgie, Zeus, Camille, Nayiri, Raytch, Alberto, Dana, Karima, Renito y Tapi.

A quienes haya olvidado mencionar, os ruego que me perdonéis. Os llevo en el corazón.

* Juego de palabras entre el apellido de George W. Bush y la palabra *bush*, que significa «arbusto». (N. de la T.)

Título original: *Beirut, I Love You: A Memoir*

Edición en formato digital: julio de 2010

© Zena el Khalil, 2008

© De la traducción, Clara Ministral, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2010

c/ Almagro, 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-680-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	3
Beirut, I love you	8
Agradecimientos	148
Notas	149
Créditos	150